

Lola Cooper

*Solo **tú**
me besas*



SERIE AMOR EN NUEVA YORK #3

Índice de contenido

[Titulo](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Otras novelas de la serie](#)

[Sobre Lola Cooper](#)

Solo tú me besas

Lola Cooper

Título original: SOLO TÚ ME BESAS

© 2018 Lola Cooper.

© Imagen de la cubierta: Bigstockphoto

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright.

Esto es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos que aparecen son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Capítulo 1

Jeremy Carter la observaba desde el otro lado de la pantalla del ordenador. Sin embargo, Hannah solo tenía ojos para el enorme trozo de *pizza pepperoni* que la esperaba sobre la encimera de la cocina. El estómago le rugía. Se le había pasado la hora de la comida, enfrascada en la extensión del antivirus que estaba desarrollando para la empresa Soft & Security, de la que era director su cliente. Si lo terminaba aquella tarde, podría ponerse con el cortafuegos que había prometido a High Defense para el día siguiente.

—Sí, el programa lo tengo casi acabado. Dadme dos horas más y os lo paso por *ftp*.

—Esperamos no tener ningún problema en el proceso de *testing*.

Hannah evitó el bostezo que siempre le provocaban las conversaciones institucionales. Prefería hablar con alguien que usaba su mismo lenguaje antes que con la jefatura, pero en Soft & Security no había manera de saltarse al señor Carter ni de que este dejara de llamarla para comprobar sus avances.

—No lo vais a tener, me he asegurado de que es compatible con vuestro *hardware*. Además, el código está completamente documentado, como siempre, para que vuestros desarrolladores puedan adaptarlo a las necesidades de los clientes.

—Tengo a cuatro personas esperando la entrega. Dos de ellos han venido

expresamente de Milwaukee. Deseamos contar mañana con su presencia para una sesión de formación.

—No, no, los desarrolladores no necesitarán formación, se lo aseguro. El *software* es muy intuitivo y ellos son buenos profesionales.

—Me gustaría que pasara por nuestras oficinas y...

«El Sr. Carter y sus visitas». Lanzó una nueva mirada de reojo a la *pizza*.

—En dos horas termino el *software* y se lo mando. Échele un vistazo primero y hablamos. ¿Le parece bien?

Apenas le dio tiempo para que el hombre respondiera. Se despidió, pulsó el botón para interrumpir la comunicación y saltó, literalmente, del sofá.

—¡Hum, madre mía! Qué rica.

La especialidad del restaurante Mamma mía, que acababan de abrir a dos manzanas de su casa en Queens, era lo mejor de lo mejor que había comido nunca. A excepción, claro estaba, de los burritos de Stella, receta especial de su madre, y las papillas de fruta que Kim hacía para su hija Jenny.

Intentó llenar un vaso de agua. Pero del grifo no salió más que un pequeño chorro. Anotó mentalmente usar la falta de agua intermitente para que Joey le rebajara el alquiler ese mes. Sacó una botella de dos litros de del frigorífico y bebió directamente de ella.

Echaba de menos las comidas compartidas, las conversaciones hasta altas horas de la noche, las botellas de tequila vacías, las risas. Y los llantos de Jenny durante los meses que Kim y la niña compartieron piso con ella, hasta que aceptó el pedrusco que Fred le puso en el dedo y se casó, ¡por fin!, con el padre de su hija. Conclusión: de nuevo vivía sola.

—Así nadie me molesta y puedo llevar el horario que quiera —se dijo a sí misma mientras daba otro trago más al refresco—. Ahora, ¡a trabajar!

Se sentó otra vez en el sofá con el portátil sobre las piernas. Repasaba las últimas líneas del fichero con el código programado cuando comenzó. Era un ruido infernal, como tener una taladradora en los oídos.

—Pero ¿qué...?

El ruido paró.

Todavía esperó un par de minutos con la manos sobre el teclado y los sentidos alerta.

—Ahora sí —se animó y volvió a clavar los ojos en la pantalla.

```
package com.example.rest  
import javax.ws.rs.GET;  
/** Root resource (exposed as “myresource” path) */  
@Path (“myresource”)  
Public class MyResource {
```

@GET

@Produces(MediaType.TEXT_PLAIN)

Public String getIt() {

La pantalla comenzó a vibrar antes incluso de que el estruendo empezara de nuevo. Los focos del techo parpadearon. Esperó dos minutos, pero nada. Allí seguía, sobre su cabeza, ese ruido infernal. Miró la hora en el ordenador; las cinco y media de la tarde. Y aún le quedaban dos horas más de trabajo.

Respiró hondo una vez, dos veces, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho... mil veces, con los oídos tapados. Pero la tortura seguía, amenazando con destrozarse su cabeza, su trabajo y el piso.

—¡Se acabó!

Salió del apartamento. El pasillo de la planta estaba vacío; al parecer a nadie le molestaba aquel estruendo.

«O todo el mundo está en la playa de Ocean City. O en los Hamptons», que era donde ella podía estar en ese momento si hubiera sido la hija que sus padres siempre quisieron que fuera.

Abrió la puerta que daba a la escalera del edificio y subió al piso superior. El apartamento que coincidía sobre el suyo estaba de par en par y de él salía lo que parecía ser el rugido de un dragón.

Decidida, se dirigió hacia allí.

—¡Hola! —llamó desde fuera. —¡Hola! —gritó una vez dentro para hacerse oír.

El ruido paró en seco y Hannah aprovechó la oportunidad.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Habría pasado para comprobarlo ella misma si hubiera sabido dónde poner los pies. Aquel apartamento parecía haber sufrido el *Armagedon*. Estaba completamente arrasado, como si hubiera pasado un ciclón por él,

como si le hubiera caído una bomba atómica.

—¡Claro que hay alguien! —le contestó una voz masculina desde lo que debía de ser el cuarto de baño.

Hannah esperó a que el hombre se dignara a dar la cara. El ruido de azulejos pisados le indicó que, al menos, no era de los que se escondía. En cuanto lo tuvo delante, Hannah estuvo a punto de salir corriendo. El tipo estaba cubierto de la cabeza a los pies con un líquido rojo, como si hubiera despedazado algo... o a alguien y, a pesar de todas las películas de asesinos en serie que había visto —y disfrutado— desde que era niña, se le encogió el estómago. Esperó no haberse topado con el asesino de las cinco y media porque en ese caso estaba perdida. Ella era la única posible víctima que había por allí.

—Imagino que serás el fontanero y no otra cosa —le dijo al tiempo que señalaba la sierra eléctrica que colgaba de su mano.

Y el desconocido, en vez de lanzarse hacia ella con la sierra en alto, soltó una risotada. No en plan: «Voy a por ti. Te voy a arrancar el corazón de cuajo», sino más bien como: «¿Te has pensado que esto es *Asesinato en Elm Street?*».

Hannah intentó mantener la seriedad. Al fin y al cabo, había subido para quejarse, ¿no? Sin embargo, no pudo aguantarse y terminó uniéndose a la diversión.

Al final fue él quien recuperó la cordura.

—Imaginas bien, soy el fontanero. Estoy cambiando las tuberías.

—Y en esta casa, ¿corre sangre en vez de agua?

El tipo se limpió la cara con la mano que le quedaba libre.

—Es el polvo de los azulejos. Los he tenido que cortar. —Levantó la sierra eléctrica para indicarle la herramienta utilizada.

Hannah se apoyó en el quicio de la puerta y cruzó los brazos.

—Ya. ¿Y tienes para mucho?

—¿Con las tuberías?

—Sí —se impacientó—, con las tuberías.

—Pues calculo que unas dos o tres horas más.

—¿Tres horas? Estás de broma. Soy la vecina de abajo y necesito trabajar. Y como comprenderás, es imposible concentrarse con este ruido.

Él se encogió de hombros.

—Tendrás que hablar con Joey. También yo estoy trabajando.

—Pero yo tengo que entregarlo esta misma tarde. Igual puedes... ¿tomarte un descanso?

—Imposible.

—¿Seguir con otra cosa durante un rato?

—¿Qué sugieres? —preguntó con tono amable y una sonrisa sugerente.

¿Se le estaba insinuando?

—¿Estás ligando conmigo?

Esta vez la carcajada fue aún más sonora.

—¿Con esa pinta?

Hannah no podía creerlo. ¿Se refería a ella? ¿Él, que parecía sacado de una película de terror? Los *shorts* se los había confeccionado ella misma con un chandal viejo al que le había cortado las perneras. Cierto que no le habían quedado a la misma altura y, además, una de ellas era de peor calidad y se había deshilachado más que la otra, pero casi no se notaba. Y la camiseta, la camiseta estaba estupenda. Era su camiseta blanca especial de las conferencias por Skype. El agujero que tenía en el costado no se veía por la cámara y las manchas de salsa de soja de un pollo con verduras que se había tirado por encima hacía dos meses y que no se habían quitado, tampoco. De un tirón, se arrancó la pinza con la que se sujetaba el flequillo los días de calor neoyorquino y la sujetó al tirante de la camiseta.

—¿Hablas de mí? ¿Acaso te has mirado al espejo?

Él debió de notar el tono áspero de su voz porque cambió la actitud y se puso serio.

—Lo siento, pero no puedo dejarlo. He cortado el agua de todo el edificio, tengo la bajante abierta y las tuberías que van desde los sanitarios a la tubería principal cortadas por la mitad, literalmente. Si no las sustituyo y cierro el

boquete para volver a abrir la llave de paso del edificio, Joey me cortará...

Hannah hizo un esfuerzo por mantener la seriedad.

—Y si no consigo terminar el trabajo que tengo que entregar hoy, seré yo la que tome la iniciativa.

—Pues entonces tengo un problema.

—Un enorme problema.

Él simuló pensárselo seriamente. La estampa era de lo más surrealista. Un tipo grande, ¿castaño? —apenas se intuía bajo el polvo rojo—, con fuertes brazos, bastante atractivo y con una sierra eléctrica en la mano de broma con ella. Lamentó no haber cogido el teléfono móvil y haberle sacado una fotografía con disimulo. Se la podía haber enseñado a Kim y a Stella la próxima vez que se vieran. Seguro que les impresionaba, porque, para ser sinceros, no parecía estar nada mal. Además, Hannah no tuvo más remedio que reconocer que se estaba divirtiendo. Y hacía mucho tiempo, mucho, que no le sucedía.

—Dame quince minutos más y te prometo que dejaré de usar la sierra.

—Y el martillo.

—Era una maza.

—Y la maza.

—Los cambiaré por el soplete y el yeso.

Hannah aceptó la propuesta y salió del apartamento. Cuanto antes empezaran los quince minutos, antes podría retomar el antivirus.

«El señor Carter tendrá que esperar».

—¡Quince minutos! —le recordó al pasar junto a los ascensores.

—¡O veinte!

Bajó las escaleras despacio, disfrutando de cada frase que se habían lanzado aquel fontanero de nombre desconocido y ella. Cerró la puerta de su apartamento y soltó una carcajada, que se perdió en medio del estruendo de una sierra eléctrica cortando tuberías de plomo.

Capítulo 2

El sábado, cuando comenzó a sonar la música en su despertador, pegó un gruñido y escondió la cabeza bajo la almohada. La noche anterior había tenido sesión doble de «Triple S», o lo que era lo mismo, sus tres vicios favoritos: series, sushi y sofá. El mejor plan de viernes posible. A veces cambiaba las series por una partida de *Assassins Creed* en la Play Station con Easyboy y sus colegas, pero hacía unas semanas que Easyboy no se conectaba los viernes; al parecer, había comenzado a salir con una tía. Y sin él no era lo mismo.

Se desperezó en la cama hasta que reunió las fuerzas suficientes para salir de un impulso. Debía aprovechar la mañana para avanzar en el cortafuegos de High Defense; si no, la semana siguiente sería mortal. Lo primero que hizo fue colocarse sus gafotas y parpadear dos veces, una manía que tenía desde niña para adaptar la vista tras la larga noche de sueño. Al pasar por la cómoda, agarró el móvil y activó su lista de música preferida para empezar el día. La voz de Marvin Gaye y *Ain't no mountain high enough* la acompañó por el pasillo hasta llegar a la cocina. Realmente, sonaba genial la red de pequeños altavoces inalámbricos, que había instalado por todo el apartamento, conectados a su móvil.

Entraba una luz anaranjada por la ventana. El termómetro marcaba veintiséis grados y solo eran las diez de la mañana. Prometía ser otro día caluroso en la Gran Manzana. Volcó medio paquete de cereales en un bol, los mezcló con medio litro de leche y se sentó en la barra de la cocina con la

pantalla del portátil ante sus ojos. Le gustaba revisar los mensajes que dejaban los noctámbulos en los foros en los que solía participar, por si había ocurrido algo interesante o curioso durante la noche. Luego comprobó el correo. No había ninguna novedad, todo estaba bajo control. Bien por Hannah.

Después de ducharse y vestirse con la ropa más cómoda y fresca que tenía, se sentó frente a su «centro de mandos» y comenzó a tirar líneas en el programa del cortafuegos. No era complicado, pero sí requería mucha concentración para no dejar ningún agujero de seguridad por el que se pudiera colar algún *hacker* listillo, como esa sabandija de Cobranegra.

Primero sonaron varios martillazos y, después, el sonido chirriante e insufrible de una radial que le destrozaba los tímpanos.

—¡Joder! ¡Pero qué demonios...! —gritó como si tuviera público alrededor—. ¿Es que ni siquiera se puede trabajar tranquilamente un sábado por la mañana?

Se calzó las zapatillas de deporte y salió del apartamento echa una furia. Apretó el botón del ascensor varias veces. No funcionaba. Subió de dos en dos los escalones que la separaban del último piso del edificio. Nada más pisar el rellano, se abrió la puerta de la señora Grant, que la miró con su habitual sonrisa afable de abuelita encantadora. De todos los vecinos del edificio, la señora Grant era la única con la que se relacionaba... de vez en cuando.

—¡Hannah, querida! ¡Qué coincidencia! —De pronto, el ruido cesó y dio paso a un silencio absoluto.

—¿Cómo está, señora Grant?

—Muy bien, hija. Con demasiado calor si te digo la verdad. ¡Y encima tenemos que soportar este ruido infernal! Precisamente me dirigía a tu apartamento para pedirte un pequeño favor.

Horror.

—Claro, señora Grant. ¿Qué necesita?

—Mi hijo me va a recoger en unos minutos para llevarme a la casita que tienen en Valley Cottage y pasar con ellos el fin de semana. Allí, junto al lago, hace una temperatura muy agradable, reina una paz absoluta, los niños se lo pasan muy bien y aunque yo ya soy mayor para bañarme... —El ruido volvió a

la carga, aunque esta vez era una sierra y no la radial. La pobre señora Grant se tapó los oídos con ambas manos y agregó en voz alta—: ¿Podrías echarle un ojo a Pandora hasta mi regreso? Mi nieta Peggy es alérgica a los gatos y no puedo llevármela. Le he dejado comida y agua suficiente hasta que yo regrese mañana por la tarde, pero ya sabes cómo es... le gusta entrar y salir a su aire. Solo necesito que estés un poco pendiente de ella.

Hannah tardó unos segundos en reaccionar. No le gustaban los gatos y, en especial, no le gustaba Pandora. Esa gata persa era arrogante, malhumorada y se creía la reina de Saba. La veía de vez en cuando asomada a la ventana, espiándola con ojos penetrantes. Y cuando la echaba de allí, movía el trasero, alzaba el hocico y se marchaba con andares de diosa.

—Descuide, señora Grant. —le dijo haciéndose oír por encima del ruido—. ¡Estaré atenta!

—Gracias, hija. Eres un amor. Yo estaré de vuelta mañana por la tarde. —Y sin más, se dio media vuelta y se metió en su apartamento.

La puerta del piso en obras estaba abierta de par en par y había una nube flotante de polvo color arena en el rellano. Esta vez entró sin llamar. El mismo tipo del día anterior estaba agachado en mitad del salón y se afanaba en cortar una tubería.

—¡Eh! ¡Perdona! —gritó, pero él no la oyó. Así que avanzó lo suficiente como para situarse en su campo de visión sin riesgo de que le saltara alguna chispa de la sierra. Por fin, el tipo alzó la vista tras las gafas protectoras y la recorrió de abajo arriba hasta llegar a su cara indignada—. ¿Eres consciente de que es sábado?

—Bastante consciente, sí —masculló con cierta ironía en la voz. La poca amabilidad que había demostrado la tarde anterior había desaparecido detrás de su rostro tenso—. A mí también me gustaría no tener que trabajar hoy, pero ha habido una complicación con las tuberías y debo solucionarlo cuanto antes o es posible que se inunde todo el edificio. La instalación es antigua y está hecha un asco. Habría que cambiarla entera.

—¿Un escape de agua en el salón? ¿Me tomas el pelo?

Hannah echó un vistazo alrededor. Estaba todo cubierto por una gruesa capa de polvo, pero el apartamento era bastante más grande que el suyo y, dado que era un ático, tenía una magnífica terraza adonde habían apilado bajo

un plástico los muebles cutres del casero mientras realizaban la reforma. Seguro que tenía unas vistas espectaculares de Manhattan.

—¡Señorita Redstone! ¡Mi inquilina favorita! —La voz aflautada de Joey Bosley, el casero del edificio, los interrumpió. Había salido del pasillo y venía hacia ella con pasos rápidos y ojillos ansiosos, que se dirigieron directos al escote de su camiseta de tirantes—. Usted siempre tan guapa. ¿Puedo ayudarla en algo...?

Lo dijo de tal manera que a Hannah le dieron ganas de vomitar.

—Espero que sí, señor Bosley. Son las diez y media de la mañana de un sábado y su fontanero está haciendo un ruido infernal.

—Ah, eso —dijo, con un mohín decepcionado—. Me temo que no puedo hacer nada, señorita Redstone. No hay proyecto de reforma que no cause ruidos y molestias a los vecinos, ¿verdad? ¿Pero se ha fijado en lo bien que va a quedar? Tal vez le interese a usted mudarse aquí cuando terminemos. —La enganchó por el brazo y tiró de ella para llevarla hacia la barra de la cocina que hacía de separación con el salón—. La cocina se va a renovar por completo, muebles, azulejos, ¡todo!

—Señor Bosley...

Él la ignoró y volvió a tirar de su brazo hacia el ventanal.

—Se va a hacer la instalación del aire acondicionado y han cambiado la puerta que da a la terraza para instalar una anti-intrusos. ¡Fíjese qué maravilla! —dijo accionando un botoncito diminuto en la cerradura.

—Señor Bosley, escúcheme...

—No sé si recuerda que Violet, la anterior inquilina, siempre se quejaba de que alguien merodeaba por la azotea y tenía miedo de que pasara a su terraza y, de ahí, a su apartamento. Si activo este botoncito, así, ¿ve?, eso ya no podrá ocurrir jamás. Hay un sistema que bloquea la puerta automáticamente por lo que resulta imposible acceder desde el exterior.

—¡Señor Bosley! —gritó Hannah soltándose de su brazo con fuerza—. ¡No me interesa ni el apartamento ni sus reformas! ¡Lo único que quiero es que dejen de hacer ruido un sábado por la mañana!

—Los sábados son laborables, señorita Redstone. Yo trabajo, la señora de

la limpieza trabaja, los comerciantes trabajan y mi fontanero trabaja — respondió el administrador con una sonrisa condescendiente.

Y ella odiaba que la trataran con condescendencia.

—Estoy segura de que hay unas normas establecidas para las obras de reforma en una comunidad, señor Bosley.

—Las hay y nosotros las cumplimos estrictamente.

—Bien, pues entonces no habrá problema en que avise a la policía y vengan a comprobar si su fontanero está excediendo el nivel de ruido permitido por la ley. Creo que la multa puede ascender a...

Al administrador le cambió súbitamente la expresión de la cara. Su sonrisa falsa se borró de su boca y fue sustituida por una mueca de fastidio que trató de disimular.

—Pero, señorita Redstone, no se ponga así —replicó con suavidad—. Estoy seguro de que algo podemos hacer al respecto.

—Veo que nos vamos entendiendo, señor Bosley. Usted le dice a su fontanero que deje de hacer ese ruido infernal y yo no llamo a la policía.

—Hacer una obra en silencio es absolutamente imposible, como comprenderá —dijo con una risilla repelente—. Hagamos una cosa: mi fontanero termina hoy su jornada laboral a las doce y media. Le diré que evite utilizar la sierra, pero usted dejará que continúe trabajando hasta esa hora.

Hannah lo pensó unos segundos. Hasta las doce y media quedaban dos horas. Podría soportarlo.

—De acuerdo. Hasta las doce y media. Ni un minuto más, señor Bosley.

Hannah regresó a su pequeño centro de mando, se introdujo los auriculares hasta el fondo de los oídos, elevó el volumen de la música y volvió a teclear código como una posea. Antes de poder darse cuenta, notó un rugido en el estómago. ¡La una de la tarde! Hora de tomarse un bien merecido descanso. Había avanzado bastante, y con un poco de suerte, en un par de horas más, lo tendría casi finiquitado. Se quitó los auriculares y..., bien, el edificio estaba en silencio. No se oía nada de nada. En parte porque estaba casi segura de que, además de la señora Grant, ese fin de semana tampoco estarían allí los otros inquilinos: ni la pareja de homosexuales ni el divorciado alegre. Y en

parte, porque el administrador había cumplido el trato y en el piso de arriba no se oía ni una mosca.

—Bueno, bueno, bueno. Veamos qué manjares tenemos hoy por aquí... — Abrió la nevera y de un vistazo, hizo rápido inventario de su interior: dos latas de atún, un bote de pepinillos agridulces, un paquete de salchichas, unos yogures caducados y un táper con un experimento bacteriano en su interior que no se atrevía a abrir —en su día fueron los restos de una deliciosa lasaña a domicilio que no pudo terminarse—. Una botella de Coca-cola, otra de Mr. Pepper y salsas, muchas salsas: *ketchup*, mayonesa, mostaza, salsa César, salsa tártara, salsa agridulce, salsa *teriyaki*...

Tenía justo lo que necesitaba. Sacó una de las latas de atún, el bote de pepinillos, la mayonesa y, con el pan de molde, se preparó un apetitoso sandwich doble que le supo a gloria mientras lo degustaba sentada en el poyete de la ventana. Corría una leve brisa y en el ambiente flotaba una apacible sensación de calma que le hizo congraciarse con el verano neoyorkino. Mientras escuchaba la voz dulce de Norah Jones en su *Come along with me*, se fijó en los chicos que jugaban con las tomas de agua del parque que había frente al edificio, en la mujer que fumaba asomada a la ventana y en unas niñas que saltaban a la comba en mitad de la calle, sin que apenas ningún coche las molestara. Auténtica vida de barrio en Queens.

Cuando terminó con el sandwich, sacó del congelador la tarrina de su helado preferido, el de nueces de macadamia con delicioso caramelo, y, cucharada a cucharada, se lo zampó entero. Tenía suerte de ser de constitución delgada, porque si no sería una de esas personas con obesidad mórbida que apenas podían moverse de la cama ni salir de su casa. Aunque en lo referente a eso... ella también evitaba salir, salvo que fuera imprescindible. Y había pocas cosas que le resultaran realmente imprescindibles ahí afuera.

A las tres de la tarde volvió a sentarse frente al ordenador. Revisó con satisfacción lo que había hecho durante la mañana: un gran trabajo, digno de una experta programadora. Puso música tranquila y comenzó a teclear de nuevo. Comenzó con un único golpe seco.

Plonc.

Al cabo de unos segundos, un segundo golpe.

Plonc.

Unos segundos después, otro golpe amortiguado, como si alguien quisiera enmascarar el ruido. Aguzó el oído. Esta vez el golpe sonó a metálico y fue más fuerte. Así que allí estaba de nuevo, un sábado por la tarde, cuando se suponía que habría terminado ya su jornada laboral... ¡el traidor del fontanero!

No se lo pensó dos veces: se volvió a calzar las deportivas y subió en tromba hacia el piso de arriba. Entró sin llamar, presa de la indignación, y en tres zancadas llegó hasta el lugar donde estaba el tipejo ese. Lo había pillado *in fraganti*, con la maza en la mano.

—¡Eh! ¡Tú! ¿No te ha dicho el administrador que te tomes la tarde libre? ¿Es que no respetas nada?

El hombre se detuvo, se pasó despacio la mano por el pelo castaño y ondulado y luego posó en ella unos ojos alucinantes de color caramelo en los que no había ni una pizca de culpa o arrepentimiento.

—Yo siempre respeto mis compromisos.

—¡Pues uno de tus compromisos era no trabajar esta tarde!

—Eso es lo que te ha dicho Bosley. ¿De verdad te fías de lo que te dice ese tipo? —le dijo con tono burlón—. Si no trabajo esta tarde, el lunes no podrá empezar su trabajo el albañil y si eso ocurre, la obra se retrasará al menos una semana. Y yo no cobraré esa semana y, sinceramente, no me lo puedo permitir.

Su tono parecía sincero, pero, por la razón que fuera, a Hannah le costaba creerlo.

—¿De verdad quieres que llame a la policía? —insistió.

—Ahora no estoy haciendo apenas ruido. Y dudo que la policía se entrometa en un conflicto entre vecinos a causa de unas obras que cuentan con todas las licencias y permisos.

—¡Serás...! Está bien, ¡tú lo has querido! —bufó.

Antes de que él pudiera reaccionar, Hannah agarró la mochila que estaba en el suelo, y salió corriendo hacia la terraza. La tiraría a la calle si era necesario. Bueno, a la calle no que podía matar a alguien, oyó que le decía la voz de la sensatez dentro de su cabeza. Bien, pues la lanzaría por encima del

muro, hacia la azotea del edificio que estaba al otro lado.

Lo oyó gritar y correr tras ella. Hannah salió a la terraza e intentó cerrar la puerta, pero él ya había metido el pie, así que no le quedó más remedio que salir corriendo hacia el extremo más alejado y amenazarle con dejar caer la mochila que pendía de sus dedos por fuera de la terraza. Y pesaba... vaya que si pesaba.

—¡La lanzaré a la azotea! —En ese momento, le pareció la mejor opción.

—¡Deja de hacer el tonto! Dentro hay una botella de agua y una lata de cerveza. Si la dejas caer, explotarán o, peor aun, puedes matar a alguien.

—¡No me digas! —se burló ella. Lo cierto es que no tenía ninguna intención de dejarla caer.

—Entiendo que a una tía sin escrúpulos como tú le pueda dar igual, pero creo que esta tontería que te traes entre manos ya ha ido demasiado lejos. Dámela, por favor.

—¡Eh! ¿Pero tú quién te has creído que eres? —Por primera vez ese día, lo miró con atención: era un tipo alto y fuerte. Se había quitado el mono de trabajo que llevaba por la mañana y ahora lucía unos vaqueros desgastados y una sencilla camiseta gris clara, ajustada a los anchos hombros. No estaba nada mal—. Lo único que pido es un poco de silencio para poder concentrarme en mi trabajo, y tú no me dejas.

—Mira, en mi mochila tengo unos tapones especiales y muy efectivos que usamos cuando hacemos mucho ruido. Si me la das, te puedo prestar un par de ellos. Te aseguro que funcionan.

Hannah lo miró, dubitativa. Si ese tipo iba a realizar las obras del edificio, más le valía no cabrearlo demasiado o su vida en el apartamento podía convertirse en un infierno. Bajó la mochila despacio y la dejó en el suelo, a sus pies.

Él se agachó y rebuscó en su interior. No tardó nada en encontrar lo que buscaba: una bolsita con unas bolitas amarillas. Sacó dos y se las tendió.

—Debes introducir una en cada oído. Están hechas de un material especial que, con el calor corporal, se adaptan al conducto auditivo como si formaran parte de él y no dejan pasar ni el más mínimo ruido.

—Tampoco podré escuchar música mientras trabajo, entonces.

Él la miró contrariado y luego se encogió de hombros.

—No se puede tener todo en esta vida —dijo, cerrando la mochila. Se incorporó con ella en la mano y se dirigió hacia la puerta de entrada al apartamento. Tiró de la manija pero la puerta no se abrió. Tiró varias veces, sin éxito.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hannah a su lado.

—La puerta no se abre. Parece bloqueada por dentro.

En la mente de Hannah apareció con una nitidez pasmosa la imagen del «maravilloso» botoncito del que tanto había presumido el señor Bosley.

Estaban atrapados en la terraza del apartamento.

Capítulo 3

Steve se llevó la mano al bolsillo trasero de los vaqueros y lanzó una maldición al recordar que había dejado el móvil en el suelo del salón para que no le molestara.

—Tú llevas teléfono, ¿verdad? —preguntó esperanzado, aunque su esperanza se fue a la porra cuando la vio negar con la cabeza.

—Estos pantalones no tienen bolsillos.

—Houston, me temo que tenemos un problema.

La vio acercarse a la puerta de cristal y empezar a tirar con desesperación de la manija, pero al ver que sus esfuerzos eran inútiles, se giró hacia él.

—¡No te quedes ahí como un pasmarote! ¡Haz algo! Eres uno de esos manitas que saben hacer de todo, ¿no? ¡Pues venga, demuéstalo! —exigió, moviendo mucho los brazos.

Steve miró con fijeza a esa chica tan extraña que llevaba puesto el mismo pantalón de chándal negro, que parecía cortado a mordiscos, del día anterior y una camiseta de tirantes también negra. Al menos se había quitado las enormes gafas y los preciosos ojos verdes quedaban a la vista.

«Qué pena que esté como una cabra», se dijo Steve recorriendo con visible agrado las largas piernas y el rostro lleno de impaciencia, enmarcado

por un remolino de pelo rojizo. «Porque es una monada».

—Mira, preciosa...

—¿Preciosa? —La chica arrugó la deliciosa nariz algo respingona—. ¿Me has llamado preciosa?

—Te recuerdo que no sé tu nombre.

Ella se acercó en el acto y le tendió la mano, muy formal.

—Hannah Redstone.

Steve reprimió una sonrisa y le devolvió el apretón con la misma formalidad.

—Steve Blake.

—Bien. Ahora que hemos sido presentados ya puedes abrir la puerta —concedió ella, graciosamente.

Steve cruzó los brazos por delante del pecho, un gesto que hizo que se le marcaran aún más los músculos de los brazos y de los pectorales.

—Siento decirte, Hannah, que Joey tenía razón.

—¿Con lo del «maravilloso botoncito»?

—Con lo del «maravilloso botoncito» —asintió muy serio.

—¿Ese que bloquea la puerta automáticamente por lo que resulta imposible acceder desde el exterior? —preguntó ella con un hilo de voz.

—El mismo que viste y calza. Vaya memoria tienes, Han. —Movió la cabeza, admirado, pero ella siguió a lo suyo sin hacerle caso.

—Pues tienes razón: tenemos un problema. El edificio está vacío salvo por la madre de Joey y la pobre está más sorda que una tapia. Y no creo que los de la casa de al lado nos oigan si empezamos a gritar. Seguro que también se han ido todos de vacaciones. Por cierto, ¿por qué me llamas Han?

—Por Han Solo, claro. Soy superfan de *La guerra de las galaxias*.

Por primera vez desde que se habían visto ese día, ella le sonrió y Steve notó el mismo revoloteo de mariposas que había sentido en las otras ocasiones en las que la había visto sonreír.

—¡Yo también, qué coincidencia! —dijo entusiasmada—. Mi primera contraseña fue «matar-a-Jabba-the-Hutt». Incluso llevé el mismo peinado de la princesa Leia durante más de un año. Ya sabes, esas especies de *dónuts* que le tapaban las orejas. —Se señaló las suyas con los índices, al tiempo que hacía un gesto rotatorio.

—Vaya sí lo sé. Yo estaba loco por la princesa Leia. —Steve la miró entornando los ojos con aire soñador—. Tenías que estar guapísima.

Hannah hizo un gesto con la mano

—Bah, no te creas. Mis compañeros de clase se reían de mí. Pero las burlas cesaron cuando les amenacé con diseñar una espada de luz y sacarles los ojos con ella. Siempre he sido un portento en física —añadió sin la menor modestia.

—¡Lo sabía! —Steve no podía disimular su admiración—. En cuanto te vi por primera vez, me dije: «Esta chica tiene cara de lista». Las chicas listas son mi perdición.

—¿En serio? —Los grandes ojos verdes lo miraron sorprendidos—. Debes de ser el único. Por lo general, les doy miedo a los tíos.

—¡Venga ya!

—Que sí. Te lo juro. En cuanto me oyen hablar, salen corriendo.

—No me lo creo. —Steve negó con la cabeza, risueño.

Ella le lanzó una mirada llena de sospecha.

—No estarás pensando en ligar conmigo, ¿verdad?

Steve, que era un hombre sincero, asintió al momento.

—Se me ha pasado por la cabeza, no lo niego.

Hannah lanzó una carcajada, muy divertida.

—Ni te molestes. Paso de los hombres.

—¿No me digas que te gustan las chicas? —La decepción que asomó en la profunda voz masculina fue evidente.

—Tampoco. Soy asexual.

Él lanzó una carcajada al oírla.

—No te lo crees ni tú. ¿Te has acostado con algún hombre?

A pesar de que no eran más que dos desconocidos y del giro íntimo que había tomado la conversación, Hannah contestó a su pregunta sin ningún tipo de reserva.

—Cuando empecé la universidad. En aquellos tiempos, la gente no hablaba de otra cosa y me entró curiosidad. Así que un día cogí por banda al tío más popular del curso porque pensé que sería el que más experiencia tendría en esos asuntos y le pregunté: «¿Quieres acostarte conmigo?». Y dijo que sí y...

Se detuvo de golpe.

—¿Qué pasa, por qué pones esa cara?

—De verdad, Han —dijo Steve con expresión de disgusto—. Es la historia menos romántica que me han contado en la vida.

—Y ¿quién está hablando de romanticismo? Yo hablo de sexo.

—Y, claro, fue un desastre absoluto. —Acabó la historia por ella.

Hannah se encogió de hombros.

—No fue para tanto, pero todo ese sudor, los gruñidos, la incomodidad, incluso el aliento que le apestaba a la cebolla de la hamburguesa que se había tomado antes... Digamos que no me dieron ganas de repetir.

—¿No? Hum... —Como Hannah parecía un poco incómoda, Steve pasó a otro tema—. Entretanto, lo mejor será que nos organicemos.

Se agachó y empezó a sacar cosas de la mochila y a hacer inventario.

—Tortilla especialidad de la casa, una manzana, un plátano, una barrita de cereales, una botella de agua y una lata de cerveza. Todo esto nos tiene que durar... —Echó un vistazo al reloj de acero que llevaba en la muñeca izquierda—. Son casi las ocho. Joey estará en la bolera como todos los sábados, así que calculo que estaremos aquí encerrados, al menos, hasta mañana por la tarde.

—¡Mañana por la tarde! Imposible, tengo que terminar un encargo con urgencia.

—Lo siento, Han. —Steve movió la cabeza con pesar—. Me temo que es

lo que hay. El único modo de abrir esta puerta sería con una maza y, por desgracia, no la llevo en la mochila.

Hannah se sentó en el suelo y se apoyó en la pared. Dobló las rodillas y escondió el rostro entre ellas, abrumada por la noticia.

—Venga, no te pongas así. —Steve trató de animarla—. Hay que ver el lado positivo: el césped artificial está recién puesto, tenemos unas vistas espectaculares sobre la isla de Manhattan y, con el calor que han anunciado para hoy, creo que ni aunque lo buscáramos encontraríamos un sitio más fresco para pasar la noche.

Ella levantó la cara y lo miró con profundo disgusto.

—¿Eres siempre tan condenadamente optimista?

Steve le lanzó una sonrisa llena de calidez.

—Procuro serlo. La vida es un regalo que hay que disfrutar. —La oyó lanzar un resoplido impaciente—. En fin, creo que lo mejor será que cenemos. Las cosas se ven desde otra perspectiva con el estómago lleno.

Hannah lanzó otro resoplido, pero sin hacerle caso, Steve se sentó a su lado, repartió la tortilla entre los dos y le tendió a Hannah su parte sobre la tapa de la tartera, junto con el único tenedor.

—Toma.

Hannah le dio las gracias. Pinchó un trozo y lo olisqueó con desconfianza.

—¿Son verduras? No me gustan mucho las verduras. Yo pensaba que un fontanero machote como tú llevaría un par de bocadillos de atún con pepinillos, como Dios manda.

Steve le lanzó otra de sus atractivas sonrisas.

—Me gusta cocinar y me gusta comer sano. Venga, pruébala, seguro que la disfrutas.

La vio llevarse el tenedor a la boca sin demasiado entusiasmo y masticar despacio pero, de pronto, su cara se iluminó.

—¡Hum! Está riquísima. Cocinas casi tan bien como mi amiga Stella.

Comieron en silencio, turnándose el tenedor, con los ojos clavados en las escasas nubes que el sol teñía poco a poco con los tonos del crepúsculo. La

barandilla que rodeaba la terraza era de cristal y, fascinados, contemplaron el espectáculo de las luces de la ciudad, que empezaban a encenderse.

—Ahora cuéntame tú —dijo Hannah después de tragar el último trozo del medio plátano que, junto con la mitad de la barrita, había sido su postre.

Steve sonrió sin apartar los ojos de la increíble vista. La verdad era que no le importaba nada estar allí encerrado. Comparó lo que habría sido una noche normal de sábado —una cerveza frente al televisor mientras veía algún partido de la NFL, demasiado fatigado para llamar a algún amigo— con su situación actual y decidió que se encontraba mucho mejor en esa terraza, en compañía de la deliciosa Hannah.

—No hay mucho que contar.

—¿Siempre quisiste ser fontanero? —Al parecer, esa pelirroja con cara de duende no lo iba a dejar escabullirse.

Dio un sorbo de la lata de cerveza antes de pasársela a ella, que bebió también con naturalidad.

—En realidad no. Lo único que siempre he tenido claro es que, al contrario que mi padre, yo me ganaría la vida honradamente.

Hannah se volvió a mirarlo con los ojos como platos.

—¿Era un ladrón? ¡Qué pasada! Muchas veces me he sentido tentada de *hackear* las cuentas de algún banco, más por la emoción que por la pasta, ya sabes.

Steve se rio, divertido.

—Nada tan glamuroso. Mi padre era de esos que sobrevivían a base de pegarle palos a los amigos o haciendo trabajitos en el filo de la ley. Nos pasábamos la vida cambiando de casa y de ciudad. Un día, después de la última mudanza, me prometí que cuando fuera mayor tendría tres cosas: una casa, un negocio propio y una mujer que me quisiera, con la que compartirlo todo.

—¿Cuántos años tenías?

—Once o doce.

Hannah le puso una mano sobre la boca para impedir que siguiera

hablando y él tuvo que combatir el deseo de besarle la palma.

—Déjame adivinar: tienes la casa...

Steve asintió, aún con la boca tapada.

—Tienes un negocio de fontanería y chapuzas variadas, y una novia guapa te espera en esa casa —acabó Hannah con ese brillo en los ojos que se les pone a los niños cuando escuchan un cuento de hadas. Apartó la mano—. Qué, ¿lo he adivinado todo?

A Steve le hizo gracia su entusiasmo.

—Casi. Vivo en una casita aquí en Queens, con un pequeño jardín trasero y una hipoteca considerable. Tengo un negocio de reformas a medias con mi socio en el que además de fontanero también soy pintor, carpintero y un sin fin de cosas más y...

—¿Y? —preguntó ella impaciente.

—Y salí con una chica hace unos años, pero la cosa no funcionó.

Steve lanzó una carcajada al ver su cara de desilusión.

—Y ¿por qué no funcionó?

—Demasiadas deudas. —Movi6 la cabeza—. Se quejaba de que me pasaba la vida trabajando y ni aún así me quedaba lo suficiente para invitarla a pasar un fin de semana romántico en algún sitio.

—¡Menuda interesada! —exclamó Hannah muy indignada—. ¿Acaso no podía invitarte ella a ti?

—No digas eso. Ella también trabajaba mucho y entiendo que quisiera disfrutar un poco de la vida. Me temo que la culpa es mía, no soy bueno gestionando. Es mi socio el que lleva las cuentas y, por muchos proyectos que nos salgan, siempre estamos al borde de los números rojos.

—A lo mejor es que tu socio no tiene ni idea.

Él lanzó una carcajada.

—¡Qué va! Él es un tío de los listos, con estudios como tú. Es solo que aún no me ha sonreído la suerte, pero no me rindo, sé que todo llegará.

Y, aunque no lo dijo en alto, Steve pensó que quizá el haber conocido a

Hannah Redstone y estar encerrado con ella en esa terraza era una señal de que la fortuna estaba dispuesta a sonreírle por fin.

—Hum— fue lo único que dijo Hannah, que no parecía muy convencida.

La vio revolverse en su sitio y se dijo que no debía estar muy cómoda apoyada en la dura pared de ladrillo, así que, sin pedir permiso, le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Eh, ¿qué haces?

—Tranquila, solo quiero que estés más cómoda.

—Seguro, ¿no? —Lo miró con desconfianza—. Te advierto que si intentas algo raro, meteré tus datos en la lista de los delincuentes más buscados por el FBI.

—¿De verdad sabes hacer esas cosas? —dijo admirado.

La notó asentir contra su pecho y el olor fresco de su champú le llegó a la nariz. Aspiró con deleite y la apretó un poco más.

Siguieron charlando sin parar hasta la madrugada, arrullados por los ruidos de la ciudad. Soplaba una brisa casi imperceptible que apenas aliviaba el calor de la noche neoyorquina, pero Steve no notaba el calor ni la incomodidad ni el hambre que hacía rugir sus tripas. Para él, aquella terraza se había convertido en un lugar mágico y la chica delgada que descansaba entre sus brazos —y que respondía con voz cada vez más somnolienta a sus preguntas— no era otra que la encarnación de esa imagen vaga de la felicidad

Capítulo 4

Se estaba tan a gustito en la cama. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien y tenía un despertar tan placentero. Por eso se negó a abrir los ojos, para hacer durar el instante. Ni la leche chocolateada se podía comparar con aquella sensación. La brisa de la mañana se colaba por debajo de las sábanas. El colchón era tan mullido... mucho mejor que el de todos los días. Hannah se dio la vuelta y, ¡clonc!, se chocó contra el suelo.

Abrió los ojos instantáneamente y se encontró con... él: Steve Blake, el fontanero.

—¿Ganas de disfrutar el domingo? Hay pocos que puedan decir que viven en un ático con una terraza de estas características. Tú eres de las afortunadas —la saludó él con una gran sonrisa.

Hannah solo pudo gruñir y se dio la vuelta para seguir soñando con el colchón de agua, ese que al parecer no tenía.

—Hasta mañana —farfulló, aún somnolienta.

Steve la sacudió de nuevo.

—Hora de despertarse. —Ella ni se inmutó—. ¿Siempre eres así por la mañana?

—¿Así cómo? —se medio incorporó Hannah por fin.

—Así de desagradable.

—Todo el mundo es así por las mañanas.

—Yo no.

—Ya. Tú eres de los que se levantan con una sonrisa solo de pensar en la gente a la que le vas a amargar el día con tu sierra eléctrica.

Las carcajadas debieron de llegar hasta el mismísimo sótano.

—En realidad soy de los que intentan acostarse sin haberse cabreado en todo el día. Se duerme mejor, te lo aseguro. Creí que ayer te había quedado claro el tipo de gente que era —comentó él, desencantado sin duda por su actitud después de la agradable conversación que habían tenido la noche anterior.

—Perdona —se disculpó ella—. Tengo unos despertares horribles. Hasta que no me he duchado y desayunado, no soy persona. Mi padre ya me lo recriminaba cuando era pequeña.

—Pues aquí ducha puedes darte —señaló el rincón donde una manguera verde estaba conectada a un grifo, pensado sin duda para regar las plantas que no había—, pero lo del desayuno lo tenemos complicado.

Hannah miró hacia la puerta de cristal.

—¿Lo has intentado?

Él negó.

—He pensado que si te quitaba el colchón, me insultarías de por vida. Creo que no me equivocada.

—¿El colchón? Entonces, ¿eras tú? ¿Estaba durmiendo encima de ti?

Steve asintió.

—Y parecía que te gustaba.

Hannah se puso como la grana.

—Perdón, no suelo... no estoy acostumbrada... pensaba que eras... que no eras... —Se estaba haciendo un lío. Lo atajó de golpe—. Lo siento, ya, no me lo tengas en cuenta. No era mi intención. Se acabó.

—Más lo siento yo —se quejó él, riéndose de ella y del apuro que estaba

pasando.

Hannah se levantó e intentó salir de allí, mejor dicho, intentó entrar en el piso. Sacudió la manija de la puerta arriba y abajo, dentro y fuera. Para nada. Después, se asomó por encima del muro de cristal de la terraza y miró hacia abajo. Se mareó del vértigo y se apartó de allí.

—Podríamos gritar para ver si nos oye alguien.

—¿Desde el quinto piso? No creo que funcione.

—No, claro que no —aceptó, deprimida ante la posibilidad de pasarse encerrada otro día entero.

—Así que eres una *hacker* que se da por vencida a la primera de cambio. Pensaba que vosotros hacíais mil pruebas antes de rendiros.

—Y las hacemos.

—Pues ya puedes dejar de pensar en hacerlas en este caso. No hay manera de salir, o de entrar, según se mire.

Hannah se sentó en el suelo, derrotada por la evidencia.

—Tengo hambre —se quejó diez minutos después—. ¿No tendrás en esa mochila estupenda una barrita como la de ayer?

—Nada de comida. Ya viste lo que había.

—¡Madre mía! Vamos a morir de inanición.

Él rio de nuevo.

—¿Has probado a hacer teatro alguna vez?

¿Subirse a un escenario delante de un montón de gente y que opinen sobre ti, tu aspecto y lo mal que te mueves?

—De niña, odiaba las funciones del colegio.

—Pues lo harías de maravilla. No conozco a nadie con una vis dramática más acusada que la tuya.

Ella le miró de reojo.

—Soy patética, ¿verdad?

—No, solo un poco histriónica —bromeó él.

—¿Cuándo crees que llegará Joey Manos Largas?

—¿Lo llamas así?

Ella se rio, maliciosa.

—Se lo puso Kim, una de las amigas que vivía conmigo hasta hace poco.

—Así que no eres la solitaria que pareces.

—En realidad, sí. Tú no conoces a Stella y a Kim, entraron en tropel en mi vida y se instalaron aquí. No pude convencerlas de que se largaran. Aunque después de varios años lo hicieron. Primero se marchó Stella para casarse con Jack, luego Kim porque se quedó embarazada, pero regresó con Jenny. —Se le iluminó la cara cuando habló de la niña.

—¿Jenny es otra amiga?

Hannah frunció el ceño.

—Jenny es su hija. ¿No te he dicho que estaba embarazada? ¿Cómo se te ocurre que se iba a venir sin ella?

—Podía ser, hay gente para todo por el mundo.

Hannah se rio.

—No conoces a Kim. ¡Buena es! Fred, su actual marido y el padre de la niña, se lo tuvo que trabajar mucho para conseguir que se casara con ella. Stella tampoco se lo puso fácil a Jack.

—Conclusión: que ellas se fueron y te quedaste sola de nuevo.

—Son las diez de la mañana, ¿tú quieres que me deprima más de lo que estoy?

No, Steve no quería que se deprimiera, por eso la mantuvo entretenida el resto de la mañana. Jugaron a contar historias. Al principio, pequeñas anécdotas de cuando eran pequeños; luego, se las inventaron y terminaron siendo auténticas aventuras. En la luna, el Amazonas o el mundo de los dragones, daba igual. Una más emocionante que la siguiente y esta, más peligrosa que la anterior.

Funcionó. Hannah se olvidó durante unas horas del hambre, de la depresión, del sol que ya empezaba a calentar, del cortafuegos que no estaba programando y del dinero que no iba a recibir de High Defense.

—¿Tienes calor? ¿Quieres que nos mojemos? —Steve señaló la manguera.

A Hannah se le iluminaron los ojos. Y antes de que Steve se diera cuenta, se había apropiado de la manguera.

—¡Prepárate para sufrir! —le gritó al tiempo que abría el grifo y lo apuntaba con la manguera.

Steve no tuvo tiempo de reaccionar y se llevó un buen chapuzón.

—¡Pero qué...!

—Las cosas están así —declaró una Hannah juguetona—: yo tengo el arma, tú muerdes el polvo.

Steve abrió mucho aquellos ojos caramelo tan llamativos y se lanzó hacia adelante lanzando un grito de guerra.

—¡A por ellos, que son pocos y cobardes!

—¡Pero qué...!

Rodaron por el césped artificial. Hannah dejó de controlar pronto la posesión del arma y la compostura. En cuanto él descubrió que tenía cosquillas, perdió la guerra.

—¡Para, para, para! —era lo único que podía articular mientras se retorció de risa en el suelo de la terraza.

Pero Steve no tenía intención alguna de abandonar la batalla y siguió buscándole sus puntos débiles; mientras tanto, la manguera seguía culebreando y lanzado agua a derecha e izquierda empapándolos por completo.

—Solo si te rindes.

—¡Me rindo, me rindo, me rindo! —Pero Steve, en vez de bajarse de encima de su estómago, hizo una cosa impensable: la besó.

La pilló tan de sorpresa —y tan poco entrenada— que al principio no supo qué hacer, pero en cuanto él movió sus sugerentes labios sobre los suyos, Hannah respondió a ese maravilloso beso con un estremecimiento. Metió los dedos entre su pelo mojado y lo apretó contra ella. Tenía una lengua suave y húmeda, las manos ásperas y callosas, y todavía mantenía un suave aroma al gel de ducha del día anterior.

Hannah perdió la lucidez y le reclamó más besos, más caricias, al tiempo

que ella se entregaba con pasión al delicioso momento. Rodaron por el césped hasta quedarse sin aliento. Hannah entrelazó las piernas con la suyas, las manos con las suyas, la boca con...

—¡Miau!

Dio un respingo y lo miró desconcertada.

—¿Miau?

—No he sido yo —negó Steve entre jadeos.

Ambos dirigieron la vista al costado desde donde había llegado aquel extraño sonido.

—¡Pandora! —exclamó Hannah ante la visión del gato que los observaba con animadversión.

—¡Menos mal que lo habéis encontrado, queridos!

Por encima de sus cabezas, asomada por el murete que separaba los tendederos del tejado, estaba la señora Grant.

Hannah se levantó de un salto.

—¡Señora Grant, estamos aquí!

—Sí, sí, ya os veo. Hannah, querida. ¿Podéis tú o tu novio coger a Pandora y dejarla en el portal?

—No, no, señora Grant. No lo entiende. Él no es mi novio —la sacó de su error.

—¡Ah, ¿no?! Bueno, no voy a asustarme, soy una mujer de mundo.

Steve comenzó a reírse en voz baja y Hannah le dio una patada con disimulo.

—Ayer nos quedamos encerrados. ¿Puede bajar a abrir la puerta de esta terraza? La puerta del apartamento está abierta. Tiene que buscar un botón que está...

¿Donde estaba el dichoso botón?

Se volvió hacia Steve. Este cogió el gato del suelo y se lo cargó debajo del brazo.

—Pandora está deseando reunirse con usted. Solo tiene que bajar y abrir la puerta de la terraza para que pueda devolvérsela.

—¡Ahora mismo bajo! —Y con un saludo de despedida, la cabeza de la señora Grant desapareció.

Volvió a aparecer detrás del cristal cinco minutos después, agitando de nuevo la mano, como si no se hubieran visto desde hacía varios años.

Hannah y Steve señalaron la manija varias veces, sin embargo, la anciana solo tenía ojos para su gato. Al final, Hannah no pudo remediarlo y golpeó el cristal a la altura de sus ojos para robarle protagonismo a la mascota y atraer la atención de la mujer. Esta vez sí, la señora Grant, ¡por fin!, abrió la puerta. Hannah saltó al interior, entusiasmada; la mujer, al exterior. Se movió más deprisa de lo que Hannah nunca hubiera imaginado dado lo que había tardado en bajar una planta.

—¡Pandora! —El gato se lanzó en brazos de su dueña, que frotó la mejilla contra el lomo del animal.

—Pandora está perfectamente —le informó a la anciana.

Esta, en lugar de agradecerle haber rescatado al gato, la miró con cara de enfado.

—No gracias a ti, Hannah. No te has pasado a ver cómo estaba, a pesar de que te lo pedí ayer. Menos mal que le he dicho a mi hijo que quería regresar pronto; ya sé que los jóvenes de ahora no se preocupan por nada. La pobre estaba tan abrumada que en cuanto he abierto la puerta ha salido a todo correr sin darse cuenta de que era yo.

El gato la miraba con sus ojos azules y una sonrisa en la cara. Parecía estar riéndose de ella después de la bronca que le había caído encima.

«Sí, abrumadísima».

—No pude, de verdad, señora Grant. Iba a hacerlo, pero tuve un problema. Subí aquí porque este hombre estaba haciendo mucho ruido, para pedirle que dejara de hacerlo, pero él se negó y yo me enfadé y cogí su mochila y... bueno, el caso es que nos quedamos encerrados en la terraza y hemos tenido que pasar aquí la noche sin comer, pasando frío, sin apenas dormir —exageró.

—¿Sin apenas dormir?

Steve la miraba boquiabierto por su facilidad para disfrazar la verdad cuando había descansado, utilizándolo a él de colchón, como no lo hacía en su cama. Hannah le hizo un gesto para que callara. Pero algo de lo que había dicho Hannah había llamado la atención de la señora Grant.

—¿Sin comer?

—Estamos sin desayunar, señora Grant —insistió Hannah para recurrir a la pena.

—Ah, eso sí que no. Ahora mismo os bajáis a mi casa tu novio y tú, y os preparo unas buenas tostadas francesas y una taza de café. ¿O preferís bacon?

—Yo lo segundo —decidió Steve.

—Yo lo primero —eligió Hannah a la vez.

Pero la anciana no los escuchaba porque se dirigía a la puerta del apartamento.

—Será mejor que tu novio arregle esta casa cuanto antes; está fatal. Así no puede vivir nadie.

—No es mi novio —insistió Hannah, pero la mujer ya estaba en el pasillo del edificio.

Al llegar a la planta donde ambas vivían, Hannah se dirigió a su propia casa.

—En realidad, no debería molestarse, yo puedo preparar algo para... Steve y para mí.

—De eso nada, los dos desayunaréis en mi casa.

—Es casi la hora de comer —constató Steve.

—Además, no está bien que dos novios pasen juntos más tiempo del que deben.

—No somos no... —Pero la mujer ya estaba metiendo la llave en la cerradura de su casa y no le prestaba el menor interés—. Será mejor que me cambie antes del desayuno y me quite esta ropa mojada. Ahora mismo voy —le dijo a Steve para disculparse por dejarlo solo con aquella mujer.

Se dio toda la prisa que pudo y cuando llamó a la puerta de su vecina ya estaba listo el desayuno. Sin embargo, no había ni rastro de Steve quien, al

parecer, había tenido que marcharse tras recibir una llamada.

Capítulo 5

El lunes, en cuanto oyó ruidos en el piso de arriba, aprovechó el tiempo de descanso para subir y saludar a Steve. Sin embargo, el tipo que la recibió no era, ni mucho menos, el guapo fontanero. Era el albañil; un tipo desgreñado, con barba rala y nariz enorme, que le mostró la raja de su trasero blancuzco en cuanto se agachó para continuar el trabajo.

—Steve no creo que se pase hoy —respondió cuando Hannah le preguntó por él—. Tiene otra obra en Brooklyn y mientras yo no termine, él no tiene nada que hacer por aquí.

Vaya chasco. El día anterior ni siquiera se habían despedido y, por alguna razón, se había hecho a la idea de que hoy lo vería de nuevo.

—¿Lo necesita para algo urgente?

—No, no... Estaba pensando hacer un pequeño arreglo en mi cocina —mintió.

—Pues entonces hable con su socio, Justin Rosen. Él se encarga del blablablá y todo eso, ya sabe. Se le da muy bien y le aseguro que estará más desocupado que Steve.

Hannah lo miró con curiosidad. Eso le recordó un comentario que había hecho Steve el sábado sobre los números rojos de su empresa.

—Justin... de acuerdo. ¿Tiene su contacto?

El albañil rebuscó en el bolsillo de la camisa y le tendió una tarjeta de visita de la empresa de Steve.

—Ahí lo tiene. Dígale que llama de mi parte, Adam Clark.

—De acuerdo. ¿Y usted cuándo terminará?

El tipo se tomó tiempo para responder:

—Pse. Calculo que para el jueves o el viernes, estará listo. —Se encogió de hombros sin dejar de trabajar y agregó—: Nunca se sabe.

Sí, eso mismo solía decir su madre, que odiaba hacer reformas en casa, «sabías cuándo empezaban, pero nunca cuándo terminaban». Algo extraño para un trabajo tan manual y previsible.

Hannah volvió a su guarida tecnológica con el ánimo un poco decaído, pero en cuanto se conectó al ordenador y se puso los cascos con su música, se olvidó de Steve, del albañil y de todo cuanto sucedía a su alrededor. A media tarde ya había terminado el primer desarrollo de la nueva aplicación que le había encargado uno de sus clientes y, tras enviarla, decidió curiosear un poco en la empresa de Steve. Él parecía un buen tío, pero el mundo estaba lleno de estafadores, embaucadores y pedófilos con carita de buenas personas que tenían los ordenadores llenos de mierdas difíciles de digerir.

«Vamos a echar un vistacito por encima, por si encuentro algo interesante, Steve Blake».

Tecleó en su ordenador «Happy Homes Constructions» y de inmediato apareció ante sus ojos la página web de la pequeña compañía de construcción. No estaba mal. Tenía un diseño y una estructura sencilla, pero transmitía confianza y profesionalidad, que era lo que se buscaba en una empresa de reformas. Echó un vistazo a la IP de la web y luego tecleó el número de móvil de Justin Rosen. Media hora después, estaba dentro de su ordenador. Había sido pan comido. Tal vez fuera el «socio listo», pero el muy tonto no tenía apenas medidas de seguridad en el portátil para impedir el acceso a los archivos y documentos. Revisó por encima el contenido del disco duro hasta dar con la carpeta que aglutinaba todo lo relativo a Happy Homes. El correo electrónico, su agenda digital, memorándums, facturas, cuentas... un filón. Descargó en su propio ordenador lo que consideró más relevante y se largó de

allí.

«He sido buena, Steve. No he curioseado en nada que no fuera profesional», se dijo con una sonrisa de satisfacción.

Tenía experiencia en ese tipo de trabajitos. El último año había colaborado con un par de detectives en identificar estafas de distinto tipo con incursiones tecnológicas: ya fueran empleados que querían engañar a la empresa donde trabajaban o empresas creadas para estafar a incautos y no tan incautos. Había de todo. Ella ya no se sorprendía de casi nada.

Estuvo un buen rato revisando los correos de la empresa sin mucho éxito. Todo muy aséptico, muy comercial. Propuestas, presupuestos, pedidos a proveedores... Nada fuera de lo normal. Parecía todo limpio. Era cierto que les contrataban muchas obras, pero también parecía que gastaban mucho en materiales de sus proveedores. Desde luego, no trabajaban con los más baratos del mercado, por lo que pudo comprobar. Tendría que preguntarle a Steve cuando lo viera.

Sin embargo, esa semana se pasó sin tener noticias de él. Tal vez hubiera estado en el piso de arriba, pero lo que era seguro es que ni había escuchado muchos ruidos ni él había bajado a saludarla. Hannah le dedicó a Steve un par de pensamientos más, pero luego se lo quitó de la cabeza sin darle mayor importancia. A fin de cuentas, solo era un tío bueno de esos que no solían fijarse en ella, con el que había pasado un rato agradable y se había besado. Sí, el beso había sido interesante. Distinto. No sabía por qué. Pero eso era todo. Si quería sexo, tenía siempre a mano su vibrador, Buzzy, que le daba todos los orgasmos que quisiera sin pedirle a cambio nada más que un par de pilas. Fácil, limpio y eficiente.

El sábado fue a la lavandería de la esquina para hacer la colada. Se sentó en el banco de madera que había frente a las lavadoras y se distrajo un rato mirando los movimientos de la ropa. No había nada que le relajara la mente más que eso. Justo cuando más abstraída estaba, sonó su móvil y leyó en la pantalla: «Madre al ataque». Ahora no, por favor.

—Dime, madre.

—Hannah, hija, hace más de una semana que no sabemos nada de ti.

—¿Una semana? Hablamos hace...

—El viernes anterior, cuando te dije que te vinieras a cenar con nosotros y no quisiste.

—No podía. Tenía un trabajo que entregar y si hubiera ido hasta los Hamptons, habría tenido que quedarme allí a dormir.

—¿Tan grave es? Tu padre quiere proponerte una cosa.

Hannah chasqueó la lengua con hartazgo. Otra vez con lo mismo. Ya sabía lo que quería su padre: contratarla en su empresa, ponerle un horario, asignarle un puesto de responsabilidad, controlarla, hacer de ella una digna hija. Pues no. Para eso ya tenía a su hermana, a quien se le daba muy bien obedecer y poner al mal tiempo buena cara.

—Ya sé lo que me quiere proponer y la respuesta sigue siendo la misma.

Un suspiro resignado al otro lado del teléfono.

—En fin. Ayer estuvimos cenando con Ashley y Rob. Nos contaron que a Nicholas lo van a hacer socio de la compañía. ¡Con treinta años! ¡Y solo lleva tres en esa empresa! Ese chico es impresionante. Vosotros erais muy amigos, ¿verdad?

—Sí, nos llevábamos bien. Me alegro mucho por él.

Nick era un buen tío. Él siempre fue un empollón introvertido y ella una friki fuera de onda, así que... sí, a pesar de que se llevaban dos años, congeniaron bastante en esa época tan extraña que es la adolescencia. Fueron buenos amigos hasta que él se marchó a la universidad y perdieron el contacto. De eso hacía... ¡casi diez años!

—Los Parker han tenido mucha suerte con su hijo, solo les da alegrías — afirmó su madre con ese tonillo ligero con el que soltaba las flechas más envenenadas. Hannah sintió la pullita golpearla directamente en su amor propio, pero no dijo nada y aguardó a que su madre se despidiera por fin—. Al menos, prométeme que vendrás a nuestra fiesta de aniversario, dentro de dos semanas. Estará tu hermana con su marido y también algunos amigos.

—Madre...

—Por favor, Hannah. Hace tiempo que no nos juntamos la familia al completo —suplicó ella.

Hannah dudó un instante. Tampoco se acabaría el mundo por asistir a una

celebración familiar.

—De acuerdo, cuenta conmigo.

Hannah oyó un gran suspiro al otro lado de la línea.

—¿Ves lo fácil que es hacer feliz a tu madre, hija mía?

≡ ≡ ≡

Esa mañana, cuando se levantó y entró en el salón medio dormida, sus pies se mojaron en un gran charco de agua que cubría gran parte del suelo.

—¡Pero qué...! ¡Mierda! —gritó, saltando de puntillas para no mojarse el bajo del pantalón del pijama. Lo primero que hizo fue coger todas las toallas que tenía y extenderlas sobre el agua. Lo segundo fue correr en busca del móvil. Tecléo con rabia el número de Joey. ¡Eso era culpa suya! Suya y de Steve, el fontanero chapuzas que a saber lo que habría roto por ahí dentro cuando estuvo «arreglando» las tuberías. En cuanto el casero descolgó el teléfono, le espetó:

—¡Señor Bosley, tengo un gran lago en mi salón! Así que llame a su fontanero o a quien sea y que venga lo antes posible a arreglarlo o su precioso apartamento va a quedar hecho una ruina.

—¿Cómo que un lago? ¿Se ha dejado un grifo abierto?

—Pero ¿de qué habla? El agua chorrea por la pared. Su amiguito el fontanero ha debido liarla bien liada en algún sitio.

Oyó al casero lanzar una serie de palabrotas antes de responder.

—¡Está bien! No toque nada. Le diré a Steve que mueva su culo hasta allí lo antes posible.

Hannah se acercó al lugar de donde manaba el agua y comprobó que aquello no tenía visos de parar. Sacó otra tanda de toallas y las extendió alrededor del charco a modo de barrera. Si el fontanero se daba prisa, quizá podrían contener los daños.

Steve llegó un cuarto de hora después con la caja de herramientas en la mano. Hannah lo recibió con cara de pocos amigos, pero él la saludó con una

gran sonrisa amigable que se le borró de la cara en cuanto picó un poco la pared empapada y salió un chorro de agua disparada hacia él. Meneó la cabeza de un lado a otro, preocupado.

—Le dije a Joey que la instalación no aguantaría —masculló de mal humor al tiempo que maniobraba con una llave para intentar detener el escape—. Como no cambie las tuberías generales, esto va a ser solo el principio.

—Y eso ¿qué significa?

—Que hay que abrir un agujero en esta pared y cambiar el tramo de tubería general que pasa por aquí —dijo una vez que consiguió taponar el escape de la tubería—. Y después, cambiarla también en el resto de los pisos.

—¿Estás diciendo que quieres tirar la pared de mi salón?

—Estoy diciendo que tengo que abrir un agujero aquí para acceder a la tubería. No voy a tirar tu salón.

—Está bien, haz lo que tengas que hacer, pero ¡hazlo ya! No quiero quedarme en la calle sin nada.

Entre los dos escurrieron las toallas varias veces hasta recoger todo el agua del suelo. Después, Steve comenzó a picar despacio la pared, que se deshacía como si fuera arena. Hannah estuvo observándolo un rato hasta que se cansó. Decidió ir a vestirse y ponerse a trabajar un rato mientras él arreglaba el desaguisado.

≡ ≡ ≡

—Perdona, ¿puedes darme agua, por favor? Estoy seco —le pidió Steve desde el quicio de la puerta de su despacho.

Hannah tenía los cascos puestos en los oídos, así que no lo oyó. Steve se acercó y la tocó en un hombro. Ella pegó un brinco, sobresaltada.

—¿Qué pasa?

—¿Puedo coger un vaso de agua de tu cocina?

—Claro, sírvete tu mismo —le dijo.

Pero él no se movió. Tenía los ojos clavados en las tres pantallas que la rodeaban, en la cámara sujeta a una de ellas, en los dos teclados sobre la mesa y en el lío de cables.

—¿Esta es tu guarida? —preguntó, mientras se fijaba también en las dos tazas de café abandonadas en un rincón, en el plato de la pizza de la noche anterior y en la botella vacía de Coca-cola.

—Más o menos.

—No tiene pinta de que salgas mucho de aquí.

—Aquí trabajo, aquí vivo, aquí me divierto. ¿Qué más quiero?

Él la observó con expresión inescrutable.

—¿Cómo te diviertes?

—Pues con mis cosas, mis colegas... Jugamos a la play, echamos competiciones de *hackeos*, compartimos archivos... lo normal.

—Lo normal —le sonrió, burlón.

—Sip.

Hannah se llevó la mano a la nuca y se restregó toda la zona. La tenía bastante bloqueada de la noche anterior. Había pasado muchas horas delante del ordenador sin moverse y hacía días que no hacía sus estiramientos matinales.

—Si necesitas un masaje... ya sabes. Soy hábil con las manos.

Ella lo miró de reojo con una sonrisa socarrona.

—Sí, ya me di cuenta el otro día. Por el momento no, gracias.

Él se encogió de hombros y señaló una de las pantallas del ordenador lleno de líneas de código verde.

—¿Eso es lo que tú haces?

—Sí, entre otras cosas. —Hannah recordó entonces algo y se volvió hacia él para preguntarle—: Por cierto, ¿con qué tipo de proveedores trabajáis habitualmente?

—Con los de siempre, empresas de confianza. Mi socio, Justin, se encarga de negociar con ellos.

—¿Materiales de primera calidad a precios altos?

Steve la miró con cara de desconcierto.

—Materiales de buena calidad a precios muy competitivos. Nuestros clientes son gente de clase media. Si queremos ofrecer un buen servicio, no podemos utilizar materiales de mala calidad, pero tampoco de lujo. —Los ojos color caramelo traslucían mucha curiosidad—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso te has vuelto una experta en materiales de construcción?

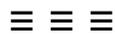
Hannah sonrió, enigmática. En materiales de construcción, no. Pero sí en alguna que otra desviación de dinero.

—Solo estoy haciendo algunas indagaciones sobre el sector de las reformas y construcción. Si averiguo algo interesante, te lo contaré.

Él se rio, divertido.

—Claro. Voy a estar por tu salón varios días, así que supongo que habrá tiempo para todo. También para que desconectes y te relajes un rato ¿no?

—Hum... tal vez.



La primera mañana después de la inundación, Hannah apenas salió de su guarida. Abrió la puerta a Steve, dejó que sacara sus bártulos y, luego, se encerró con sus ordenadores. Solo salió para ir al baño o a la cocina, pero lo veía tan inmerso en su faena que pasaba en silencio, sin querer molestar. A veces oía algún ruido que le avisaba de que él seguía allí, al otro lado de la pared, trabajando. Poco antes de la hora de comer apareció en la puerta.

—Voy a bajar a comprar algo de comida. Estoy hambriento. ¿Te subo algo?

—Ya he hecho la compra, gracias.

—¿La compra? ¿Cuándo? ¡Si llevas sin salir de aquí dos días!

—La hice esta mañana, a través del ordenador. Me la traerán antes de las doce.

—¡No fastidies! ¿Te traen también los productos frescos?

—¿Te refieres a la leche?

—Me refiero a la lechuga, los tomates, la carne, el pollo...

—Ah, no. No suelo comer productos frescos. No sé cocinar ni me interesa. Para eso existe una amplia y variada gama de comidas precocinadas de lo más apetecible, además de pizzas.

—¿Me hablas en serio?

—Totalmente.

—No me lo puedo creer. —La examinó de arriba abajo con una mirada apreciativa—. Y sin embargo, pareces más o menos sana, aunque tienes un color de piel verdoso que no sé yo.

—No digas tonterías, es el reflejo del código de la pantalla en mi cara.

—¡Ah! ¡Claro! ¡No me había dado cuenta! —se rio él, burlón—. Está bien. Vamos a hacer una cosa: ya que todavía no ha llegado tu pedido y yo me muero de hambre, compraré algo en el supermercado y prepararé la comida para los dos.

—Algo de comer tipo... ¿sopa casera?

Él soltó una carcajada.

—Hace mucho calor para una sopa. ¿Qué tal un arroz salteado con pollo *teriyaki*?

—¿Tú sabes hacer eso? —inquirió Hannah con los ojos como platos.

—No lo dudes.

—Si eres tan bueno como dices, me tendrás a tus pies.

—Eso suena muy bien.

—Pero si lo que quieres es mangonearme...

Él ni la oyó. Antes de que Hannah se diera cuenta, desapareció de su vista y oyó cerrarse la puerta del apartamento con un golpe seco.

Regresó con dos bolsas llenas hasta arriba y pasó directo a la cocina. La echó de allí sin contemplaciones hasta «nuevo aviso», y Hannah no tuvo más remedio que marcharse. Sin embargo, cuando el olor a comida oriental llegó hasta su nariz, dejó lo que estaba haciendo y se dirigió a la cocina. Allí estaba

él, con un delantal que no sabía de dónde habría sacado, moviéndose con agilidad por su cocina, que lucía más limpia incluso de cuando la dejó tras el desayuno.

—Huele muy bien —aspiró con fruición el aroma de las verduras que se cocinaban en el fuego.

—Faltan unos minutos. En seguida estará. ¿Te gusta un poco de picante?

—¿Picante? —Lo miró a los ojos, provocadora—. Hum... sí, un poco nunca viene mal.

Él le sostuvo la mirada con una sonrisa preciosa y, luego, se volvió a remover la sartén. Cuando se giró de nuevo hacia ella, sostenía una cuchara con un poco de comida que le dio a probar. Hannah abrió la boca y lo saboreó despacio.

—Muy rico. Es... intenso, pero también dulce y picante a la vez. Muy sugerente.

—Eso mismo pienso yo —respondió él sin dejar de mirar sus labios carnosos—. ¿Comemos?

Hannah puso platos y cubiertos sobre la pequeña mesa del comedor y se sentó en uno de los taburetes mientras esperaba a que él sirviera la comida con la pericia de un auténtico chef. Se le hacía la boca agua. Hacía casi mes y medio que no comía nada casero y eso tenía una pinta increíble.

—Estás contratado —le dijo cuando hubo terminado todo lo que había en el plato—. Mientras dure la obra, puedes cocinar aquí todas las veces que quieras.

—¿Y yo que gano?

—¿Cómo que qué ganas?

—Pues...

—Tendrás que ofrecerme algo a cambio.

—¿Qué quieres? Me temo que mis habilidades no son muy interesantes para ti, aunque tal vez lo sean para tu empresa.

Había comenzado a llamar a los proveedores con los que trabajaban en Happy Homes para solicitar presupuesto sobre las mismas partidas que

figuraban en sus facturas. Quería comprobar si los precios coincidían. Se olía que había algo raro en todo eso, pero solo era una intuición, no tenía ninguna prueba. Todavía.

—Los temas laborales déjalos aparte. Esto es algo personal entre tú y yo.
—Steve fingió pensar unos segundos y luego añadió—: ¿Qué te parece si me das tres horas de tu tiempo cada tarde que pase aquí, después del trabajo?

—¿Tres horas? ¿Para qué?

—Para hacer algo divertido, ya veremos. Eso lo decidiré yo. Puede ser ir al cine o pasear por el parque o...

—Echar una partida a la Play Station y ver si realmente eres bueno en eso.

—De acuerdo. Yo elijo el plan dos tardes y tú lo elegirás una. Y el otro debe aceptarlo sin rechistar.

—Trato hecho. —Hannah le tendió la mano por encima de la barra.

—Trato hecho. Yo cocino, yo decido. Esta tarde, prepárate. Nos vamos a Central Park a que te dé un poco el sol.

Capítulo 6

Hannah tecleó con rapidez al ritmo de AC/DC. La cosa se estaba poniendo muy interesante. Por suerte, ya había entregado los encargos pendientes y podía dedicarse a lo que más le gustaba: husmear en los asuntos turbios del personal.

—*Back in black I hit the sack...*

Cantó a voz en grito sin dejar de teclear, hasta que, de pronto, alguien le quitó los cascos y susurró en su oreja: —Ya he terminado.

Hannah pegó un grito y se giró hacia el recién llegado con la mano en el corazón.

—¿Estás loco? ¿Qué pretendes? ¿Que me dé un infarto?

—He procurado ser lo más delicado posible. —Steve la miró con una sonrisa de oreja a oreja—. Primero he llamado a la puerta, luego he carraspeado varias veces, te he llamado, pero...

—Esta vez te perdono, pero no vuelvas a hacerlo. —Hannah lo señaló con un dedo amenazador—. ¿Me has oído?

—Lo siento —dijo él en tono contrito, aunque se notaba que no lo sentía demasiado.

Ella se volvió de nuevo hacia la pantalla y siguió abriendo y cerrando

ventanas a toda velocidad.

—Hannah...

De nuevo, estaba tan concentrada en lo que estaba leyendo que no lo oyó. Solo cuando la mano de Steve se agitó delante de sus ojos, volvió la cabeza para lanzarle una mirada de fastidio.

—¿Puedes dejarme en paz? Estoy trabajando.

—Te recuerdo que a la hora de la comida hicimos un trato. —Ella frunció el ceño, como si no tuviera ni idea de lo que estaba hablando—. Y no pongas esa cara, que sé de sobra que tienes memoria fotográfica.

Hannah cambió de estrategia y sonrió como una niña buena.

—Verás, Steve, al final no voy a poder. Estoy muy liada con un asunto y...

—Hicimos un trato —le recordó en tono paciente.

—Ya, pero...

—Y te comiste más de la mitad del pollo *teriyaki* que preparé. Repetiste dos veces.

Hannah lo miró con el ceño fruncido.

—¿No te ha dicho nadie que es de muy mala educación llevar la cuenta de lo que comen los demás?

—Creo que es mucho peor no hacer honor a la palabra dada —replicó Steve con severidad.

—¡Steve, por dios! Parece que te has escapado de *Medieval II Total War*.

—Ni idea de qué es eso.

—Es un videojuego en el que... —Hannah hizo un gesto con la mano—. Bueno, da igual. —Lanzó una mirada de anhelo a las pantallas antes de lanzar un hondo suspiro y empezar a cerrar todos los programas—. Está bien. Tú ganas. Haré honor a mi palabra.

—Así me gusta.

Hannah lanzó un gruñido mientras trataba de reponerse del impacto de aquella seductora sonrisa.

«No es para nada mi tipo, pero hay que reconocer que es guapísimo», se dijo.

Nunca se había sentido atraída por los hombres musculosos. Tampoco le habían atraído nunca los «cerebritos», todo había que decirlo. La verdad era que nunca se había sentido atraída por ningún hombre hasta... ¿ahora?

—¿Qué estás pensando? ¿Por qué te quedas mirándome como un pasmarote?

¡Como que le iba a confesar sus pensamientos a ese cotilla inoportuno!

—Me gustaría saber cuál es el plan que tienes en mente. Por si tengo que llevar algo o...

—Será una sorpresa —la interrumpió él, al tiempo que le quitaba con suavidad las gafas y las dejaba sobre la mesa.

Hannah hizo una mueca.

—No me gustan nada las sorpresas.

Steve alzó las cejas, inquisitivo.

—¿No? Y ¿por qué?

—Pues por eso, porque son sorprendentes.

—Claro, a ti te gusta tenerlo todo bajo control —se rió Steve.

Ella lo miró irritada.

—No sé de qué te ríes, no es nada malo.

—Querida Han —dijo de buen humor mientras la empujaba en dirección a la puerta—. ¿Aún no has aprendido que es imposible controlar la propia existencia?

Pero ella no estaba dispuesta a reconocer nada parecido. Así que sin dejar de discutir, cogió su mochila del perchero, metió el móvil y una bolsa de cacahuets. Él había hablado de ir a Central Park y una de las actividades favoritas de Hannah al aire libre —por no decir la única— era sentarse en un banco con una bolsa de cacahuets en la mano y echar la tarde contemplando jugar a los niños.

Pero, por lo visto, Steve Blake no tenía ninguna intención de pasarse la

tarde sentado en un banco. En opinión de Hannah, era una de las personas más movidas que había conocido jamás. No podía parar quieto.

—No sé por qué te has empeñado en venir hasta aquí teniendo un parque mucho más cerca de casa —dijo Hannah nada más bajarse en la parada de 72nd Street & Central Park West.

Durante todo el trayecto no les habían faltado temas de conversación. Temas de lo más variopinto, que iban desde la mejor masilla para utilizar con los azulejos del baño hasta cómo romper el código fuente de una aplicación. Y las risas tampoco habían faltado en ningún momento.

—¿Hace cuánto que no venías a Central Park? —Hannah se quedó un rato pensando, pero antes de que pudiera contestar, Steve añadió—: Pues por eso mismo. He decidido sacarte de tu zona de confort.

Ella no estaba segura de que le gustase aquella explicación.

—¿Estás haciendo algún tipo de experimento con la friki del edificio? —preguntó desafiante.

—Estoy haciendo un experimento con la chica más interesante y atractiva que he conocido en mucho tiempo.

Algo en el brillo de los singulares ojos color caramelo hizo que Hannah tragara saliva, pero trató de disimular su confusión y contestó retadora: —No me vengas con esas, que no me chupo el dedo.

Steve se limitó a reírse y, agarrándola de la mano, tiró de ella en dirección a la salida.

Fuera el calor resultaba aún más insoportable que en el metro. Por lo visto, todos los neoyorquinos habían tenido la misma idea: acercarse a ese oasis vegetal en mitad de la isla de cemento y asfalto. El parque estaba abarrotado. Madres empujando el carrito de sus hijos, jóvenes estudiantes, niños acompañados de sus *nannies*, oficinistas con la corbata colgando del cuello sin atar, puños remangados y chaqueta al hombro, parejas de enamorados, deportistas, paseadores de perros sujetando las correas de hasta media docena de animales... El aire olía a una mezcla de flores, perritos calientes y *pretzels*, y atronaba con el sonido de las carcajadas de los niños y las conversaciones cruzadas, en media docena de idiomas distintos.

Steve aspiró con deleite.

—Me encanta Nueva York.

Hannah lo imitó y asintió con la cabeza.

—A mí también.

—Entonces, ¿por qué pasas tanto tiempo encerrada en tu apartamento?

—Bueno, tengo que trabajar.

—Bah, dame una excusa mejor.

Hannah lo pensó un buen rato mientras Steve, que no le había soltado la mano a pesar del calor pegajoso, la llevaba en dirección desconocida.

—No sé. Nunca me había parado a pensarlo. —Hannah se apartó un mechón rojizo que se le había pegado a la frente sudorosa con la mano que tenía libre—. Imagino que en casa me siento segura. Hasta que Stella y Kim no vinieron a vivir al piso nunca había echado de menos la compañía humana; tenía más que suficiente con mis amigos virtuales. Y si Kim no hubiera pasado unos meses en casa con Jenny, creo que no habría descubierto que me encantan los bebés.

Steve se volvió a mirarla al oír aquello.

—¿Te encantan los bebés? —preguntó con interés.

—Pues sí. Jamás lo habría pensado, pero... —Hannah se encogió de hombros.

—¿Sabes, Han?

Ahora fue el turno de ella de girar la cabeza para mirarlo. Steve tenía los cabellos castaños revueltos y le brillaban mucho los ojos. Una vez más, admiró las largas piernas enfundadas en esos vaqueros descoloridos y el modo como la camiseta blanca realzaba la anchura de los hombros y se pegaba a su abdomen, liso como una tabla.

—¿Qué?

—A mí también me encantan los bebés.

Su forma de decirlo hizo que Hannah se pusiera roja y, para disimular, señaló un cartel que colgaba de un tejadillo de madera sostenido por varias columnas de ladrillo.

—¡Mira, el zoo!

—Exacto el zoo, nuestra primera parada.

—¿Sabías que no he visitado nunca un zoo? —dijo Hannah, visiblemente entusiasmada.

—¿Ni siquiera cuando eras niña? —preguntó sorprendido.

Ella negó con la cabeza.

—Mis padres consideraban las visitas al zoo, el cine, *etc.* una pérdida de tiempo. Una especie de diversión solo apta para las clases bajas. Mi hermana y yo íbamos a conciertos, al teatro, a la ópera... Eso sí, cuando fui un poco más mayor recuperé el tiempo perdido; creo que he visto la mayoría de las películas que se han filmado. Cine francés, coreano, americano, español, indio... no le hago ascos a nada.

Steve sacó las entradas en la taquilla y las agitó delante de su nariz.

—Pues tienes suerte. Yo trabajé varios veranos en un zoo y te aseguro que no vas a encontrar un guía mejor.

Steve no mentía y eso que Hannah lo puso a prueba con un millar de preguntas. Siempre había sentido una curiosidad insaciable y, aunque la satisfacía a través de una pantalla, no podía negarse que estaba bien informada.

Recorrieron el pequeño zoo de un extremo a otro sin dejar de charlar y de reír. Hannah no podía esconder su asombro al ver el tamaño de ciertos animales al natural, y sus comentarios hacían que Steve estallara a menudo en carcajadas.

Cuando por fin se dio por satisfecha, él la condujo hasta el lago.

El calor ya no era insoportable, así que Steve compró un par de perritos calientes y dos cervezas bien frías en uno de los pequeños puestos rodantes con toldos de rayas verdes y blancas, y se sentaron en el césped. Comieron disfrutando de la vista del lago con los colosales apartamentos San Remo al fondo. Cuando hubieron dado buena cuenta de los perritos y las bebidas, se tumbaron sobre la hierba con las manos detrás de la nuca y la vista perdida en las pequeñas nubes que empezaban a teñirse con los colores del atardecer.

—Ha sido un día perfecto. Gracias, Steve.

—Gracias a ti, Han. Me gusta estar contigo.

Por primera vez desde que habían salido del pequeño piso de Queens, se hizo el silencio entre ellos. Hannah se incorporó sobre el codo y lo miró. Steve tenía los ojos cerrados y mordisqueaba un tallo verde mientras su pecho subía y bajaba al ritmo de la respiración.

Hannah arrancó un puñado de hierba y la dejó caer despacio, pero no corría ni una leve brisa que arrastrara las briznas.

—Steve...

—¿Hum? —respondió él sin abrir los ojos.

—¿Te importaría hacerme un... pequeño favor? —preguntó tentativa.

Eso lo hizo volver el rostro hacia ella y abrir los ojos.

—¿Un favor? Por supuesto que no.

—Verás... —Hannah no sabía muy bien cómo hacerle la proposición que se le acababa de ocurrir. Incómoda, carraspeó con fuerza.

—Será mejor que lo sueltes, Han.

Los ojos, del mismo color que los caramelos de miel que devoraba cuando era niña, la miraron alentadores.

—Sé que no nos conocemos desde hace mucho...

—Pero a pesar de ello nos hemos hecho buenos amigos, ¿no crees? —la interrumpió sonriente.

Hannah le devolvió la sonrisa.

—Sí. En realidad es como si te conociera de toda la vida. Por eso quería pedirte algo que quizá te suene un poco raro. —Hannah inspiró hondo una vez más y lo soltó—: ¿Podrías acompañarme a la celebración del aniversario de mis padres?

Lo vio abrir la boca y alzó la mano para detenerlo.

—Espera. No digas nada todavía. No te pienses que quiero pescarte o algo por el estilo.

—¿No?

Le pareció detectar una cierta desilusión en la voz masculina.

—No, nada de eso. Es por... —Se detuvo y movió la cabeza—. En fin, lo mejor será que te ponga en antecedentes. Mi relación con mis padres no es demasiado fluida.

—¿Porque no te dejaban ir al cine?

Hannah sonrió.

—Por eso y por algunas cosas más. Digamos que, al contrario que mi hermana, no soy la hija que habían soñado ninguno de los dos, especialmente mi madre.

Steve frunció el ceño al oír aquello.

—Y eso, ¿por qué? Eres inteligente, guapa, educada, amable... ¿Qué más pueden pedir?

—Vamos, Steve, no hace falta que me hagas la pelota —dijo, impaciente—. Soy una friki; lo he sido desde que tengo memoria y eso no les gusta.

Al ver que él parecía dispuesto a protestar, Hannah le tapó la boca con la mano sin miramientos.

—Mi madre planea una celebración íntima pero, conociéndola como la conozco, estoy segura de que también habrá invitado a un posible pretendiente. Siempre me hace lo mismo. En fin, la cuestión es que no me apetece pasar un fin de semana más incómodo de lo necesario, por eso he pensado que si vienes tú, matamos dos pájaros de un tiro. Uno, desbaratamos sus planes de casamentera y dos, me deja tranquila una temporada.

Notó que movía los labios debajo de su palma, pero, apretó la mano con más fuerza sobre su boca y no le permitió hablar.

—Es dentro de dos semanas. Pasaríamos el fin de semana en casa de mis padres, en los Hamptons. Y nada más. Luego tú volverás a tus chapuzas, yo volveré a mis ordenadores y tan amigos. ¿Qué dices?

—Digo —dijo cuando por fin Hannah retiró la mano y lo dejó hablar— que no creo que un tipo como yo sea lo que tus padres tienen en mente para su princesa.

—Bah. ¿Qué más da? No es como si fuéramos a casarnos ni nada de eso.

—Ah, ¿no? —dijo muy serio.

—Pues claro que no, tonto.

—Entonces me quedo más tranquilo.

Hannah lanzó una risita.

—Entonces, ¿qué dices?

—Digo que sí. —Y, sin más explicaciones, Steve la cogió de la mano, la atrajo hacia sí y la besó en la boca.

Capítulo 7

Hannah miró otra vez el reloj del portátil. Todavía faltaba más de treinta minutos para la hora convenida y ya estaba preparada. No le había costado mucho, la verdad. Se había puesto encima toda la ropa que su madre odiaba: pantalón negro ceñido y un boquete en la rodilla, camiseta negra con una enorme calavera blanca en el centro, unas zapatillas de lona a juego y, por si refrescaba por la noche, su chaqueta vaquera negra, que se compró ella misma con dieciséis años para horror de su madre y de su hermana.

Steve estaba a punto de llegar y ella pasaría con él y el resto de su familia el fin de semana completo. Cuarenta y ocho horas de tortura con cuatro personas con las que prefería hablar por teléfono antes que en vivo y en directo, y un hombre al que apenas conocía, aunque reconocía que besaba muy bien.

—¿Cómo te has metido en este embrollo, Hannah? —se preguntó en voz alta—. Aunque al menos Steve es una cara amiga.

Lo cierto era que no había hablado con él más de tres minutos seguidos desde la tarde en Central Park. Steve había bajado los dos primeros días a hacerse la comida, tal y como había prometido, pero Hannah no había tenido tiempo de atenderlo. El tercero se había dado por vencido y había preferido comer en el restaurante Mamma mia, que ella le había recomendado. Eso sí, después le traía la comida, que ella engullía sin apartar los ojos de la pantalla

del ordenador.

Y es que aquel verano parecían haberse puesto de acuerdo todas las empresas de Nueva York para hacer labores de mantenimiento en sus ordenadores. Le habían contactado cinco clientes para comprobar la seguridad de sus redes. Solo se le había resistido la red de The New York Public Library y era porque el software de seguridad se lo habían comprado a Soft & Security, es decir, a ella misma. Se lo había pasado cañón *hackeando* los cinco sistemas, pero había trabajado como una negra.

Se acordó de su indumentaria y se rio.

Vale, sí, lo reconocía, había echado de menos las conversaciones tumbados en el césped, las bromas, las risas y los besos. ¿Por qué besaba taaan bien? Por la noche él le enviaba mensajes que ella contestaba con muchas caritas divertidas.

Cuando se lo había contado a Kim, a la que había llamado para preguntar por Jenny, su amiga se había reído de ella.

—No te enganches de él antes de que Stella y yo lo examinemos a conciencia. Eres capaz de enamorarte del primer friki melenudo y mal duchado que te guiñe un ojo. Es que estás muy necesitada, Hannah.

¿Necesitada ella?

—¡Bah! —resopló—. ¡Tonterías!

Volvió a mirar el reloj: todavía le quedaba un cuarto de hora. Tiempo suficiente para echarle otro ojo a los presupuestos que le habían mandado los proveedores de Happy Homes para compararlos con la contabilidad del socio de Steve, que le había dado tan mala sensación. Quería haberlo hecho antes, pero aquellos quince días habían sido un infierno.

El sonido del timbre le hizo dar un respingo. Aún faltaban diez minutos para las cuatro de la tarde. Steve llegaba antes de la hora. Corrió hasta el telefonillo.

—¡Ahora bajo! —gritó sin preguntar siquiera quién era.

Cerró el portátil, recogió cable y ratón y lo metió en una mochila acolchada que se colgó al hombro. Al llegar a la puerta, recogió la bolsa con la ropa que se llevaba para el fin de semana y salió por la puerta a todo correr.

Steve la esperaba frente al edificio. Hannah abrió la puerta de la furgoneta azul y se metió dentro. Colocó la mochila con el ordenador a sus pies y tiró la bolsa con la ropa por encima de su hombro.

—Preparada —anunció.

Él la miraba, divertido.

—Lo de tus padres, ¿era una celebración o un funeral?

Hannah se fijó en el aspecto de Steve. Estaba recién duchado, afeitado y peinado, y olía deliciosamente a colonia. Llevaba una camisa de cuadros rojos y un pantalón vaquero que parecía bastante nuevo. Era la personificación del chico formal.

—Mis padres estarán encantados de conocerte. ¿Dónde has dejado el polvo que normalmente llevas encima?

—Se ha ido por el desagüe de casa.

—Te has vestido de... domingo.

Hannah esperó un comentario sobre su lúgubre aspecto, sin embargo, Steve le regaló una sonrisa.

—Eso parece. ¿Nos vamos?

Les costó más de una hora llegar a la I-495, en la que Hannah estuvo pendiente del tráfico y de la forma de conducir de Steve. Pero en cuanto tomaron la Long Island Expressway, se relajó y se fue escurriendo en el asiento.

—Puedes dormirte si quieres. Disfruto conduciendo.

Hannah se sentó derecha.

—No, no tengo sueño.

—¿De verás? Tienes aspecto de no haber descansado mucho estos días. Te vendrá bien el fin de semana de relax.

—¿Relax? Ejem... Steve... igual no debería haberte invitado.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho? Prometo no salir del cuarto de baño con la sierra en la mano en plan Leatherface. —Hannah rio.

—Ni aunque te pongas una máscara de cuero se enterarían de quién eres.

Yo soy la rara de la familia y la que ve películas *gore*. Mi padre no ve la televisión, le parece demasiado frívola, y mi hermana y mi madre solo ven películas «agradables», como dicen ellas, no vaya a ser que la sangre les salpique. Ellas no han venido a este mundo a sufrir.

—¿Tienes sobrinos?

—Ninguno, ni los voy a tener.

—¿Tu hermana no puede...?

—Mi hermana tiene pánico a pasarlo mal y al dolor. Huye de cualquier cosa que le parezca desagradable. Estar embarazada y dar a luz son solo dos de ellas. Trabajar, la tercera.

—¿No estás siendo un poco dura con tu familia?

—Perdona, pero no puedo remediarlo. ¿Ves por qué no tenía que haberte invitado? He sido una egoísta. Vas a pasar el peor fin de semana de tu vida.

Steve cogió la mano de Hannah, se la llevó a los labios y la besó con suavidad sin apartar la mirada de la carretera. Después, sin soltarla, la posó sobre su pierna, y Hannah sintió que ardía por dentro.

—Duerme un poco. Te sentirás mejor después.

Pero Hannah todavía tardó un rato en cerrar los ojos. Imposible dormirse estando tan cerca de él.



—¿Es aquí?

Hannah asintió.

Esteve sacó medio cuerpo por la ventanilla para tocar el timbre.

—¿Quién es?

Hannah invadió el espacio del conductor y gritó al interfono de la pared:
—¡Mamá, soy yo, Hannah!

No hubo respuesta, sin embargo, sonó un clic y las puertas que cerraban la

verja comenzaron a abrirse.

Steve arrancó la furgoneta y entró en el jardín de la casa de los padres de Hannah.

—Hemos llegado —comentó ella para sí.

—Lo pasaremos en grande, ya lo verás —la animó Steve porque le pareció que estaba algo nerviosa.

Detuvo el vehículo delante de una casa menos impresionante de lo que esperaba. Por los comentarios de Hannah esperaba encontrar a unos esnobs en una de esas mansiones sureñas con una majestuosa fachada llena de columnas y un enorme porche rodeando toda la casa. Pero aquella casa se parecía más a un *cottage* inglés, con una frondosa hiedra que cubría la pared del piso inferior y parte del superior y preciosas jardineras llenas de flores de colores junto a la puerta. El conjunto era de un gusto exquisito.

De la casa salieron dos mujeres. Ambas vestían camisa blanca y pantalones oscuros. Eran idénticas, dos auténticos clones, rubias, delgadas, piel blanca y de una belleza clásica. Ni se dio cuenta de que después de verlas a ellas, se había quedado mirando a Hannah.

—¿Qué? Son completamente distintas a mí, ¿verdad? —dijo antes de abrir la puerta y que se le echaran encima, dando saltos de alegría. Hannah las abrazó también.

Steve decidió que ya era hora de conocerlas. Abrió la puerta y puso su mejor sonrisa.

—¿No vas a presentarnos?

La madre y la hermana de Hannah se callaron al instante. Hannah se volvió hacia él.

—Mamá, Alice, este es Steve, mi novio. Steve, mi hermana y mi madre.

La madre fue la primera que recuperó la compostura.

—¿Tú novio? Hija, no nos habías dicho nada.

—¿Tú no-vio? —A la hermana de Hannah casi se le atraganta la palabra —. Mamá, ¿qué vamos a hacer ahora con Nick?

Hannah no perdió oportunidad.

—¿Qué Nick?

—Cariño, el hijo de los Parker, tu antiguo compañero. Viene mañana a la celebración.

—Estupendo —intervino Steve. Se acercó a Hannah que seguía sin decir nada, la cogió por la cintura, se arrimó a ella y le dio un beso en la sien—. Así podrás presentarme a tus amigos de la infancia. Encantado de conoceros.

—Hannah no nos había dicho nada sobre que iba a venir con... alguien.

—Quería daros una sorpresa.

—Y nos la has dado.

—¿Dónde está papá?

—En el club de golf. No tardará en llegar. ¿Pasamos adentro? —sugirió la madre de Hannah.

Hannah, sin embargo, en vez de seguirla, abrió la furgoneta. Steve por un momento pensó que se montaría en ella y le pediría que la llevara de regreso a Nueva York. Sin embargo, solo quería coger sus cosas.

—Cielo, no te molestes, ya sabes que eso lo hace Jacob.

—No me molesta —fue la respuesta de Hannah.

Steve la imitó y la siguió.

—¿Habéis tenido algún accidente? —preguntó Alice, señalando una abolladura justo debajo del letrero de Happy Homes en uno de los laterales de la furgoneta.

—Ayer por la mañana, a la grúa que movía un palé de ladrillos se le soltó una de las correas y golpeó la furgoneta. Tendrá que quedarse así por una temporada.

—¡Ah!, pero... ¿este coche es tu coche?

—En realidad es el vehículo de trabajo de Steve —le explicó Hannah a Alice con cara agria—. Es fontanero.

—Entre otras muchas cosas —puntualizó él mientras la seguía al interior de la mansión.

A Steve no le dio tiempo a apreciar el interior del edificio. Las mujeres de

aquella casa estaban muy interesadas en él.

—¿Eres fontanero?

—Tengo una empresa de reformas con otro socio. Hacemos un poco de todo.

—Hacen chapuzas —resumió Hannah—. Se te rompe la tubería del inodoro, vienen ellos y te lo arreglan.

—A veces hasta las rompemos para conocer a la vecina de abajo.

—Mejor dicho, a veces sacáis de quicio a la vecina de abajo.

—También cocinamos para nuestros clientes —bromeó Steve para intentar arrancarle a Hannah una sonrisa.

—Pero no sabéis abrir puertas de terrazas.

—Solo cuando nos conviene.

Hannah soltó una carcajada, que a Steve le sonó a música celestial, pero descolocó a la dueña de la casa.

—Será mejor que os enseñe vuestras habitaciones. —Comenzaron a subir las escaleras—. Hija, tu dormirás en tu habitación y a Steve lo pondremos en la azul.

—De eso nada, Steve dormirá conmigo.

—¡Hija! —se sobresaltó la madre de Hannah.

—Mamá, somos dos adultos. ¿Crees que nos chupamos el dedo cuando estamos a solas por la noche?

—¡Hannah, no digas groserías!

—Steve duerme conmigo o esta noche dormimos lo dos en Nueva York.

La mujer echó a andar con toda dignidad con la mirada al frente. Hannah había ganado la batalla.

En cuanto la puerta del cuarto se cerró, Hannah se dejó caer de espaldas sobre la cama con los brazos extendidos.

—Por fin. Terminado el primer *round*.

Steve recogió las bolsas de Hannah de los pies de la cama, las apartó a un rincón junto con las suyas y se tumbó también. Como no decía nada, se giró hacia ella y le sopló en la cara para atraer su atención. Hannah lo miró con aquellos brillantes ojos suyos, llenos de curiosidad, que le gustaban tanto.

—¿Así es cómo te sientes, como si hubieras participado en una pelea?

Ella parpadeó un par de veces.

—Acuéstate conmigo, Steve —le imploró.

Él, en vez de hacerle caso, se acercó a ella y la besó suavemente. Tenía intención de apartarse. Sin embargo, Hannah lo apretó contra ella y le urgió un beso tórrido. Steve le correspondió con uno pausado y, luego, se separó con delicadeza.

Ella se tapó los ojos, avergonzada ante lo que parecía un rechazo cortés. Steve le separó las manos de la cara y la obligó a que lo mirara.

—¿De verdad es lo que quieres?

—Sí, no, sí. Bueno no sé. Sí. ¿No es lo que queréis todos los tíos? —se lanzó—. Vamos a dormir en la misma cama y se supone que tú y que yo... Eso es lo que piensan mis padres y mi hermana... y a mí me gustas y yo creo que yo a ti también, por eso igual es el momento de que...

Steve le cerró la boca con otro beso.

—¿Quieres saber qué opino yo?

—Sí.

—Hubiera hecho el amor contigo el día que apareciste hecha una furia con la camiseta de tirantes y el pantaloncito mal cortado. Y también el segundo día. Y todas las horas que pasamos encerrados en la terraza. Si no llega a ser por el gato de la señora Grant, te hubiera quitado esa ropa mojada y me hubiera hundido en ti. Estaba tan excitado que, cuando nos liberó y nos invitó a merendar, no sabía cómo iba a soportar estar sentado junto a ti como si fuéramos dos colegiales formales. Por eso me marché con una excusa. Y

también te lo hubiera hecho todos los días que he ido a comer a tu casa y que tú no me has hecho caso. Y el día de Central Park. Ese día también hubiera hecho el amor contigo sin importarme toda aquella gente.

—Pero...

Steve sonrió de nuevo y le dio otro beso rápido.

—Chica lista —le susurró—. Pero... no hoy, no ahora —corrigió—. Quiero a Hannah conmigo, a la Hannah que conozco, a la que se abstrae entre números y líneas de programación, a la que se emociona cuando gana una partida de *Assassins Creed*, a la que canta *heavy metal* a voz en grito y piensa que nadie la oye. Quiero hacer el amor a esa Hannah. No a la mujer tensa que eres ahora, que dice y hace cosas sin pensar solo para provocar a su familia.

Ella lo escuchó en silencio. Después, se tapó la cara más fuerte que antes.

—¡Qué vergüenza! He hecho el ridículo, ¿verdad?

Steve soltó una carcajada.

—No demasiado.

—Está claro que hoy no es mi día. Debo de ser la única mujer que pide a un chico que se acueste con ella y él la rechaza. Menos mal que me pasa ahora, con veintisiete años, si me llega a suceder a mis dieciocho, durante la época de la universidad, me hundo de por vida.

—Si me lo hubieras pedido durante la época de la universidad, hubiera aceptado a todo correr.

Ahora la que se rio fue Hannah.

—Es que en aquella época, estabais todos salidos. Con esta o con esa, os daba lo mismo.

—Eran tiempos de nuevas experiencias, para todos, chicos y chicas, aunque ya me contaste que tú no experimentaste demasiado.

—Yo prefería compartir con los chicos horas de juego y conversaciones. Yo era la de la pandilla de los chicos malos, la hermana, la amiga; las que se liaban con ellos eran otras. —Se acodó en la cama para ponerse a su nivel—. Así que fuiste a la universidad, ¿qué estudiaste?

—Ingeniería. Duró poco, apenas un año. Se terminaron los fondos.

Hannah intuyó una historia triste y prefirió no preguntar.

—Espera que les cuente a mi hermana y a mi madre que salgo con un ingeniero aunque no sea cierto. Ya verás como después de eso te tratan de otro modo.

—Ni se te ocurra mentir de esa manera.

Steve se echó encima de ella y comenzó a hacerle cosquillas como el día del ático. Hannah se retorció de la risa.

—¡Para, para, para! —gritó entre carcajadas.

—No hasta que me prometas que vas a ser la Hannah de siempre.

—¡Sí, sí, sí, sí! ¡Lo prometo, lo prometo! —aceptó ella.

Steve se dejó caer en la cama a su lado, todavía riéndose.

Hannah aprovechó el descuido para subirse encima de él y sujetarle los brazos por encima de su cabeza.

—Solo si tu me prometes que te acostarás conmigo.

Pero Steve era más fuerte y corpulento que ella y en un movimiento, la tuvo debajo de nuevo.

Y sin más explicaciones, la besó en la boca.

—No voy a acostarme contigo, voy a hacer el amor contigo. De eso estate segura. Pero no ahora.

Capítulo 8

Cuando Hannah amaneció al día siguiente, le sorprendió descubrir que se hallaba sola en la cama y también en la habitación. No había ni rastro de su fontanero. Se estiró con gusto a todo lo ancho de la cama. Había dormido como un tronco después de la paliza que le había propinado a Steve en el juego de *Assassins Creed* de la Play la noche anterior. Pobre, no era muy consciente de a quién tenía por rival. A lo tonto a lo tonto, se les había hecho tan tarde, que cuando se metieron en la cama no tardaron en dormirse con apenas un pequeño beso de buenas noches. Un único beso. Eso había sido todo.

Se levantó de un salto, se lavó la cara, se colocó sus gafas negras y bajó a desayunar. La casa estaba muy silenciosa para la hora que era. En el comedor solo encontró a su madre con una taza de té en la mano dándole instrucciones a la cocinera sobre la cena de la noche.

—¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde está Steve? —fue lo primero que preguntó Hannah al llegar.

—Buenos días, hija. —Los ojos de su madre recorrieron con una mueca de disgusto su pijama de estilo masculino lleno de códigos de programación, pero esperó a que se hubiera marchado la sirvienta para responderle—: Alice se ha ido a la peluquería y Steve está con tu padre en el garaje, con algo de ese... cascajo antiguo al que tu padre llama moto, por llamarlo de alguna forma. Al

parecer, a tu novio le gusta arreglar trastos viejos.

—Sí, le gusta arreglar cualquier cosa. ¡Es todo un manitas! —respondió, sonriente.

Su madre dejó la taza despacio sobre la mesa, se limpió con cuidado la boca y dijo:

—No niego que es un chico muy amable y servicial, pero para sostener una relación a largo plazo es importante que tengáis cosas en común, una misma educación, un cierto entorno social, unas expectativas...

—Oh, Steve y yo tenemos más cosas en común de las que te imaginas, mamá. Y por si no te habías dado cuenta, somos de esas parejas que se complementan a la perfección. Él cubre mi absoluta falta de habilidades sociales y culinarias y, a cambio, yo me encargo de proteger sus intereses profesionales en Internet. Él cuida de mí y yo cuido de él, así de simple. Somos como el día y la noche, pero juntos, ¡formamos un día brillante! —Y según lo decía, le sorprendió comprobar que sus palabras eran totalmente ciertas.

—Me alegro de que sea así, pero la experiencia me dice que parejas como la vuestra terminan reprochándose hasta el modo como se lava uno los dientes.

Hannah la miró sin comprender.

—¿No es de abajo a arriba?

Su madre hizo un gesto de desesperación.

—Sé que te parezco una ignorante, Hannah. Nunca me has respetado ni has valorado mis opiniones, pero créeme, he vivido ya mucho como para saber de qué pie cojean mis hijas. Y ese chico...

—Basta, madre. —Hannah la cortó en seco. No deseaba escuchar nada más.

—¿Quiere que le traiga el desayuno, señorita Hannah? —interrumpió en ese momento la sirvienta, que llegaba de la cocina con una jarra de zumo de naranja.

—Gracias, Rosalinda, pero me lo serviré yo misma. No te preocupes.

—Ese es el trabajo de Rosalinda, Hannah. Al hacerlo tú misma no le haces

ningún favor a ella —la recriminó con dureza su madre.

—Lo sé, mamá, pero me he acostumbrado a organizarme yo misma en casa —dijo, al tiempo que se alejaba en dirección a la cocina siguiendo los pasos de la mujer. En cuanto estuvieron a solas, Hannah se acercó a ella con una gran sonrisa. Rosalinda había sido su confidente y cómplice durante sus años de adolescencia, cuando su madre y ella no podían ni mirarse sin tirarse los trastos a la cabeza y ella se sentía como si fuera una extraña dentro de su propia familia—: ¿Cómo estás, Rosalinda? ¿Cómo van las cosas por aquí? ¡Cuéntame novedades!

—Ay, señorita, no hay nada que contar. Todo está bien. Su madre está muy nerviosa con la celebración de esta noche, no debería darle ningún disgusto.

—¿Qué disgustos le he dado? ¡Pero si he sido buena! —La mujer meneó la cabeza de un lado a otro con una sonrisa bonachona—. ¿Has visto a mi novio? ¿Qué te parece?

—Parece un buen chico. Y creo que a su padre le ha gustado.

—¿Tú crees? Si a papá le ha gustado, es una buena señal, aunque... —dijo sirviéndose un gran vaso de leche. Buscó su caja de cereales favoritos en los armarios y cogió un gran puñado de ellos, que se llevó directamente a la boca antes de beber un gran sorbo de leche—. ¡Mbff...bcnffgg!

—¡Señorita, no sea maleducada! —exclamó Rosalinda arreándola en el trasero con un paño de la cocina—. ¡Hasta mis sobrinos de doce años tienen mejores modales que usted al comer!

Hannah tragó todo lo que tenía en la boca y le sacó la lengua a la única mujer cuya opinión le importaba de verdad en esa casa.

—Voy a ver qué hacen mis dos hombres preferidos.

—Vístase primero. No son horas de andar en pijama por la casa.

—¡Tendrías que verme en mi apartamento, Rosalinda! —dijo ella con una carcajada—. ¡Puedo pasarme varios días en pijama!

Sin embargo, Hannah le hizo caso y subió a su habitación para cambiarse de ropa. Sacó unos pantalones vaqueros negros, una camiseta negra entallada en la que se veía el logo de la empresa tecnológica Intel, aunque con una leyenda bien distinta: *Bitch Inside*. Le había hecho tanta gracia cuando la vio

en una tienda online de camisetas que se había comprado la misma con distintas leyendas: *Geek Inside*, *Alien Inside*, *Nerd Inside*. ¡Le encantaban! Peinó con los dedos los mechones alborotados de su pelo, se calzó unas converse negras y salió en busca de Steve y su padre. Los encontró junto al garaje, agachados junto a una Harley Davidson vieja y llena de polvo, totalmente desmontada.

—¿Se puede saber qué le hacéis a esa moto?

Steve alzó la vista y le dedicó una larga mirada con sus ojos caramelo que le provocó un vuelco en el estómago.

—Este chico tiene unas manos prodigiosas —respondió su padre, incorporándose del suelo con sonrisa satisfecha—. Ya me había rendido con este cacharro, pero Steve dice que puede arreglarla.

—Claro que puedo. Y merece la pena, es una Harley Davidson Shovelhead de 1980, ni más ni menos. Un auténtico tesoro.

—Papá, ¿otra Harley? ¿No tienes bastante con las otras tres que guardas en el garaje?

—Esas son modernas y las tengo ya muy vistas. Pero esta... —Su padre acarició con admiración el depósito negro de la moto—... siempre quise tener una Shovelhead, con su sillín de cuero marrón, su aspecto rebelde. La adquirí en una subasta por una cantidad irrisoria: cincuenta mil dólares.

A Steve se le cayó la llave inglesa de las manos cuando escuchó esa cantidad y Hannah lo miró de reojo, divertida.

—¿Cincuenta mil pavos por...esto? —preguntó, incrédulo.

—El tipo me quería cobrar setenta y cinco. Hice un buen negocio. ¿No crees?

Hannah se acercó a Steve y le palmeó la espalda ancha y musculada, tranquilizándolo.

—Hiciste un gran negocio, papá. Eres el mejor negociador que conozco.

—No lo dudes ni un minuto —replicó él con expresión satisfecha. Luego pasó el brazo por los hombros de su hija y le preguntó—: Bueno, ¿has pensado en mi oferta de trabajo? Ya sabes que no lo hago porque seas mi hija sino porque eres la mejor, Hannah. Y yo solo quiero a mi lado a los mejores.

—Por favor, papá, no me presiones.

—¿Te ofrezco un empleo como jefa de sistemas, con un sueldo que ya querrían para sí muchos, y dices que te presiono? Steve, ¿tú qué opinas?

—Yo no...

—¿No se lo has contado?

—Papá, es una decisión mía, no de Steve. Y no, no se lo he contado. No es necesario. Yo no me meto en su vida y él no se mete en la mía. Somos una pareja moderna.

Notó cómo Steve apretaba las mandíbulas y su rostro se contraía en una mueca extraña que la sorprendió. Pues ¿qué pensaba? No era su novio ni había nada entre ellos. Y aunque lo hubiera, no tenía por qué compartir con él sus problemas ni sus decisiones. El hecho de tener una relación no significaba que tuviera que contarle todo a la otra persona.

—¿Cómo que no? —replicó su padre de pronto, irrumpiendo en sus pensamientos—. Estoy seguro de que si a Steve le hubiera ofrecido su padre un empleo a su medida en una empresa puntera del país, aceptaría, ¿no es verdad, hijo?

Steve le respondió sin apartar los ojos de la pieza del motor que estaba intentando encajar.

—Depende de la letra pequeña, señor —dijo con prudencia.

—Ah, ¡una respuesta inteligente! —Lo señaló con el dedo—. Pero tú me entiendes, ¿no es así?

Hannah chasqueó la lengua, cansada de la insistencia de su padre. Había oído mil veces lo mismo.

—Papá, deja a Steve en paz. Esto es algo entre tú y yo. Y ya sabes lo que opino de esto. Lo hemos discutido muchas veces. No va conmigo, me moriría de asco, dejaría de divertirme en mi trabajo.

—¿Por qué? ¡No lo entiendo! ¡Serías tu propia jefa, te daría carta blanca, tendrías tu propio despacho en la séptima planta! ¿No es lo que cualquier persona normal desearía?

Steve la miró con un brillo burlón en los ojos.

—Me temo que su hija es todo menos una persona normal, señor. Es extraordinaria, y eso es lo que más me gusta de ella.

El señor Redstone lo miró unos segundos, desconcertado, pero en seguida soltó una enorme carcajada.

—En eso tienes toda la razón, Steve —dijo dándole unas cariñosas palmadas en el hombro—. Mi Hannah es extraordinaria. Me alegro de que te hayas dado cuenta.



Hannah se probó dos conjuntos frente al espejo antes de decidirse. Uno era una especie de saco negro estampado con *grafittis* en distintos colores que le llegaba a la altura de media pierna. Con sus botas de tachuelas de media caña no quedaba mal, le daba un aspecto callejero y rebelde con el que le provocaría a su madre un infarto. Steve la contemplaba desde su posición, tumbado a todo lo largo en la cama. Ya estaba casi vestido, solo le faltaba la chaqueta azul de hilo que se pondría en el último momento, antes de salir.

—No te hace justicia.

—¿Para qué demonios quiero yo que un vestido me haga justicia?

—No sé por qué te empeñas en esconderte detrás de tus gafas enormes y de tu ropa negra.

—¡Yo no me escondo de nada!

—¡Ja!

—Está bien. Ahora verás —dijo abriendo de par en par su armario.

Realmente, era un armario monocolor: negros y más negros. Excepto... Agarró una percha de la que colgaba un vestido de *lycra* a rayas negras y blancas, cogió unos botines con tacón, que se había puesto dos veces en toda su vida, y unas medias con lunares negros y se encerró en el cuarto de baño de su habitación. Al cabo de unos segundos volvió a salir para abrir el cajón de la cómoda y sacar un conjunto de lencería negro, regalo de su queridísima hermana, que todavía tenía la etiqueta del precio colgando. Se lo colgó de un

dedo y se dirigió de nuevo al baño mientras movía el conjuntito de un lado a otro para que lo viera Steve, que no le quitaba los ojos de encima.

¿Que ella se escondía? De acuerdo, a ver quién se escondía debajo de ese vestido bien ceñido de Dolce & Gabbana que se compró en un arranque de locura cuando terminó la carrera. Por suerte, su figura apenas había variado. Seguía siendo la flaca y larguirucha Hannah, todo piernas y brazos... y tetas. Dos tetas erguidas y bien puestas que le habían hecho sentirse un poco incómoda cuando era una adolescente. Pero ahora ya era una mujer adulta, independiente y libre.

Cuando terminó, se miró en el espejo con ojo crítico. Lo cierto era que el vestido le sentaba como un guante y, a pesar del tejido elástico que se adhería a su cuerpo como una segunda piel y de las llamativas franjas, tenía un toque chic y moderno que iba muy bien con su figura.



Steve miró por enésima vez la hora en el reloj. Si no se daban prisa, llegarían tarde a la cena y eso era lo último que deseaba en un día como ese. Cuando se abrió la puerta del baño y vio aparecer a Hannah, con el aspecto de una modelo de pasarela a lo Twiggy, apoyada con una sensual postura en el marco de la puerta, estuvo a punto de mandarlo todo al carajo y tirarla sobre la cama para comérsela entera.

—¿Todavía piensas que me escondo? —la oyó decir.

—No... al contrario, creo que... estás simplemente... magnífica — consiguió apenas balbucear él, al tiempo que se incorporaba en la cama hasta quedar sentado. Recorrió una y otra vez las curvas perfectas, las piernas delgadas que terminaban en esos botines de tacón tan femeninos, los pechos redondos y erguidos como manzanas, y tuvo que tragar saliva con dificultad. La garganta se le había quedado seca y tenía una erección impresionante que no sabía cómo esconder.

—¿Vamos? No quisiera aparecer la última, con los invitados ya esperando.

Steve se puso la chaqueta y salió tras ella, pero antes de llegar a la escalera la agarró del brazo y la empujó con suavidad a un lado.

—Espera... Es que estás..., no sé cómo decirlo, Hannah..., resplandeciente.

—¿De veras? —dijo con una enorme sonrisa que le iluminó toda la cara.

Él asintió y se pegó más a ella.

—De pronto me arrepiento de no haberte hecho el amor anoche, cuando todavía eras esa chica solitaria y algo huraña que tanto me gusta —susurró, recorriéndole el contorno de la cara con el dedo.

—Bueno, eso se puede remediar. Todavía nos queda esta noche para compartir cama y fluidos corporales.

Steve le dio un beso suave en los labios rosados y Hannah respondió con una sonrisa.

—Esta noche —dijo, más para sí mismo que para ella. Todavía podía conseguir que se enamorara de él tanto como él lo estaba de ella—. Bien. Estaré listo.

—Así me gusta. Y ahora, a por ellos que son pocos y cobardes.

Su madre los recibió con una sonrisa asombrada. Debía de ser la primera vez que veía a su hija vestida como una auténtica mujer. Para él tuvo una mirada de agradecimiento, a pesar de que no había hecho nada. Los condujo al grupo de invitados dispersos por el salón. Los Cooper, un matrimonio bastante estirado que, sin embargo, lo saludaron con educación. Y los Parker, amables y elegantes, que parecían moverse con mucha confianza entre los miembros de la familia. Cuando se acercaron a saludar al famoso Nick Parker, Steve notó de repente un sutil cambio en el ambiente.

—¿Hannah? ¡Dios mío! ¡Cómo has cambiado! —Nick dio un paso atrás y le dedicó una mirada indisimulada de admiración—. No me puedo creer que seas aquella adolescente con pinta de chico capaz de retar a cualquiera ante la pantalla de un ordenador.

A Steve le sorprendió que Hannah se riera con cierta coquetería.

—¡Tú también estás muy cambiado, Nick! Éramos los frikis y marginados de nuestras respectivas clases y míranos ahora. Eres un tipo elegante y... ¡ya

no llevas esas gafas de culo de vaso!

—Lentillas de última generación —replicó, señalándose el iris azul de los ojos.

Ambos se rieron con complicidad y Steve se sintió totalmente fuera de lugar, a pesar de que seguía allí, junto a Hannah.

—¡Oh, perdona! Nick, te presento a Steve, mi... amigo —dijo ella.

¿Su amigo? ¿No habíamos quedado en que era su novio?

Nick era tan alto como él, no tan fuerte, aunque se notaba que practicaba algún tipo de deporte. Steve le estrechó la mano al tiempo que sentía los ojos de Nick clavados en los suyos, como si estuviera realizando un rápido análisis de su persona. Porque además, Nick era el exitoso director financiero de una prestigiosa firma de auditores, de la que se había convertido en el socio más joven de la historia. Todo esto no se lo contó él, por supuesto, sino Alice, la hermana de Hannah, que apareció de pronto a su lado envuelta en un empalagoso perfume, lo enlazó por el brazo y lo arrastró al otro extremo del salón con la excusa de servirse una bebida. En el rato que estuvo con ella, no paró de contarle anécdotas sobre la larga e íntima amistad que compartían las dos familias: los Redstone y los Parker. Él intentaba prestarle atención, pero no podía evitar echar frecuentes vistazos hacia el lugar donde había dejado a Hannah y a Nick. Desde allí, los observaba reírse y charlar sin parar, como si fueran amigos de toda la vida. A pesar de los veinte metros de distancia que lo separaban de ellos, era evidente la complicidad que existía entre ambos. La atracción, incluso.

Cuando llamaron a la mesa, buscó a Hannah con la mirada. Se hallaba de pie, en el otro extremo de la mesa, revisando los cartelitos que asignaban los sitios a cada invitado. De pronto, alzó la vista y sus ojos se cruzaron. Ella arrugó la nariz y le indicó con un gesto que le habían asignado su sitio allí, mientras que él encontró su nombre sobre un plato en el lado opuesto de la mesa, junto a Alice, de nuevo. Algo olía mal en todo aquello.

—¿Cómo vas, muchacho? —le preguntó el señor Redstone al pasar a su lado—. ¿Lo estás pasando bien?

—Muy bien, gracias. Y felicidades por esos treinta años de matrimonio. No quedan tantas parejas que puedan presumir de algo así.

—Ya lo creo, sí señor. —El padre de Hannah se rio campechano—. ¿Quieres saber el secreto? —Y sin esperar su respuesta, se inclinó hacia él y le dijo—: Rodea a tu mujer de todas las comodidades posibles, dale una tarjeta de crédito ilimitado y te aseguro que así nunca se quejará y te dejará tranquilo.

A Steve casi se le cae el alma a los pies. No era esa la idea que él tenía de la vida en pareja, ni de un matrimonio feliz. Él deseaba tener un hogar acogedor al que correr cada tarde para estar con su mujer y sus hijos —porque sí, quería tener hijos, tres al menos—, preparar la cena todos juntos, hablar de cómo había ido el día, toquetear a su mujer a escondidas, y besarla y abrazarla en el sofá mientras veían una película o... clavó los ojos en Hannah. Sus labios no paraban de sonreír, los mechones pelirrojos cambiaban de tonalidad a la luz de la lámpara de estilo art-decó. Estaba espectacular.

La cena fue deliciosa, pero él apenas pudo comer. Sus ojos se desviaban continuamente hacia Hannah y Nick, sentados uno al lado del otro. Ella estaba totalmente deslumbrada por ese tipo que parecía sacado de la película *Wall Street* y apenas se acordó de él. Sus miradas se cruzaron un par de veces y Hannah se limitó a sonreír y encogerse de hombros. Una mierda.

Tras el postre, quiso acercarse a ella, pero su hermana y otras dos jóvenes la rodearon y se la llevaron fuera del salón.

—Steve, ¿verdad? —Nick se le había acercado sigiloso y le ofreció un cigarrillo. Él lo rechazó con un gesto amable. No fumaba.

—El mismo. Veo que Hannah y tú os habéis puesto al día de vuestras vidas rápidamente.

—Sí. Hannah es... increíble. Siempre fue un poco... ya sabes. Pero no pensé que se convertiría en una mujer así.

—Ya. Suele ocurrir. Los patitos feos de pronto resurgen como cisnes, ¿no es así el cuento?

Nick le dedicó una mirada enigmática a través del humo de su cigarrillo.

—¿Qué tipo de amigos sois?

—Más que amigos.

—¿En serio? —Esbozó una sonrisa sardónica—. No lo parece. Ella no me

ha hablado mucho de ti, la verdad.

Steve se irguió, consciente de lo que se estaba discutiendo allí.

—A mí tampoco me había hablado de ti —replicó en tono seco.

—Eso es porque hacía diez años que no nos veíamos.

—Ya. Claro.

—¡Nick! ¡Nick! —Alice apareció en el umbral de la puerta por la que habían salido las chicas y lo llamó con un movimiento de mano—. ¡Ven, Hannah nos va a enseñar una cosa muy divertida! ¡Tienes que verlo!

—¿Me disculpas? Hannah me reclama.

Steve bebió un trago de su *gintonic*, pero le supo amargo como la hiel. Dejó el vaso sobre una mesa y abandonó el salón en dirección a la habitación. Allí metió rápidamente todas sus pertenencias en la bolsa de viaje, garabateó una disculpa a modo de despedida para Hannah y, sin que nadie se diera cuenta, salió por la entrada hacia el lugar donde tenía aparcada su furgoneta, junto a la puerta del garaje.

«Arranca, bonita. Nos volvemos a Nueva York».

Capítulo 9

Steve aparcó la furgoneta en un hueco vacío que había a pocos metros de su casa, cogió la bolsa de viaje y, en cuanto abrió la puerta, fue recibido por un coro de ladridos entusiasmados.

—Hola, Max. Hola, Dina.

Se agachó y acarició la cabeza de ambos antes de cerrar la puerta con el pie. Soltó la bolsa en el suelo del pequeño recibidor y se dirigió a la cocina seguido de cerca por los perros. Además de ser descendientes de una insólita mezcla de razas, Max era tuerto y a Dina le faltaba una oreja y parte del rabo, por lo que ninguno habría ganado jamás un concurso de belleza canina. Hacía unos años, Steven los había recogido a ambos de la calle, malheridos y mugrientos, y ellos le pagaban aquella buena acción con uno de esos amores devotos y eternos, que en ocasiones resultan un poco agobiantes.

Steve se aseguró de que los cuencos de agua de las mascotas estuvieran llenos antes de ir a la nevera y sacar una cerveza.

—Veo que la vecina os ha cuidado bien.

Los perros, extasiados al oír la voz de su adorado amo, contestaron con un nuevo coro de ladridos excitados.

—Shh. Silencio, chicos, o despertaréis a todo el vecindario.

Con la cerveza en la mano, Steve salió al jardín trasero —un diminuto edén en medio de la gran ciudad, que le había hecho enamorarse de la casita a primera vista e hipotecarse hasta las cejas para comprarla— y se sentó en el viejo balancín, que él mismo había arreglado y pintado después de rescatarlo de un contenedor.

Los perros se tumbaron frente a él, con el hocico entre las patas, y lo miraron con expresión lastimera; daba la impresión de que sabían que estaba triste.

—Pasaré, no os preocupéis —respondió a la muda pregunta de ambos.

Max gimió como si hubiera comprendido sus palabras.

—Tienes razón. Me costará un poco olvidarla, pero, después de verla en su entorno familiar, me he dado cuenta de que lo nuestro es imposible. Las historias de princesas y mendigos nunca acaban bien.

Dio un largo trago a la cerveza y dejó que sus ojos siguieran las luces intermitentes de un avión que surcaba el cielo nocturno, en el que era imposible distinguir las estrellas. Bebió un poco más.

—Huele bien aquí, ¿verdad, chicos? Hicimos bien en plantar esa dama de noche.

Steve recostó la cabeza contra el respaldo del balancín y cerró los ojos. No quería pensar en nada. No quería recordar que apenas una semana antes, sentado en ese mismo balancín, había fantaseado con la idea de unos pequeñuelos pelirrojos correteando de un lado a otro del pequeño jardín. Los sueños no eran para tipos como él. Su padre tenía razón: en cuanto pensabas que quizá empezabas a levantar cabeza, la vida siempre se encargaba de volver a joderte vivo. Chasqueó la lengua, impaciente, y se agachó para dejar la lata vacía en el suelo. Tampoco quería pensar en el bastardo de su padre.

Con los ojos cerrados una vez más, se dejó envolver por el olor a flores y el ruido amortiguado del tráfico mezclado con el de la respiración pesada de Dina, a la que le gustaba comer más de la cuenta, y dejó la mente en blanco.

Cuando el timbre sonó con insistencia un par de horas más tarde, se despertó sobresaltado. Aturdido, se pasó las manos por la cara y se levantó a ver quién era. Quizá la vecina había olvidado algo cuando fue a dar de cenar a los perros. Echó una ojeada al reloj y se dijo que las dos de la madrugada era

una hora un poco rara para ponerse a buscar objetos perdidos.

Abrió la puerta sin preguntar y se quedó paralizado al ver a Hannah al otro lado.

—¿Hannah? —preguntó incrédulo.

Llevaba el mismo vestido de la cena y, si no hubiera sido por la cara de cabreo que tenía, habría pensado una vez más que era la chica más preciosa del mundo.

—¿Quién si no? ¿Acaso has dejado plantada a alguna otra mujer esta noche?

Sin pedir permiso, le dio un ligero empujón y entró en la casa. Al instante, Max y Dina se abalanzaron sobre ella sin dejar de ladrar. Hannah se agachó para acariciarlos detrás de las orejas.

—Tu debes de ser Max, ¿no? Y tú, claro está, no puedes ser otra que Dina, la vampiresa del barrio. He oído hablar mucho de vosotros.

Steve cerró la puerta, aún sin poder creer del todo que ella estuviera en su casa.

—¿Cómo es que sabes dónde vivo?

Hannah puso los ojos en blanco sin dejar de acariciar a los perros, que parecían entusiasmados con sus mimos.

—¿Aún no te has enterado de que puedo investigar la vida de cualquiera sin moverme de mi silla?

—¿Me has investigado?

—Pues claro. —Por lo visto, a ella le parecía lo más normal del mundo hacer una confesión semejante—. ¿Acaso crees que dejaría cocinar en mi casa a cualquiera?

—Y ¿qué has averiguado?

—Pues, básicamente, que no tienes secretos. —Steve frunció el ceño. No estaba seguro de que le gustase cómo sonaba eso—. No como tu socio, que es una fuente inagotable de sorpresas.

—¿Mi socio?

Hannah se incorporó, se cruzó de brazos y le lanzó una mirada impaciente.

—No intentes cambiar de tema. No he venido hasta aquí de madrugada para hablar de tu socio. Cada cosa en su momento.

—La verdad es que no entiendo a qué has venido.

—¿No? —replicó, sarcástica—. Pues hay que ser muy obtuso para no entenderlo.

Steve se encogió de hombros.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció.

—Nada gracias.

—Entonces salgamos al jardín, allí estaremos más cómodos.

Antes de salir, apretó un interruptor y el jardín se iluminó con docenas de diminutas luces blancas, colocadas entre los arbustos y alrededor de las ramas y el tronco del cerezo que había al fondo.

—¡Oh, qué bonito! —Hannah se llevó las manos al pecho, extasiada, pero enseguida se repuso y lo miró ceñuda—. Espero que no sea una estrategia para hacer que me ablande.

El que no estaba dispuesto a ablandarse era Steve. Así que, para reprimir las terribles ganas que tenía de estrecharla entre sus brazos, se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—No veo por qué tendrías que ablandarte. Aún no sé qué motivos tienes para estar enfadada.

—¿Te parece poco dejarme plantada delante de toda mi familia? —Los grandes ojos verdes despedían chispas—. ¿Te parece poco irte sin más explicaciones que una nota garabateada que he sido incapaz de descifrar? ¿Te parece poco el dineral que me ha costado el taxi hasta aquí?

—Ponía que había surgido un asunto urgente, que no quería arruinar la celebración y que te disculpas por mí. En cuanto al taxi, no te preocupes, yo lo pagaré, por supuesto.

Pero Hannah no estaba dispuesta a dejarse apaciguar así como así.

—En cuanto a eso, no te preocupes, puedo permitírmelo, por supuesto. — Al escuchar esa mala imitación de sus propias palabras, Steve apretó los

dientes—. Un asunto urgente, ¿eh? ¿Qué asunto urgente? —Hannah señaló la casa silenciosa y los perros dormitando a sus pies, plácidamente, y añadió sarcástica—: ¿Has tenido que salvar a Dina de una nueva indigestión?

—Ha sido... ha sido otro tipo de emergencia. —Por más que lo intentaba no se le ocurría nada que decir; nunca había sido muy bueno con las mentiras.

—Claaaro. ¿Sabes qué? Que yo he tenido que aguantar la cara de no entender nada de mi padre, la mirada de «ya lo sabía yo» de mi madre, la risita maliciosa de Alice; incluso la compasión en los ojos de Nick.

Al oír ese nombre, Steve sintió un nuevo ataque de celos.

—Por supuesto. El querido Nick. —Ahora era él quien destilaba sarcasmo—. Quizá habrías hecho mejor quedándote a su lado para que te consolara. Estoy seguro de que tus padres también habrían estado encantados.

Ella lo miró desconcertada.

—¿Qué pinta Nick en todo esto?

—No hace falta que te hagas la inocente. Entiendo que, después de encontraros al cabo de tantos años, haya resurgido una llama de... de... de lo que sea —zanjó la cuestión, furioso—. Pero a mí me da igual; llama, fogata, incendio... no me importa lo más mínimo —mintió con descaro.

El rostro de Hannah se iluminó; al parecer se acababa de hacer la luz en su cerebro.

—No estarás celoso de Nick, ¿verdad?

—Celoso, ¿yo? Qué tontería. —Steve lanzó una carcajada que sonó muy poco natural.

—Estás celoso. —Hannah lo dijo como si, en el fondo, todavía no pudiera creérselo del todo.

—¿Quieres parar con ese rollo de una vez? —ordenó de mal humor.

—Estás celoso. —Volvió a afirmar ella con una luminosa sonrisa—. ¡No puedes imaginarte la ilusión que me hace! Nunca me había pasado antes.

—¿No? No me lo creo. —Al ver lo que acababa de medio confesar, Steve añadió a toda prisa—: Pero que sepas que no estoy celoso.

Sin dejar de sonreír, Hannah hizo un gesto con la mano.

—Ya no estoy tan enfadada contigo, en serio. Me parece absurdo que puedas sentir celos porque haya estado charlando un rato con Nick de cosas que pasaron hace un montón de tiempo, pero...

Steve decidió dejar de fingir.

—No ha sido un rato. Has estado toda la noche pendiente de sus labios. Y no solo charlabais. También ha habido risitas.

—Risitas, ¿eh?

—¡No te rías! No has parado de coquetear con ese tal Nick, así que ahora no hagas como si nada, aunque en realidad puedes hacer lo que quieras. Como te he dicho antes, no me importa lo más mínimo. —Steve era consciente de que estaba haciendo el idiota, pero no podía parar.

—¿No? —En los sensuales labios de Hannah se dibujaba una sonrisa misteriosa que lo estaba poniendo frenético.

—Claro que no. —De nuevo soltó una de esas carcajadas enlatadas en las que empezaba a ser todo un experto—. Lo que me fastidia es que me hayas dejado en ridículo delante de tu familia. Les habíamos dicho que éramos novios y en cuanto aparece un viejo amor de la infancia: hala, ahí te quedas.

—El de: «Hala, ahí te quedas» has sido tú —puntualizó ella—. Yo tenía unos planes muy distintos para esta noche.

—Ah, ¿sí? Y ¿cuáles eran esos planes? ¿Comprobar si tu Nick besa tan bien como imaginabas?

—Jamás he imaginado semejante cosa —se apresuró a negar Hannah con cara de asco—. Nick no me gusta en ese sentido.

—Ya. Seguro.

—Lo sabré yo mejor que tú, ¿no?

—Entonces, ¿cuáles eran tus planes?

—Hablamos de compartir cama y fluidos corporales, ¿ya no te acuerdas?

—Y ¿qué pasa con Nick?

—¿Quieres dejar a Nick tranquilo de una vez? A este paso le van a pitar los oídos.

Entonces, tomándolo por sorpresa, Hannah se pegó a él, le rodeó el cuello con los brazos, hundió los dedos en sus cabellos castaños y lo besó apasionadamente.

«Oh, sí», pensó Steve cerrando los ojos y devolviéndole el beso con la misma pasión. «Oh, sí. Esta vez no pienso dejarte escapar».

La cogió por debajo de las rodillas sin apenas esfuerzo y, con ella en brazos, empezó a subir la escalera que llevaba a su dormitorio.

Capítulo 10

Casi se caen por las escaleras porque Hannah no dejaba de moverse. Steve abrió de un puntapié la puerta entornada de su habitación y la dejó en la cama. Hannah, agarrada todavía a su cuello, lo tiró sobre ella entre risas. Él la inmovilizó con el peso de su cuerpo y le dio otro beso apasionado. Hannah entrelazó las piernas sobre su espalda, impidiéndole escapar. Él le mordisqueó la boca, la mandíbula y la línea del cuello hasta el lóbulo de la oreja.

—Así que has venido a buscarme.

—A ti y solo a ti.

—¿Y qué habrán dicho tus padres y Nick de esto?

Hannah buscó sus ojos.

—Ni lo sé ni me importa. ¿Por qué te preocupa tanto? Son mis padres, no los tuyos.

—Por eso precisamente.

Steve volvió a besarla para no dar más explicaciones, pero Hannah lo detuvo y lo obligó a sostenerle la mirada.

—Soy la Hannah de siempre, no la de hoy, sino la de antes; y lo seré esta noche, mañana, pasado y al otro también.

—Lo sé.

—Pues entonces, hazme el amor. Me lo has prometido.

Steve pasó de la seriedad del momento a esbozar una sonrisa pícaro. Comenzó a remangar el estrecho vestido blanco y negro que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. Su mano ascendió desde la parte trasera de la rodilla por el muslo hasta la puntilla de la ropa interior. Hannah elevó el trasero de la cama, en una clara invitación a que siguiera. Steve se humedeció los labios secos. A ella el gesto la excitó y los atrapó entre los dientes. Él entrelazó su lengua con la de Hannah y se hundieron en un torbellino de sensaciones. Jadeaban cuando se separaron.

—¿Algo especial que desee la señora? —le susurró.

Hannah comenzó a desabrocharle los botones de la camisa.

—Quítate la ropa. Quiero verte desnudo.

Steve, impaciente, se sacó la camisa por la cabeza. Hannah paseó las yemas de los dedos desde su cintura, por el moldeado estómago hasta los pectorales. Se elevó un poco para besarle los pezones, y Steve cerró los ojos para absorber el placer que ella le provocaba.

Cuando los volvió a abrir, Hannah peleaba con su vestido. Pero fue Steve el que se lo quitó y descubrió el juego de lencería negra que había paseado ante sus narices mientras se vestía para la fiesta. Los pechos de Hannah se elevaban y descendían al ritmo de su agitada respiración.

—Eres preciosa —la admiró antes de bajar lentamente y enterrar la cara entre sus senos.

Hannah abrió las piernas y se arqueó. Steve paseó la punta de la lengua por el borde del encaje y un poco más abajo. Al llegar a la areola, ella gimió. El pujante deseo de Steve le estalló en el cerebro. «Te quiero desnudo», le había dicho. Se apartó un segundo, pero ella se aferró a sus brazos.

—No, no, no —intentó retenerlo.

—No pienso ir a ningún sitio —prometió al tiempo que se quitaba a todo correr zapatos, calcetines y pantalones.

Cuando se inclinó sobre ella de nuevo, Hannah deslizó las manos por dentro de sus bóxers. Él la imitó y pegó su pelvis contra la suya. Él estaba

duro; ella, húmeda. Los dos excitados, muy excitados.

—¡Mierda! —masculló una Hannah frustrada, que comenzó a luchar para quitarle y desprenderse de la ropa que todavía los separaba uno del otro.

Un segundo más tarde, la única prenda que quedaba era el sujetador de Hannah. Steve le puso remedio rápidamente. Con los dientes, abrió el cierre delantero y los pechos de Hannah saltaron alegres hacia él. Steve los chupó, los lamió, los mordisqueó, jugó con ellos, haciendo que ella se retorciera de placer. Sentía sus manos en la espalda, en su cuello, entre su pelo, en su trasero. Oía su agitada respiración, sus jadeos, sus suspiros. Notaba su lengua, sus labios, sus dientes. Las piernas en torno a su torso. Se frotaba contra él, animándolo a seguir, ansiando el momento en que sus cuerpos se unieran. No pudo soportarlo más; a tientas alcanzó el cajón de la mesilla, cogió un preservativo del fondo y se lo puso a todo correr. Hannah alzó la pelvis y él se hundió en ella. Ella volvió a apretar las piernas en torno a él y a Steve se le aceleró el pulso y el corazón. Se movía cada vez más rápido, cada vez más fuerte, cada vez más dentro. Hannah acompasaba los movimientos con los suyos, adelantándose incluso a ellos. Steve pensó que encajaban a la perfección.

—Mírame, Hannah —masculló.

Ella abrió sus enormes ojos. Tenía la mirada turbia, a punto de partir hacia el infinito. Steve aceleró el ritmo para alcanzarla. Lo logró. El orgasmo le llegó en el mismo instante en que sintió las uñas de Hannah clavándose en su espalda.

Exhaló un profundo suspiro y se dejó caer con delicadeza encima de ella.

Nunca había sido tan feliz.



Hannah se dejó envolver en aquella dulce niebla, que flotaba sobre ella y sobre Steve. Sintió cómo los músculos de él se relajaban y lo abrazó.

En algún momento, Steve abrió la cama y la metió dentro. Hannah se dejó hacer, incapaz de moverse. Sin abrir los ojos, lo buscó en la oscuridad para

atraerlo hacia ella.

—Steve —susurró.

Él se acomodó junto a ella, dándole el calor que ansiaba.

—Estoy aquí. No voy a moverme en toda la noche de tu lado, ni voy a dejar que tú te alejes de mí.

Hannah sintió que la besaba de nuevo y se abrazó a él, completamente relajada.

Se despertó en algún momento de la noche. Sin él a su lado.

Le entró un pánico absurdo al saberlo lejos de ella y se incorporó en la cama.

—¡Steve!

Él salió del cuarto de baño y se metió entre las sábanas de un salto.

Ella se acurrucó de nuevo, piel contra piel, como si fuera un movimiento natural que hubiera hecho toda la vida.

Steve no dijo nada, pero ella sabía que estaba despierto por la forma en la que respiraba. Comenzó a acariciarle el pecho.

—¿No vas a preguntarme qué tal lo has hecho?

—¿Es eso lo que te preguntó el del intercambio de fluidos? —comentó él, divertido.

—¿No es lo que hacen todos tíos?

—No sé otros. Yo nunca lo he hecho.

—Me alegro. Me habrías parecido un pedante, un creído, un fatuo.

Steve volvió a soltar una carcajada.

—¿No son sinónimos?

—Sí. Y un patético. Y muchas otras cosas más.

—Así que el de la universidad fue de gallito. ¿Y qué le dijiste?

—La verdad: que encontraba más gusto en una bolsa de patatas fritas con *ketchup* que en aquello que se suponía que había habido entre ambos.

Steve buscó su boca y se besaron de nuevo.

—Lo siento y me alegro a la vez. Lo siento por ti, y me alegro porque al parecer he subido el listón. ¿O no?

Ahora la que lo besó fue Hannah.

—Muchísimo —murmuró ella mientras deslizaba las manos por debajo de su estómago.

Hicieron el amor de nuevo y, después, se durmieron. Juntos, unidos, felices.

≡ ≡ ≡

El sol entraba a raudales en la habitación, pero lo que despertó a Hannah fue una enorme lengua que le lamió la mitad de la cara.

—¡Dina! —rio entre nuevos lenguetazos—. ¡Déjame, déjame! Ahora mismo me levanto. ¿Dónde está tu dueño?

El ladrido de Max en el piso de abajo llegó a la habitación acompañado de un delicioso olor a café.

Se puso la mano en el estómago.

—¡Madre mía, qué hambre tengo! —Apartó la ropa de cama de una patada y se puso en pie.

Su vestido de Dolce & Gabbana estaba hecho una pasa a los pies de la cama. Pasó sobre él y abrió el armario de Steve en busca de algo más apropiado.

Lo encontró en el último estante, entre un montón de ropa sobre el que brillaba un imaginario luminoso y parpadeante cartel en el que se podía leer: «para trabajar».

Se miró en el espejo. Aquella vieja y pulgosa camiseta, con los cuellos desgastados y un agujero en una esquina, siete tallas más grande que ella, le sentaba genial.

Bajó las escaleras detrás de Dina.

Steve se giró cuando la vio aparecer, descalza y medio desnuda, por la cocina. Sus ojos brillaron.

Solo llevaba puestos los bóxers y Hannah, que la noche anterior no había tenido mucho ángulo para admirar la escultura completa, estuvo a punto de silbar de admiración. Como diría Kim «un bombón belga de los buenos, de esos que saboreas despacito despacito para que no se acaben nunca».

Se acercó a él y lo besó en el hombro.

—¿Cocinando para mí?

Steve le pidió otro beso en los labios sin soltar la espátula con la que daba la vuelta a lo que tenía en la sartén.

—¿Te gustan las tortitas?

—¡Hum!, con mucha nata y regadas con sirope de chocolate, la mejor comida del mundo.

—En cinco minutos están.

Pero cinco minutos después, Steve hablaba por teléfono con su socio y a Hannah se le quemaban las tortitas de tal manera que Dina y Max huyeron de la cocina, escapando del olor a carbonilla.

Steve colgó de mal humor en el mismo instante en que Hannah metía la sartén, con tortitas y todo, debajo del grifo del agua fría.

—¿Sucede algo? —le preguntó entre los vapores de la comida quemada.

—Un problema con la casa que estamos reformando. Un proveedor no nos suministra las vigas de hierro que necesitamos para sostener una de las paredes.

Hannah abandonó la sartén en el fregadero y se sentó junto a Steve, que se había dejado caer en una banqueta.

—¿Y es grave?

Él chasqueó la lengua en un gesto de disgusto.

—Dos mil dólares de grave.

—¿Eso es lo que os cuestan las vigas?

—Eso es lo que nos cuestan de más. El otro proveedor nos las dejaba a mil quinientos; este, a tres mil quinientos.

—Vaya —fue el comentario de Hannah.

—Sí, vaya, vaya mierda. Cuando parece que la empresa está saliendo a flote, sucede algo que la hunde de nuevo.

Hannah le acarició la pierna.

—Seguro que hay algo que se puede hacer.

—Le he dicho que venga a casa, a ver si conseguimos encontrar una solución antes de mañana. —Steve le cogió la mano que Hannah todavía tenía apoyada sobre su muslo, tiró de ella y la sentó sobre las rodillas—. Quería que pasáramos el día juntos —se disculpó mientras le acariciaba el cuello.

—¿Cuándo has quedado con él?

—Sale ahora de su casa. En media hora estará aquí.

Media hora justa fue lo que tardó el socio de Steve en aparecer, pero a Hannah le bastaron solo un par de minutos para tomar la decisión.

El timbre sonó antes de que se la hubiera comunicado a Steve.

—Ya está aquí. Prometo llamarte en cuanto lo hayamos solucionado.

—No hace falta que lo hagas. —Steve se quedó blanco ante la sospecha de que ella lo estaba echando de su lado. Ella rio al ver su cara de susto—. Me quedo. Estoy deseando conocer a tu socio.

Capítulo 11

Hannah acababa de salir de la ducha cuando oyó el timbre de la puerta en el piso de abajo. Se puso sus gafas, recogió del suelo el vestido a rayas de la noche anterior, comprobó que no estaba sucio, lo sacudió un par de veces con fuerza y se lo enfundó de nuevo. Mientras se secaba el pelo húmedo con la toalla curioseó un poco por la habitación, decorada con muebles de madera natural, oscurecida. Había un estante frente a la cama ocupado por una gran colección de coches de época en miniatura, ordenados por año, desde 1905 hasta el 2000. Y sobre la cómoda, un alegre marco multifoto mostraba numerosas imágenes de la niñez y la adolescencia de Steve, que le arrancaron una sonrisa. Ese rostro de ojos color caramelo miraba a la cámara con el descaro pícaro y sereno de un niño muy seguro de sí mismo.

Hannah paseó la vista por toda la estancia una vez más. Al igual que el resto de la casa, era un fiel reflejo de la personalidad de Steve: destilaba un aire cálido y acogedor que invitaba a arrebujarse en una manta y no salir de allí jamás. Eso la asustó un poco. Empezaba a sentir algo más que una simple atracción sexual por Steve. Cada vez que estaba cerca, sentía el impulso de arrimarse a él, tocar su piel, oler su aroma, cobijarse en sus brazos. Y, sin embargo, no podía quedarse, tenía muchas cosas que hacer en su casa ese domingo.

Salió al rellano y comenzó a descender la escalera. A medio camino, pudo ver a Justin Rosen antes de que él se diera cuenta de su presencia. Lo cierto

era que no se lo había imaginado así: un tipo pequeño, con un extraño tupé rubio sobre la frente, delgado y muy nervioso, que no paraba de moverse de un lado a otro mientras conversaba con Steve.

—Pues no entiendo cómo nos ha podido fallar Olson. Siempre que hemos trabajado con él ha sido muy serio y profesional.

—¡Eso mismo pensaba yo! —exclamó Justin—. Y sin embargo, ha ocurrido como te lo cuento: me ha llamado Olson y me ha dicho que se les había estropeado una máquina y que no podrían servirnos las vigas hasta dentro de una semana. Yo le he dicho que una semana es demasiado tiempo, que nosotros perderemos dinero si tenemos la obra parada y él me ha dicho que no podía hacer nada.

Steve chasqueó la lengua y se volvió hacia el ventanal, con gesto preocupado.

—Una semana... —murmuró con la mirada perdida en el pequeño jardín trasero—. Sí, nos lo retrasaría todo demasiado y perderíamos a algunos de los equipos con los que ya hemos coordinado fechas y trabajos.

—No nos lo podemos permitir, Steve —replicó Justin, que parecía tan preocupado como su socio—. Le he dicho a Olson que encargáramos las vigas a otro proveedor y lo ha entendido. Así que he llamado a los hermanos Morris y me han confirmado que pueden suministrarnos las vigas para dentro de dos días. Eso sí, al precio que te he dicho.

—¿Ese es su precio de coste? —inquirió Steve incrédulo.

—Es precio de coste, me lo han asegurado. He intentado que nos rebajaran un poco, pero se han negado.

—Joder —masculló Steve al tiempo que se frotaba la nuca con la mano, pensativo—. Esto nos va a destrozar el presupuesto. Y no podemos cargárselo al cliente.

Hannah aprovechó esa pausa para descender el resto de escalones con paso firme.

—Hola, chicos —saludó nada más llegar. Justin la miró con expresión asombrada, sin entender de dónde había salido de pronto. Hannah se dirigió a él con la mano extendida—: Tú debes de ser Justin, ¿verdad?

Al socio le costó unos segundos reaccionar, por lo que Steve se adelantó y, rodeando a Hannah por los hombros en un gesto cariñoso, hizo las presentaciones correspondientes:

—Justin, te presento a Hannah, mi novia —dijo de un tirón, rezando para que ella no le contradijera—. Hannah, este es Justin Rosen, mi socio.

—¿Tu novia? ¿Desde cuándo? —graznó él con expresión suspicaz al tiempo que le daba un buen repaso a Hannah.

—Encantada de conocerte, Justin —replicó ella, ignorando la pregunta—. He oído hablar mucho de ti. Hacéis un buen equipo, me han dicho.

Él sonrió, relajado.

—Sí, nos complementamos muy bien. Steve pone las manos y yo pongo el cerebro —dijo, muy ufano.

Steve carraspeó, incómodo. Hannah le rodeó la cintura con el brazo y lo estrechó contra su costado, tranquilizadora.

—¿Sí? Vaya, yo pensaba que era al revés: que tú ponías la labia y él la pasión y el sentido común —replicó ella con su cara más inocente.

La mirada orgullosa que le dedicó su chico fue la mejor recompensa que podría imaginar. A pesar de eso, Steve quiso templar un poco el ambiente que empezaba a tensarse peligrosamente y dijo en tono conciliador:

—Los dos nos dejamos la piel por sacar adelante la empresa, ¿verdad, Justin? —Su socio no se dignó a contestar, pero Steve continuó—: Prueba de ello es que estamos aquí un domingo por la mañana, trabajando. ¿Queréis una cerveza?

Steve señaló en dirección a la cocina, momento que Hannah aprovechó para dirigirse al sofá, donde recordaba haber dejado el bolso cuando llegó la noche anterior.

—Gracias, pero yo tengo que irme. El deber me llama también a mí. —Le mostró la pantalla del móvil llena de mensajes—. Os dejo tranquilos para que podáis solucionar vuestros problemas. Ya nos veremos, Steve. Un placer, Justin.

Pero Steve no la iba a dejar que se marchara así como así. No después de esa noche. La siguió hasta la puerta y cuando ella estaba a punto de salir, la

agarró por el brazo y tiró de ella.

—Eh, eh, ¿qué maneras son esas de despedirse de tu «novio»? ¿Cómo que «ya nos veremos»?

—¿Qué he hecho mal?

—Yo diría más bien qué no has hecho.

—¿Y qué se supone que no he hecho?

Él la atrajo contra sí y buscó su boca en un beso profundo y ávido, con el que a Hannah le dieron ganas de quitarse el vestido allí mismo y subirse encima de él de nuevo. ¡Cómo besaba ese hombre!

—Ahora sí —murmuró sobre sus labios cuando al fin despegó la boca de la suya.

—De acuerdo, tomo nota para la próxima. Soy una chica aplicada.

—De eso no tengo ninguna duda —respondió él con una sonrisa encantadora. Luego, añadió—: Por eso estoy loco por ti, Hannah. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Por lo pronto, no te olvides de que tienes una obra en mi salón a medias. Mañana te espero a primera hora de la mañana.

Se dio cuenta en cuanto terminó de hablar de que no era la respuesta que él esperaba, pero se sentía tan confusa y tan torpe ante esos sentimientos extraños que Steve despertaba en ella, que hablar de su reforma fue lo único que se le ocurrió en ese instante para poner un poco de distancia entre ambos.

Y lo consiguió, vaya si lo consiguió.

Él se apartó despacio, con una mueca en la boca, y ella escapó corriendo hacia la calle, en busca de un taxi.

≡ ≡ ≡

Steve se quedó unos minutos de pie ante la puerta, contemplando el punto exacto donde había perdido de vista a Hannah. Después de lo ocurrido la

noche anterior, en la que ella se había mostrado tan frágil y tan cercana, pensó que había logrado lo que tanto ansiaba: enamorarla. Y sin embargo, sus palabras de despedida habían sido como un jarro de agua fría sobre sus sentimientos. De alguna forma, parecía como si todo fuera un juego de realidad virtual para ella. Recordó un juego muy popular unos años antes... ¡los Sims! Eso era. Un juego de relaciones humanas que nunca llegó a entender. La cuestión era que le mandaba señales contradictorias. A veces era evidente que ella sentía algo por él, estaba convencido. No es que fuera un experto en mujeres, pero no pecaba de soberbio si admitía que se le daba bien interpretar y entender sus señales. Conectaba bien con ellas, sabía cómo tratarlas. Y las trataba muy bien, eso seguro. Por eso lo despistaba tanto Hannah. Tan pronto lo invitaba a pasar el fin de semana en la casa de sus padres, como lo ignoraba durante horas, absorta en una charla con otro tío; tan pronto corría tras él de madrugada y buscaba su calor, sus besos y sus abrazos, como lo emplazaba a verse de nuevo con el único propósito de terminar la obra en su casa. Y mientras tanto, a él se le desbocaba el corazón y se ponía a cien cada vez que la tenía cerca. Y cuando no lo estaba, toda su cabeza estaba llena de ella y no podía pensar más que en Hannah, Hannah, Hannah. ¡Maldita sea!

—¿Ocurre algo? —oyó que le preguntaba Justin desde el quicio de la puerta del salón.

Él negó con la cabeza.

—No, nada. Volvamos al trabajo. Tenemos que solucionar lo de esas vigas como sea, pero sin que suponga un descalabro para nuestras cuentas. ¡Piensa, Justin! Se supone que tú eres el financiero de la empresa, no entiendo cómo puedes estar tan tranquilo. Deberías ser el primero en buscar alternativas.

—¿Crees que no lo he hecho? ¿Qué te crees que llevo haciendo desde ayer cuando me enteré? He llamado a más de cinco empresas, no solo del estado de Nueva York, incluso de Ohio y Pensilvania, para encontrar un proveedor más barato que los hermanos Morris, pero ha sido imposible. ¡Prueba a buscar tú, si no confías en mí!

Steve se sintió culpable por haber dudado de su socio.

—Claro que confío en ti. No discutamos ahora. Si no hay otra opción, tendremos que asumir el sobrecoste de nuestros bolsillos, por más que nos

pese. ¿Te han enviado ya el presupuesto del aislamiento para el tejado?

—¿El aislamiento térmico? No, pero no creo que sea caro. Me dijeron por teléfono que nos harían buen precio.

—Eso espero. Con un poco de suerte, ahí podremos recuperar un poco de margen.

—Claro, ya verás cómo todo se soluciona. Confía en mí.



Lo primero que hizo Hannah al llegar a su pequeño y caótico apartamento fue cambiarse el vestido de Dolce & Gabbana por una de sus amplias camisetas negras y unos pantalones cortos. Lo segundo fue coger la tarrina de helado del congelador y, con ella en la mano, se sentó en su pequeño puesto de mando. Encendió el ordenador, conectó Spotify en su móvil donde comenzó a sonar *Sex on fire* de Kings of Leon y se arrellanó en la butaca a paladear con fruición la vainilla mientras esperaba a que arrancaran todas sus preciosas máquinas. Por su mente pasó de manera fugaz alguna escena tórrida de su noche con Steve. Notó un leve cosquilleo en el bajo vientre, así que decidió apartar de un manotazo esos recuerdos y centrarse en el helado. No era el momento. Ya habría tiempo para analizar qué demonios le estaba ocurriendo con ese hombre.

Una vez en marcha, colocó las manos sobre el teclado: «3, 2, 1... Comienza el baile», murmuró para sí. Se conectó al ordenador de Justin para husmear un poco más en los archivos nuevos. Desde que lo oyó hablar con Steve, ese tipo le había dado mala espina. Algo le chirriaba en su explicación de lo que había ocurrido con el proveedor de las vigas. Buscó en Internet el contacto del tal Olson y se lo apuntó en la agenda para llamar al día siguiente. Dudaba de que un domingo lo encontrara trabajando en su empresa. Después, comprobó las dos últimas facturas que encontró en los archivos de Justin. Una era del proveedor de puertas; la otra de una empresa de aislamientos térmicos. Esa última le llamó la atención. El desglose de servicios incluía tareas repetidas o que venían a decir lo mismo, con otras palabras. Era como si hubieran querido llenar de contenido un trabajo para justificar el elevado importe que facturaban: ¡más de tres mil dólares! Algo raro estaba pasando en

esa empresa y ella lo pensaba averiguar.

Capítulo 12

Lo primero que notó fue el dolor de cuello. ¡Mierda! De nuevo se había quedado dormida toda la noche encima de la mesa. Al menos se había quitado las gafas antes, pensó con alivio. La última vez había lucido la marca de la patilla durante tres días. Hannah se incorporó, abrió la boca en un enorme bostezo al tiempo que estiraba los brazos por encima de la cabeza hasta que le crujieron los huesos, miró la pantalla y, al instante, se olvidó de la tortícolis y de que le dolía todo el cuerpo. ¡Casi lo tenía!

Solo le faltaba hacer una llamada a Olson, el proveedor habitual de ferralla para construcción. Cogió el móvil y, cinco minutos después, ya había averiguado lo que necesitaba.

¡Tenía todas las pruebas habidas y por haber de que el socio de Steve, ese tal Justin Rosen, con su cara de rata, era exactamente eso: una rata!

En ese momento cayó en la cuenta de que el golpeteo machacón de un martillo en el salón era lo que la había despertado.

«¡Steve!». La invadió una inmensa alegría al pensar en volver a verlo. «¡Ya está aquí!».

Impaciente, dio unos pasos hacia la puerta y se detuvo en seco. De pronto, no sabía muy bien cómo enfrentarse a él. Hacer el amor con Steve había sido una experiencia maravillosa que había superado todas sus expectativas, pero

recordó también que cuando se despidieron el día anterior había sentido la necesidad abrumadora de poner algo de distancia entre ambos.

Parada junto a la puerta, se retorció las manos sin saber muy bien qué hacer. Steve le gustaba, no podía negarlo. Le gustaba mucho, quizá demasiado, pero no estaba preparada para una relación formal. Ella quería seguir con su vida, como hasta ahora, y el día anterior había tenido la sensación de que él buscaba algo mucho más serio.

«¿Casarse?», se preguntó cada vez más asustada. «¿Tener hijos?».

Le empezaron a sudar las palmas de las manos y pensó que le iba a dar un ataque de algo. Sin embargo, casi al mismo tiempo, comprendió que estaba siendo ridícula; nadie en su sano juicio pensaría en matrimonio y en hijos solo por irse una noche a la cama con otra persona.

—Hannah, tía, cada día estás peor —se rió en alto de sus propios temores.

La cosa no era tan complicada como todo eso. Steve y ella lo pasaban genial juntos, el sexo entre ellos había sido extraordinario —al menos en su opinión de mujer sin demasiada experiencia; lo más probable era que él pensara que no había sido para tanto— y no negaba que sería fantástico salir de vez en cuando y repetir lo de la noche anterior. Eso sí, luego cada cual volvería a su casa y a su vida.

«Sí», asintió convencida. «Somos buenos amigos, nos acostaremos alguna que otra vez, pero siempre tendremos claro que estas cosas tienen solo la importancia que tienen».

Mucho más tranquila después de llegar a esa conclusión, se dirigió al salón a paso ligero.

—¡Hola, Steve! —gritó para hacerse oír por encima de los martillazos.

Steve se detuvo con el martillo en el aire y se giró despacio.

—Hola —dijo sin demasiada emoción.

Si se hubiera abalanzado sobre ella con el ímpetu de un enamorado, no le habría hecho ninguna gracia. Sin embargo, Hannah era el espíritu viviente de la contradicción y aquel frío saludo tampoco le gustó nada.

«Se va a enterar».

Decidida, avanzó hacia él, se puso de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con ganas. Oyó el ruido seco del martillo al caer al suelo y, al instante, los fuertes brazos masculinos la rodearon y la apretaron contra él. Perdida en el ardor de ese beso, soltó un gemido de protesta cuando, de manera inesperada, Steve se apartó de ella.

—Será mejor que lo dejemos. Tengo mucho trabajo.

Hannah estaba tan sorprendida por esa desacostumbrada frialdad que no reparó en el tono ronco de la voz de Steve, que delataba hasta qué punto estaba excitado.

—Venga, Steve, no pasa nada por retozar unos minutos en mi cama. Quiero comprobar la calidad del somier —bromeó, al tiempo que trataba de atraerlo de nuevo hacia sí.

—Te he dicho que tengo mucho trabajo. —La apartó con sequedad.

Su rechazo la hirió, pero trató de disimularlo y se enfrentó a él con los brazos en jarras.

—¿Puede saberse qué te pasa?

—No me pasa nada. —Steve cruzó los musculosos brazos frente al pecho, como si fueran una barrera para defenderse de su encanto.

—Ayer por la noche hicimos el amor y hoy parece que me odias.

—No te odio.

—Entonces, ¿qué pasa?

—No pienso dejar que me utilices. —Se notaba que él también estaba enfadado.

—Pero ¿qué dices? —Hannah frunció el ceño perpleja.

—Lo que oyes.

—¿Cuándo te he utilizado si puede saberse? —La voz de Hannah sonaba cada vez más indignada.

—Me utilizas cada vez que te acercas a mí para divertirte con mi cuerpo y no das nada a cambio.

—¿Cómo que no? Tú también te diviertes con el mío, ¿no?

—Esa no es la cuestión —replicó él muy digno.

—No sé a cuento de qué vienen tantas tonterías. ¿Qué tiene de malo que ambos disfrutemos con el cuerpo del otro?

—No tiene nada de malo, pero no es suficiente.

—¿Por qué no? No entiendo nada.

—No lo entiendes porque tienes menos empatía que la pata de una silla.

En más de una ocasión, tanto su madre como su hermana le habían hecho reproches parecidos, pero nunca como entonces le había dolido tanto esa acusación tan injusta.

—¡Claro que tengo empatía! Soy superempática. Pregúntale a Stella, pregúntale a Kim.

—No puedo hacerlo porque ni siquiera has sido capaz de presentarme a tus amigas. Me escondes como si fuera mercancía vergonzante.

—¡Eso no es cierto!

Sin embargo, sabía que, en el fondo, él tenía algo de razón. Tenía la sensación de que en el momento en que sus amigas conocieran a Steve, la cosa no tendría marcha atrás y le aterraba dar semejante paso. No se sentía preparada. Quería seguir siendo Hannah, la Reina Negra, sin más preocupaciones en el mundo que ser más lista que el resto de programadores de antivirus o ganar a Easyboy, su eterno rival en el mundo de los videojuegos, todas las partidas de *Dark Souls III*.

—Claro que lo es. Tan pronto me invitas a pasar el fin de semana en casa de tus padres como me ignoras olímpicamente mientras charlas con otro tío; tan pronto te derrites en mis brazos y me suplicas que te haga el amor como te muestras indiferente y me exiges que termine la obra de tu casa a tiempo. Decide de una vez qué es lo que quieres, pero te advierto una cosa...

Steve se detuvo sin aliento. Se notaba que hablaba muy en serio y sus bonitos ojos color caramelo tenían una expresión de dureza que ella nunca había visto antes.

—¿Qué cosa? —preguntó Hannah con cierto temor.

—Yo lo quiero todo de ti y no voy a conformarme con menos.

Permanecieron mirándose a los ojos mientras se hacía un profundo silencio en la habitación. Después de un tiempo que a Hannah se le hizo eterno, Steve se agachó para coger el martillo, se dio media vuelta y reanudó su tarea como si ella no estuviera allí.

«No pienso suplicar», se dijo Hannah, parpadeando para contener las lágrimas.

Furiosa por esa muestra de debilidad y llena de tristeza porque él parecía decidido a exigirle algo que ella se sentía incapaz de dar, dio una patada en el suelo con el pie descalzo y salió del salón a toda prisa.

Se metió en el cuarto de baño y estuvo más de media hora bajo el chorro caliente de la ducha sin dejar de dar vueltas a las palabras de Steve. Cuando salió, se encerró en su dormitorio y se concentró en terminar las tareas pendientes, en un intento de no pensar más en el hombre que seguía dando ensordecedores martillazos en su salón.

Un buen rato después, Steve llamó a la puerta.

—Hora de comer.

—No tengo hambre.

—He preparado merluza al horno con verduras. Me sale exquisita.

—No me gusta el pescado.

Al momento, oyó los pasos de Steve alejándose por el pasillo y se arrepintió de su grosería. Lo cierto era que tenía un hambre canina y le habría encantado comer con Steve y charlar y reír de mil cosas como hacían siempre, pero su orgullo pudo más y siguió encerrada en su cuarto hasta que, a eso de las ocho, Steve se acercó una vez más a su puerta para decirle que se marchaba.

Esta vez, Hannah saltó de la silla, dio la vuelta al pestillo y abrió la puerta a toda velocidad. Los dos estaban muy serios y se miraron con fijeza, pero fue Hannah la primera en apartar la vista.

—Tengo que decirte una cosa.

—Dime.

—Tu socio...

—¿Qué pasa con él?

El tono de Steve era cortante y, cada vez más nerviosa, Hannah empezó a recitar de carrerilla:

—Tu socio te está estafando. Sí, Justin Cara de Rata lleva años inflando las facturas de la empresa. Ha llegado a acuerdos con varios proveedores y ellos le dan una comisión a cambio de los pedidos, que tú pagas a precio de oro. He hablado con Olson y me ha confirmado que él ha sido el primer sorprendido cuando tu socio le llamó para anular el pedido sin darle ninguna explicación, tienes que decirle a esa rata...

—Eh, eh. Para, para el carro —la interrumpió Steve, mirándola como si estuviera enfadado con ella.

—Pero ¿no ves que tienes que poner fin a...?

—¡He dicho que pares!

Hannah detuvo sus confusas explicaciones al instante y se lo quedó mirando sin comprender.

—Perdona el tono —Steve se pasó una mano por el enmarañado pelo castaño, despeinándose aún más—, pero no entiendo a cuento de qué viene esto. ¿Es algún tipo de venganza?

—¿Venganza? —repitió, incrédula.

—Justin es como un hermano para mí. No sé qué puedes tener en contra de él si acabas de conocerlo, así que imagino que es por algo que he hecho o dicho.

Una oleada de rabia mezclada con un agudo sentido de la injusticia la invadió.

—¿Crees que sería capaz de inventarme semejante historia para vengarme de ti? ¿De verdad piensas que soy tan mezquina?

Los ojos verdes despedían chispas, y Steve volvió a pasarse la mano por el pelo como si no supiera muy bien qué pensar en realidad.

—Por supuesto que no creo que... —Negó con la cabeza varias veces—. Es solo que lo que dices es absurdo. Confío en Justin plenamente, llevamos diez años trabajando codo con codo en esta empresa, hemos pasado por todo

tipo de dificultades y...

Se interrumpió al ver que Hannah daba media vuelta, se acercaba a la mesa y cogía el taco de hojas que había impreso poco antes.

—Como al parecer prefieres pensar que soy una de esas mujeres despechadas, capaces de acusar a cualquiera de lo peor para vengarse, a reconocer que tu socio lleva años aprovechándose de tu buena fe, no tiene sentido que trate de convencerte. Toma. —Le golpeó en el pecho con el montón de hojas y él se vio obligado a cogerlas—. Puedes tirarlas directamente a la basura si te da la gana; no puede importarme menos. Ahora adiós. Mientras duren las obras, procuraré cruzarme en tu camino lo menos posible.

—Hannah, yo...

—Adiós, Steve —dijo con voz helada.

Al oírla, los ojos castaños brillaron llenos de rabia. Steve abrió la boca, la volvió a cerrar y, sin decir una palabra, se dio media vuelta y salió de su casa dando un portazo que retumbó en todo el edificio. Hannah se quedó inmóvil unos segundos, sintiendo el latido acelerado de su corazón. Sus labios empezaron a temblar y, por primera vez desde que era una niña, se echó a llorar con desconsuelo.

Capítulo 13

Easyboy

«¿Una partida de media hora?».

Reina Negra

«No tío, no puedo».

Easyboy

«Venga que la Reina que conozco nunca ha rechazado un buen juego y esta semana te has perdido tres. ¿Va todo bien?»

Reina Negra

«Demasiado curro. Te dejo».

Hannah se salió de la sala de chat donde siempre encontraba a Easyboy. Había entrado con intención de retomar las viejas costumbres, pero se había dado cuenta de que era imposible hacerlo. No con Steve dando vueltas por su cabeza todo el rato.

Seis días, seis malditos días habían pasado desde que Steve se había ido dejándola plantada en medio del salón, llorando por él. Le había llamado mil veces para volver a explicarle que lo de su socio era cierto y también para

decirle que lo echaba de menos, pero él nunca respondía a sus llamadas. Cogió el teléfono y miró el WhatsApp. Aunque sí había habido novedades. Hacía ya dos días que cada vez que ella pulsaba su número, él le respondía con un mensaje. Siempre el mismo. Eran solo tres palabras, pero le generaban la misma sensación que inclinarse hacia adelante al borde de un acantilado.

«Todo de ti», era el mensaje.

Apagó el ordenador y lo dejó sobre el sofá. Resopló, sobrepasada por aquella situación.

—Todo de mí —dijo en voz alta—. ¿Por qué, Steve?

Nunca, nadie, le había hecho nada semejante. Ni sus padres ni su hermana, ninguno de los tres la había querido tal y como era. Se había pasado toda la vida soportando sus comentarios para que cambiara y ella se había resistido con uñas y dientes para no ceder. Y ahora, cuando había hecho de la resistencia su forma de vida, llegaba Steve y la aceptaba tal y como era. Y no sabía cómo afrontarlo.

El teléfono sonó a su lado y Hannah dio un brinco en el sofá. El corazón estuvo a punto de salirse por la boca hasta que consiguió procesar que la que llamaba era su amiga Kim y no Steve. Todavía tardó un par de segundos en responder.

—Dime, Kim.

—A.. Anna —le respondió una vocecilla infantil.

—¡Jenny! ¿Eres tú, Jenny? ¡Cariño, sabes decir mi nombre! —exclamó, exultante.

—Déjame hablar con ella, mi amor. —Kim sustituyó a su hija—. Es la tercera palabra que aprende, así que ya puedes estar contenta —se rio su amiga desde el otro lado de la línea.

—No me digas cuáles son las dos primeras: mamá y papá.

—De eso nada. La primera fue agua y la segunda mamá. Tu nombre, la tercera. Papá no forma parte por ahora de su vocabulario.

—¿Y qué dice Fred de esto?

—Se sube por las paredes. Si yo fuera tú, no me pondría en su camino

durante los próximos.... digamos, doscientos años. Me echa a mí la culpa de influir en la niña, pero ya le he dicho que Jenny toma sus propias decisiones.

Hannah rio.

—Dile a Fred de mi parte que yo hablaba con ella cuando estaba en tu tripa, mucho antes de que él apareciera en la vida de la niña, así que tengo prioridad sobre él en algunas cosas. Me alegro de que me llamas.

—¿Deprimida?

—Estaría dando cuenta de un litro de helado de chocolate si no fuera porque tengo la nevera vacía.

—¿Problemas con el trabajo?

Hannah esbozó una triste sonrisa.

—Claro, ¿qué iba a ser?

—Podrían ser otras muchas cosas: la estirada de tu madre, la pija de tu hermana o un mecánico cachas con el cuerpo lleno de tatuajes.

—Ja.

—¿Es por un hombre? ¿Te has liado con alguien?

—¿Por qué sabes que es por un hombre?

—¡Es por un hombre! ¡Lo sabía!

—Mierda, siempre caigo en tus trampas.

—¿Dime quién es ahora mismo? ¿Está bueno? ¿Es moreno, rubio, pelirrojo? ¿Te lo has tirado?

—Sí, pero...

—¿Se ha largado con otra? ¡*Mecagüentodoloquesemenea!* ¡El muy cerdo te ha dado un revolcón y ha desaparecido del mapa! Dime cómo se llama para que Fred le de una buena paliza.

Hannah se imaginó al marido de Kim, un abogado de éxito, que siempre iba inmaculadamente vestido con trajes de corte impecable y zapatos italianos, en plan mafioso y le dio la risa.

—No creo que Fred pueda ser nunca un matón callejero —rio e intentó

cambiar el rumbo de la conversación—. ¿Has hablado con Stella? Estará ya a punto de tener al bebé. Dijo que sería a finales del verano. Tengo que llamarla y...

—No te vayas por las ramas, que te veo la intención.

«Mierda», pronunció al aire. Tomó aliento, lo soltó y cogió carrerilla.

—Se llama Steve, es fontanero, le he presentado a mis padres, me lo he tirado, dice que lo quiere todo de mí, ya sabes, hijos y esas cosas, y yo le he jodido la vida y no he vuelto a verle. Fin del romance. —Silencio sepulcral desde el otro lado de la línea. —¿No vas a decir nada?

—Creo que has hecho un buen resumen: rápido y conciso.

—¿Y? ¿No vas a decirme nada? ¿Un consejo de los tuyos?

—Sí, solo uno: deja de pensar.

Después, Kim le había contado que había hablado con Stella y que el pequeño y ella estaban perfectamente. Los médicos le habían dicho que el niño podría nacer en cualquier momento. Ni Kim ni ella habían vuelto a hacer un solo comentario más sobre Steve.

Acababa de colgar el teléfono y ya estaba arrepintiéndose de habérselo contado. Después de verbalizarlo todavía se sentía más ridícula, y más ruin. Él le había abierto su corazón y ella, para compensarle, le había destapado lo de la rata de su socio. Equidad de conceptos, se llamaba a eso.

—Mierda, mierda, mierda.

Necesitaba hablar con él. Pero si Steve no le cogía el teléfono, tenía que ser cara a cara. Y solo tenía dos opciones: ir a buscarlo a su casa o hacerlo venir a la suya. Estaba a punto de buscar una moneda para dejar que el azar decidiera por ella cuando llamaron a la puerta.

Se levantó de un salto.

—¿Steve! —exclamó al abrir la puerta, pero la alegría se le congeló al instante—. Señora Grant, ¿quería algo?

La «encantadora abuelita» metió la cabeza hasta dentro de la casa. Hannah se hizo a un lado y ella entró con toda la confianza del mundo.

—¿No estará por aquí ese chico tan majo?

—¿Steve?

—Ese que salvó a Pandora la vez que me fui a pasar el fin de semana con mi hijo porque era el cumpleaños de mi nieta Peggy. Me preguntaba si...

—No, no está, pero si lo que quiere es que yo vigile a Pandora en su ausencia, no se preocupe por ello. Lo haré encantada.

Pero la señora Grant no quería nada de ella.

—Eres muy amable al ofrecerte, querida, pero me pareció que Pandora se encontraba muy a gusto con ese joven. Me preguntaba si vendrá después, para pedirle que la atienda él.

—No lo creo, pero puede llamarlo. Yo misma lo haría si creyera que iba a cogermelo el teléfono. —Arrancó un trozo del folleto de una cadena de pizzas y le anotó el número del móvil de Steve—. Aquí lo tiene. Estoy segura de que estará encantado de hacerse cargo de Pandora.

—Gracias, querida. —La mujer se fijó en el agujero de la pared, que Steve había dejado sin terminar de arreglar. Después, señaló la caja de herramientas—. ¿Todavía tienes esto así?

—¿Puede decirle de paso cuando le llame que...? —Se le iluminó la mente—. ¿Puede decirle que yo no podré cuidar a Pandora porque me voy a los Hamptons el resto del verano?

—¡Oh! ¿Es eso cierto, querida?

—Completamente —le juró a la anciana con la mano en alto.

≡ ≡ ≡

Easyboy:

«¿Una partida de media hora?».

Reina Negra:

«No tío, no puedo».

Easyboy:

«Venga que la Reina que conozco nunca ha rechazado un buen juego y esta semana te has perdido tres. ¿Va todo bien?»

Reina Negra:

«Demasiado curro. Te dejo».

Hannah se salió de la sala de chat donde siempre encontraba a Easyboy. Había entrado con intención de retomar las viejas costumbres, pero se había dado cuenta de que era imposible hacerlo. No con Steve dando vueltas por su cabeza todo el rato.

Seis días, seis malditos días habían pasado desde que Steve se había ido dejándola plantada en medio del salón, llorando por él. Le había llamado mil veces para volver a explicarle que lo de su socio era cierto y también para decirle que lo echaba de menos, pero él nunca respondía a sus llamadas. Cogió el teléfono y miró el WhatsApp. Aunque sí había habido novedades. Hacía ya dos días que cada vez que ella pulsaba su número, él le respondía con un mensaje. Siempre el mismo. Eran solo tres palabras, pero le generaban la misma sensación que inclinarse hacia adelante al borde de un acantilado.

«Todo de ti», era el mensaje.

Apagó el ordenador y lo dejó sobre el sofá. Resopló, sobrepasada por aquella situación.

—Todo de mí —dijo en voz alta—. ¿Por qué, Steve?

Nunca, nadie, le había hecho nada semejante. Ni sus padres ni su hermana, ninguno de los tres la había querido tal y como era. Se había pasado toda la vida soportando sus comentarios para que cambiara y ella se había resistido con uñas y dientes para no ceder. Y ahora, cuando había hecho de la resistencia su forma de vida, llegaba Steve y la aceptaba tal y como era. Y no sabía cómo afrontarlo.

El teléfono sonó a su lado y Hannah dio un brinco en el sofá. El corazón

estuvo a punto de salirse por la boca hasta que consiguió procesar que la que llamaba era su amiga Kim y no Steve. Todavía tardó un par de segundos en responder.

—Dime, Kim.

—A.. Anna —le respondió una vocecilla infantil.

—¡Jenny! ¿Eres tú, Jenny? ¡Cariño, sabes decir mi nombre! —exclamó, exultante.

—Déjame hablar con ella, mi amor. —Kim sustituyó a su hija—. Es la tercera palabra que aprende, así que ya puedes estar contenta —se rio su amiga desde el otro lado de la línea.

—No me digas cuáles son las dos primeras: mamá y papá.

—De eso nada. La primera fue agua y la segunda mamá. Tu nombre, la tercera. Papá no forma parte por ahora de su vocabulario.

—¿Y qué dice Fred de esto?

—Se sube por las paredes. Si yo fuera tú, no me pondría en su camino durante los próximos.... digamos, doscientos años. Me echa a mí la culpa de influir en la niña, pero ya le he dicho que Jenny toma sus propias decisiones.

Hannah rio.

—Dile a Fred de mi parte que yo hablaba con ella cuando estaba en tu tripa, mucho antes de que él apareciera en la vida de la niña, así que tengo prioridad sobre él en algunas cosas. Me alegro de que me llamas.

—¿Deprimida?

—Estaría dando cuenta de un litro de helado de chocolate si no fuera porque tengo la nevera vacía.

—¿Problemas con el trabajo?

Hannah esbozó una triste sonrisa.

—Claro, ¿qué iba a ser?

—Podrían ser otras muchas cosas: la estirada de tu madre, la pija de tu hermana o un mecánico cachas con el cuerpo lleno de tatuajes.

—Ja.

—¿Es por un hombre? ¿Te has liado con alguien?

—¿Por qué sabes que es por un hombre?

—¿Es por un hombre! ¡Lo sabía!

—Mierda, siempre caigo en tus trampas.

—¿Dime quién es ahora mismo? ¿Está bueno? ¿Es moreno, rubio, pelirrojo? ¿Te lo has tirado?

—Sí, pero...

—¿Se ha largado con otra? ¡*Mecagüentodoloquesemenea!* ¡El muy cerdo te ha dado un revolcón y ha desaparecido del mapa! Dime cómo se llama para que Fred le de una buena paliza.

Hannah se imaginó al marido de Kim, un abogado de éxito, que siempre iba inmaculadamente vestido con trajes de corte impecable y zapatos italianos, en plan mafioso y le dio la risa.

—No creo que Fred pueda ser nunca un matón callejero —rio e intentó cambiar el rumbo de la conversación—. ¿Has hablado con Stella? Estará ya a punto de tener al bebé. Dijo que sería a finales del verano. Tengo que llamarla y...

—No te vayas por las ramas, que te veo la intención.

«Mierda», pronunció al aire. Tomó aliento, lo soltó y cogió carrerilla.

—Se llama Steve, es fontanero, le he presentado a mis padres, me lo he tirado, dice que lo quiere todo de mí, ya sabes, hijos y esas cosas, y yo le he jodido la vida y no he vuelto a verle. Fin del romance. —Silencio sepulcral desde el otro lado de la línea. —¿No vas a decir nada?

—Creo que has hecho un buen resumen: rápido y conciso.

—¿Y? ¿No vas a decirme nada? ¿Un consejo de los tuyos?

—Sí, solo uno: deja de pensar.

Después, Kim le había contado que había hablado con Stella y que el pequeño y ella estaban perfectamente. Los médicos le habían dicho que el niño podría nacer en cualquier momento. Ni Kim ni ella habían vuelto a hacer un solo comentario más sobre Steve.

Acababa de colgar el teléfono y ya estaba arrepintiéndose de habérselo contado. Después de verbalizarlo todavía se sentía más ridícula, y más ruin. Él le había abierto su corazón y ella, para compensarle, le había destapado lo de la rata de su socio. Equidad de conceptos, se llamaba a eso.

—Mierda, mierda, mierda.

Necesitaba hablar con él. Pero si Steve no le cogía el teléfono, tenía que ser cara a cara. Y solo tenía dos opciones: ir a buscarlo a su casa o hacerlo venir a la suya. Estaba a punto de buscar una moneda para dejar que el azar decidiera por ella cuando llamaron a la puerta.

Se levantó de un salto.

—¡Steve! —exclamó al abrir la puerta, pero la alegría se le congeló al instante—. Señora Grant, ¿quería algo?

La «encantadora abuelita» metió la cabeza hasta dentro de la casa. Hannah se hizo a un lado y ella entró con toda la confianza del mundo.

—¿No estará por aquí ese chico tan majo?

—¿Steve?

—Ese que salvó a Pandora la vez que me fui a pasar el fin de semana con mi hijo porque era el cumpleaños de mi nieta Peggy. Me preguntaba si...

—No, no está, pero si lo que quiere es que yo vigile a Pandora en su ausencia, no se preocupe por ello. Lo haré encantada.

Pero la señora Grant no quería nada de ella.

—Eres muy amable al ofrecerte, querida, pero me pareció que Pandora se encontraba muy a gusto con ese joven. Me preguntaba si vendrá después, para pedirle que la atienda él.

—No lo creo, pero puede llamarlo. Yo misma lo haría si creyera que iba a cogerme el teléfono. —Arrancó un trozo del folleto de una cadena de pizzas y le anotó el número del móvil de Steve—. Aquí lo tiene. Estoy segura de que estará encantado de hacerse cargo de Pandora.

—Gracias, querida. —La mujer se fijó en el agujero de la pared, que Steve había dejado sin terminar de arreglar. Después, señaló la caja de herramientas—. ¿Todavía tienes esto así?

—¿Puede decirle de paso cuando le llame que...? —Se le iluminó la mente—. ¿Puede decirle que yo no podré cuidar a Pandora porque me voy a los Hamptons el resto del verano?

—¡Oh! ¿Es eso cierto, querida?

—Completamente —le juró a la anciana con la mano en alto.



Hannah oyó que el ascensor se detenía en su planta. Los pasos se acercaron por el pasillo hacia su apartamento. Pegó la oreja a la madera y esperó, segura de que se detendrían ante su puerta. Pero no, siguieron adelante. Una visita para el alegre ingeniero de cincuenta años recién divorciado.

Seis horas, hacía seis horas que el hijo de la señora Grant había venido a buscar a la mujer. La gata llevaba seis horas sola. ¿Dónde demonios estaba Steve?

Mierda. Se tumbó en el sofá. Tenía un sinfín de trabajo para entregar antes de quince días, pero no conseguía concentrarse. Echó la culpa al sofocante calor.

—Hannah, no puedes seguir así. No va a venir, ni siquiera sabes si le ha dicho que sí a la señora Grant.

Recordó el consejo de Kim: «Deja de pensar».

Mierda. Se levantó y se fue derecha al cuarto de baño. Abrió el grifo de la ducha y se desvistió. Se metió debajo del agua fría.

—¡Mierda! —gritó, pero no subió la temperatura.

Dejar de pensar, había dicho Kim. Pues lo haría, aunque fuera a base de duchas frías para que se le congelaran las ideas del cerebro.

Tenía la cabeza llena de espuma cuando lo oyó. ¿Alguien caminaba por su casa? Steve, Steve, Steve, que fuera Steve. Metió el pelo debajo del agua y se aclaró a todo correr. Se enjuagó de cualquier manera, se enfundó en la toalla mojada, y salió.

—¡Steve! —exclamó alegre.

Pero las paredes de su piso solo le devolvieron el eco de su voz. Allí no había nadie.

Mierda.

—Hannah, estás peor de lo que crees. Hablas sola y hasta ves espejismos.

Mierda.

Volvió a la ducha. Pero esta vez subió la temperatura al agua. Estaba claro que no podía dejar de pensar por mucho que se lo propusiera. Empezó a lavarse el pelo de nuevo, despacio, una vez, dos veces, tres veces y, cuando se dio cuenta de que era la cuarta vez que se echaba jabón, se le hizo un nudo en el pecho. Se sentó en el suelo de la ducha y se puso a llorar. Otra vez.

≡ ≡ ≡

La tarde estaba cayendo cuando salió del cuarto de baño con la toalla alrededor del cuerpo. No había probado bocado desde las doce del mediodía y se dirigió a la cocina. Fue entonces cuando se dio cuenta. El boquete de la pared seguía en el mismo sitio, pero las herramientas de Steve habían desaparecido. ¡Había estado allí!

Abrió la puerta a todo correr. El pasillo del portal estaba vacío. Descalza y medio desnuda, se acercó a la casa de la señora Grant.

Llamó con los nudillos.

—¡Steve!

Ni Steve ni Pandora contestaron.

Regresó a su apartamento cabizbaja. Cerró la puerta de una patada, enfadada consigo misma por no haber tomado las riendas y haber ido a su casa a buscarlo.

—Paaandooraaa.

Se giró, confundida. ¿Era la voz de Steve? El sonido salía del agujero de la pared. Escuchó atentamente.

—Paaandooraaa.

Venía de arriba y ¡era él!

Capítulo 14

No debía de haber accedido a cuidar del dichoso gato de la señora Grant, pero le fue imposible decirle que no; mientras esperaba su respuesta la imaginó con esa sonrisa de abuelita enternecedora y... ¡qué demonios! Era una buena excusa para dejarse ver por el edificio y averiguar si era cierto que Hannah se marchaba a los Hamptons el resto del verano y cuándo. Si se largaba a la casa de sus padres, el último lugar del mundo al que ella iría por gusto, significaría que no deseaba volver a verlo. Habría fracasado en su ultimátum. Tendría que asumirlo.

En cuanto llegó a la casa de la señora Grant, Pandora se coló entre sus piernas, saltó a la ventana, se encaramó a la barandilla que llevaba a la escalera de incendios y de ahí, trepó hasta la azotea. Steve la vio alejarse por el filo del murete y no le gustó nada. Corrió escaleras arriba dispuesto a atraparla y encerrarla en el piso con las ventanas cerradas.

—Pandora, mira lo que tengo para ti —canturreó, enseñándole un trocito de chocolate en la palma de su mano.

La gata volvió la cabeza hacia él, arrugó el hocico como si olisqueara lo que le ofrecía, elevó la cola tiesa y le dio la espalda de nuevo en un gesto arrogante. ¡Demonio de animal! Por eso él prefería mil veces la nobleza de los perros.

—Pandora, me estoy enfadando. Ven aquí ahora mismo —le ordenó con

firmeza.

La gata clavó en él sus ojos verdes y dorados y se alejó dos pasos sobre el borde de la azotea, sin hacerle ni caso. Steve se desesperó:

—¿De verdad te crees que me importa? ¡Para nada! ¡La que sale perdiendo eres tú! ¡Mira! —Le mostró un trocito de chocolate en la palma de su mano y se lo llevó a la boca, retándola con la mirada—. Hmm, qué rico. Tú te lo has perdido. Te has perdido esto y mucho más, que lo sepas, gatita

—¿Se puede saber qué haces?

La voz de Hannah le provocó un sobresalto que casi le hizo caer al suelo. Se giró y allí estaba ella, preciosa, con el pelo alborotado todavía húmedo, las gafas negras de chica empollona sobre la cara lavada y esa luz especial que irradiaba a pesar de sus camisetas negras y sus pantalones amplios. ¡Dios, cómo deseaba besarla! En ese momento sería capaz de acceder a lo que ella quisiera, aceptaría cualquier cosa, incluso ser su objeto sexual, si así conseguía estar con ella.

Pero no. «No digas estupideces, Steve», se reprochó a sí mismo. Debía ser fuerte, mantenerse firme. Con Hannah lo quería o todo o nada.

—Intento convencer a Pandora de que vuelva a casa —respondió evitando sus ojos.

—¿Con chocolate?

—Es lo único que tenía a mano.

La gata emitió un largo maullido que sonó a queja lastimera.

—Dí que sí, Pandora. En eso estamos de acuerdo: a nosotras no nos vale cualquier bombón, por muy bueno que parezca —dijo Hannah. Luego, se dirigió a Steve y le ordenó—: Quédate aquí y vigílala. ¡Voy a mi apartamento a por una lata de atún!

Antes de que él pudiera responderle, Hannah desapareció tras la puerta de la azotea.

—Estupendo —masculló, antes de volverse hacia la gata—. Vamos a hacer un trato, Pandora. Tú te vas a comer tranquilamente la lata de atún sin moverte de tu sitio mientras yo hablo con Hannah un rato. Sin interrupciones.

La gata maulló de nuevo y Steve lo interpretó como un sí. Cuando Hannah regresó, Pandora se había bajado del borde y esperaba en el suelo, pendiente de la puerta.

Hannah se agachó y depositó la lata de atún abierta en el suelo. Pandora se acercó con rapidez.

—Eso es. Esto sí te gusta, ¿a que sí? —le dijo a la gata—. Deberías contarle a la señora Grant que yo sí sé cuidar de ti y no este pelagatos de tres al cuarto.

—¡Eh! —protestó Steve.

Hannah se incorporó despacio, sin dejar de mirar cómo comía Pandora, y dijo:

—Has estado en mi apartamento y no has tenido la valentía de avisarme.

—¡Te estabas duchando! —replicó Steve. Pensaba que Hannah no se daría cuenta de la desaparición de su caja de herramientas, pero sí. Se había fijado en ese detalle—. ¡No quería invadir tu intimidad!

—¡Ja! ¿Ahora me vienes con esas? —Una mueca de incredulidad distorsionó la expresión de Hannah—. Desapareces, no contestas a mis llamadas, me evitas durante días, ¿y ahora pretendes que me crea que era porque respetabas mi intimidad?

—Tenía muchas cosas en qué pensar —contestó simplemente.

De hecho, tras realizar las llamadas necesarias para comprobar los datos de los presupuestos y facturas que le había proporcionado Hannah sobre el engaño de Justin, se había desmoronado. ¿Cómo era posible que Rosen le hubiera hecho eso? Él fue quien le ofreció unirse al proyecto cuando a Justin le acababan de despedir y estaba sin blanca; él fue quien le dio sus contactos de los proveedores, de profesionales especializados, ¡incluso de algún cliente que tuvo su padre! Hasta ahora había confiado ciegamente en personas que le habían defraudado y no podía permitirse una decepción más.

—¿Has hablado con Justin? ¿Qué ha pasado? ¿Lo habéis aclarado?

—Hemos disuelto la sociedad y le he obligado a devolverme parte del dinero que había cobrado por las comisiones. O eso o lo denunciaba.

—¡Bien hecho! ¡Esa rata no se merecía menos! —replicó ella.

—Éramos los mejores amigos desde el instituto, Hannah —dijo con voz opaca. Cada vez que pensaba en eso, se le oscurecía el corazón—. Era casi como un hermano para mí. Confiaba en él al cien por cien.

Todavía le escocía el momento en el que se enfrentó a él en el pequeño despacho que utilizaban como oficina. Cuando llegó, se lo encontró recostado en el sillón de piel negra que se había empeñado en comprar, porque «los clientes necesitan ese tipo de detalles para convencerse de que otros han confiado en ti antes que ellos», le aseguró. Estaba hablando por teléfono con alguien a quien cortó en cuanto lo vio aparecer. Y allí, frente a frente con el que fue su mejor amigo durante más de quince años, se le cayó la venda de los ojos. Se fijó en la ropa impecable de marca, en los zapatos italianos, en las llaves del BMW que se había comprado unos meses atrás, «una ganga procedente de una subasta de la que se había enterado gracias al soplo de un colega», le había dicho en su día. Y él le había creído. Probablemente, también eso era una mentira. Cuando le mostró todo lo que Hannah había recopilado contra él, Justin hizo lo previsible: acusó a Hannah de instigadora, de manipuladora, de intentar enemistarlos para echarlo de la empresa y quedarse ella en su lugar; pero cuando Steve le dijo que había hablado con Olson, con MacTiny y con Garret, todos colegas y antiguos proveedores suyos, el discurso de Justin cambió y, entonces, intentó justificarse de la única manera que sabía: atacando allí donde sabía que más daño le haría, en su orgullo. De sus palabras envenenadas, Steve dedujo que su amigo no lo respetaba, lo consideraba poco más que un bobo ignorante al que podía colarle todo lo que él quisiera.

—Quizás no puedas ser tan confiado con la gente, Steve —dijo ella con cautela—. Debes protegerte un poco.

—¿Como haces tú?

Hannah alzó de pronto el rostro hacia él, dolida. Se tomó unos segundos de más en responder:

—Cada uno tenemos nuestra forma de protegernos.

—Protegerte, ¿de qué, Hannah? ¿Del amor? ¿De mí? ¿De este tonto de Steve que se ha enamorado de ti y no tiene otra cosa que hacer más que cuidarte, cocinar para ti, arreglarte tus desperfectos y follarte como si no hubiera un mañana?

—Creí que me hacías el amor —replicó ella en voz baja.

—Eso creía yo también. Pero debía de estar equivocado porque si yo, que te quiero, te hacía el amor, ¿tú qué hacías?

Hannah dio dos pasos hasta quedarse ante él. Extendió la mano para rozar la de él, lo miró fijamente a los ojos y le dijo:

—Yo también te quiero, Steve.

Steve esbozó una sonrisa triste.

—No como yo necesito.

—Claro que sí —afirmó ella, entrelazando la mano con la suya. Steve sintió una corriente cálida de deseo que arrancó en sus dedos, recorrió su brazo y puso en alerta cada célula de su cuerpo—. Déjame demostrártelo.

Él se apartó despacio, se frotó las sienes con movimientos circulares, llevaba un par de semanas muy malas y no quería fastidiarlo todo ahora. Se volvió de perfil, cerró los ojos. No deseaba mirarla, no debía acercarse a ella. Necesitaba tranquilizarse y pensar, pensar, pensar.

—Olvídalo, Hannah. Las cosas no funcionan así.

Pero ella seguía insistiendo:

—En tu mensaje decías que lo quieres todo de mí. —Al abrir los párpados la tenía de nuevo ante él, con esos ojos verdes y redondos clavados en su cara, y sus labios carnosos se movían para decirle—: De acuerdo, me parece bien. Pídeme lo que quieras.

Steve la observó, inquisitivo.

—¿Todo lo que quiera?

—Libertad absoluta —confirmó ella, decidida.

—Quiero conocer a tus amigas.

Hannah soltó una pequeña carcajada divertida que puso sobre aviso a Steve: cómo no, esa petición ya se la esperaba ella.

—Hecho. Kim y yo estamos esperando a que Stella dé a luz para visitarla en Chicago. Nos quedaremos allí con ellos, y tú vendrás conmigo.

Vale. Otra más difícil:

—Quiero que durmamos juntos todas las noches.

Pandora aprovechó ese instante para lanzar un pequeño maullido de satisfacción. Se había terminado la lata, así que se retiró a un rincón de la azotea, se enroscó sobre sí misma en el suelo de terrazo y empezó a lamerse las patas despacio.

—¿En tu casa o en la mía? —inquirió Hannah con cara de niña buena.

—Podemos llegar a un acuerdo mientras decidimos en cuál de las dos vamos a vivir juntos. —Y ahí doblaba la apuesta.

—¡Hecho! —Hannah le rodeó el cuello con las manos. Él respondió llevando sus brazos alrededor de su cintura. El aroma a hierba fresca de su gel le revolucionó los sentidos. Su cuerpo entero había despertado y algo ahí abajo había empezado a ponerse duro. Si seguía así, se iba a volver loco mientras ella seguía hablando—: Aunque te aviso: no suelo acostarme pronto.

—Si es por temas de trabajo, lo entiendo. Si es por jugar a esos jueguitos que te traes con esos *ciberfrikis*, tendremos que negociar. Yo tengo mis propios juegos y también querré jugar contigo... —Sus manos se deslizaron hacia abajo, hasta tocar sus nalgas pequeñas y prietas.

—Suenan bien —ronroneó ella.

Entonces él recordó la petición más importante que tenía. La más crucial de todas.

—Quiero tener hijos, Hannah.

Ella parpadeó un par de veces, tomó aire profundamente y, por fin, dijo con una sonrisa asustada:

—Yo también, siempre y cuando podamos negociar cuántos y en qué momento.

—Por supuesto.

—¿Algo más, jefe? —Hannah se puso de puntillas y pegó su nariz a la suya.

Mucho, mucho más. Pero por el momento, Steve la besó como un hambriento que ha estado esperando varias horas para probar bocado, y ella le respondió de igual forma: con un gemido inicial que se convirtió en un largo

suspiro de alivio. Él la alzó por el trasero y ella enroscó las piernas alrededor de su cintura, sin dejar de besarlo. La mano se le fue a uno de los pechos redondos y suaves, que reaccionó irguiéndose alegremente. Notaba las manos de ella entre su pelo, y su olor le inundaba la nariz, enloqueciéndole. Se la llevó hasta la pared junto a la puerta de entrada a la azotea y la aprisionó allí mientras intentaba bajarle los pantaloncitos holgados. Ella, por su parte, había deslizado la mano hasta la cinturilla de su vaquero y maniobraba para desabrochársela. Cuando por fin consiguió introducir su pene dentro de ella, ambos se quedaron muy quietos, se miraron a los ojos con la respiración agitada, y sonrieron.

—Me llenas por completo, Steve.

—Y tú me vuelves loco.

Hannah apretó los talones contra su trasero y él comenzó a besarla despacio por toda la cara, al tiempo que empujaba suavemente en su interior. El ritmo fue *in crescendo*, cálido, intenso, exigente hasta rozar ese punto que los disparó a una carrera frenética por llegar al final y vaciarse en el orgasmo más brutal que habían tenido hasta entonces. Ambos permanecieron inmóviles unos segundos más en esa postura mientras recuperaban el aliento. Con Hannah en sus brazos y todavía en su interior, Steve se sentía levitar, aunque los músculos agarrotados de sus piernas no parecían estar de acuerdo. Besó a Hannah en la nariz, y luego en la frente, y en la sien, antes de soltarla despacio y con cuidado. Ella emitió un pequeño suspiro de placer acompañado de un ronco: «Te quiero, Steve, eres lo mejor que me ha pasado en la vida». Él sonrió y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Ahora sí. Lo tengo todo de ti.

Epílogo

El olor de la carne, que se hacía poco a poco en la barbacoa, se mezclaba con el del césped recién segado. Los niños correteaban por el pequeño jardín y sus gritos, sumados a los ladridos excitados de Max y Dina, hacían difícil hacerse entender.

Hannah, sentada a la mesa con Stella y Kim, desconectó por un momento de la conversación y miró a su alrededor con una increíble sensación de bienestar. Sus ojos se detuvieron en los tres hombres, a cuál más atractivo, que charlaban y bromeaban junto a la barbacoa.

—¿Queréis algo, chicas?

—No, estamos bien, gracias —contestaron Stella y Kim al mismo tiempo.

Fred se acercó al cubo de aluminio lleno de hielo en el que estaban las bebidas, se arremangó la camisa de algodón —demasiado elegante para una barbacoa dominguera, en opinión de Hannah— y sacó tres cervezas, bien frías, que repartió entre el resto de los cocineros.

Hannah observó que, de los tres, Steve era el único que parecía saber lo que se traía entre manos. Tanto Jack como Fred estaban ahí para dar apoyo moral, más que otra cosa.

—¡Jenny, baja de ahí ahora mismo! —gritó Kim a su hija de cinco años

que, como de costumbre, se había olvidado del bonito vestido que le había puesto su madre para la ocasión y se había subido a lo alto del cerezo con la agilidad de un mono. Estaba descalza y el lazo con el que Kim había sujetado los brillantes rizos rubios antes de salir de casa había desaparecido también.

—¡Jack Junior, ni se te ocurra! —Ahora fue el turno de Stella de gritarle a su hijo, apenas un año menor que su amiga, que se balanceaba, peligrosamente, de una de las ramas bajas de ese mismo cerezo.

Al oír los gritos de su mujer, Jack dejó la cerveza y se apresuró a acudir al rescate.

—A mis brazos, princesa —dijo extendiéndolos en dirección a la preciosa niña rubia de pelo alborotado.

—No es ninguna princesa —protestó Jack Junior quien, con un ágil balanceo, se soltó de la rama y aterrizó al lado de su padre—. Es la Reina Blanca. Ha subido a la Torre Maldita a vigilar.

—¡Sí, tío Jack! ¡Son los Gnomos Horrendus del planeta Easyboy! Van a atacarnos con un láser de li-ti-o-in-tra-ve-nio-so —deletreó la palabra con cuidado para no equivocarse, aunque falló un poco al final.

Kim y Stella se volvieron a mirar a Hannah con el ceño fruncido y ella les devolvió la mirada con su expresión más inocente.

—Estos niños... hay que ver qué imaginación tienen.

—¡Aline!

Por suerte, la exclamación de Fred hizo que la atención general se desviara hacia Aline, la hermana de Jenny, que había aprovechado de todos estaban distraídos para acercarse gateando al plato de Max y ahora chupeteaba una bola olvidada de pienso para perros con evidente placer.

Fred se acercó a ella en dos zancadas, la alzó en brazos y llegó justo a tiempo de evitar que se la tragara. Su hija hizo un puchero, pero en seguida se le pasó el disgusto y jugó a quitarle las gafas a su padre, otro de sus pasatiempos favoritos.

Stella y Kim aplaudieron los rápidos reflejos de sus respectivos maridos y siguieron charlando de sus cosas como si nada. Hannah aprovechó para desconectar una vez más y entornó los ojos, soñadora, mientras pensaba en lo

bien que le sentaban a su marido esos vaqueros desgastados, la camiseta negra y el delantal, negro también, anudado en la cintura. Steve, con las pinzas en la mano, le dio la vuelta a una chuleta y, al interceptar la mirada llena de deseo de su mujer, le guiñó un ojo con una sonrisa cómplice.

Resultaba increíble que casi hubieran pasado cuatro años desde la ostentosa boda que su madre se había empeñado en celebrar en su casa de los Hamptons, pensó Hannah. Era curioso, pero a lo largo de todo ese tiempo, Steve había demostrado que tenía mucha más paciencia y mano izquierda que ella a la hora de tratar con su familia, en especial con la rama femenina.

Había sido él quien la había convencido de que sería mejor darle gusto a sus padres con el tema de la boda. Sin embargo, cuando su madre insistió en que sería una gran idea que se compraran un lujoso apartamento en Manhattan—por supuesto, añadió, ella y su marido estaban dispuestos a ayudarlos en lo que hiciera falta—, había sido también Steve quien, con amabilidad pero con firmeza, le había dicho que Hannah y él ya tenían pensado dónde iban a vivir. Dos semanas después de la boda, entre los dos habían metido las escasas pertenencias de Hannah en la furgoneta de la empresa y habían hecho la mudanza a la casita de Steve. Y con esa misma amabilidad y firmeza, su marido había mantenido a raya los sucesivos intentos de su madre y de su hermana por dirigir sus vidas.

Además, a los dos les iba muy bien en sus respectivos trabajos; ella se había creado una reputación a nivel nacional como experta en seguridad y, desde que Steve cortó cualquier tipo de relación con su exsocio, Happy Homes iba como un tiro.

Arrullada por el sonido de las conversaciones a su alrededor y las risas de los niños, inspiró el olor de la primavera sintiendo los tibios rayos de sol en el rostro y, mientras se le cerraban los ojos poco a poco, Hannah se dijo que no cambiaría la vida al lado de Steve por nada en el mundo.

—¡Hannah, que te estás quedando dormida! —La voz de Kim la hizo abrir los párpados, sobresaltada.

—Dormida, ¿yo? Qué va. Superinteresante eso que estabas contando de... eso de...

—Está claro que nuestra compañía le aburre a muerte, Kim —dijo Stella, burlona, apartándose un mechón de pelo oscuro del rostro.

—Lo siento, chicas, pero últimamente no puedo mantenerme despierta por mucho tiempo. —Hannah se llevó la mano a la boca para tapar un gigantesco bostezo—. Empiezo a entender a la Bella Durmiente, debe de ser fantástico dormir cien años del tirón.

—No te preocupes, a mí me pasaba lo mismo. Recuerdo que una vez me quedé traspuesta encima de la mesa... —A Stella le entró la risa y no pudo continuar.

—Bueno, no es para tanto —intervino Kim, que no entendía a qué venía aquel ataque de risa.

—¡Es que era la mesa de la sala de juntas y estaba reunida con la plana mayor de la cadena! —Sus amigas soltaron una carcajada.

—Tendríais que haber visto la escena —intervino Jack con sus increíbles ojos azules chispeando llenos de diversión—. Diez hombres alrededor de la mesa, director de la cadena incluido, hablando en voz baja para no despertarla.

Las risas resonaron de nuevo en el diminuto jardín. Steve se acercó a la mesa con un plato en el que había un trozo de carne, que parecía cortado del muslo de un dinosaurio, acompañado por una jugosa mazorca de maíz.

—Un poco más hecho, para mi mujercita. Vosotros, machotes, id a alimentar a vuestras hembras y a vuestras crías, yo tengo cosas que hacer —ordenó sin hacer caso de las divertidas protestas de los otros dos.

Dejó el plato frente a Hannah y, antes de sentarse en la silla vacía que estaba a su lado, aprovechó para besarla en el pelo. Luego posó la mano, morena y encallecida, sobre la tripa de su mujer —en la que ya se adivinaba un ligero abultamiento bajo el vestido floreado que llevaba— con gesto posesivo.

—¿Qué tal está hoy nuestra niña?

—Nuestro niño está muy bien, pero tiene un extraño efecto somnífero sobre mí.

Aún no sabían el sexo de su futuro bebé, pero según Steve, estaba clarísimo que iba a ser una niña. Hannah, en cambio, estaba convencida de que sería un guerrero como los del último videojuego al que estaba enganchada. Cuando estaban en la cama, a Steve le gustaba pegar el rostro a su barriga y

mantenía largas conversaciones con su hija, como ella había hecho en su día con Jenny cuando estaba en la barriga de Kim. Hannah se burlaba de él, diciéndole que se iba a llevar una buena sorpresa cuando naciera su hijo.

Steve se inclinó y la besó en los labios.

—Se ha hecho esperar, ¿eh?

Ella le acarició la mejilla con ternura y respondió:

—Lo bueno siempre se hace esperar.

En ese momento, llegaron Jack, con una fuente llena hasta los topes de carne, y Fred, con otra repleta de mazorcas bien doraditas, y las dejaron sobre la mesa.

—¡Niños a comer! Y vosotros, dejad los arrumacos y a comer también— ordenó Jack.

—Lo que te pasa es que estás envidioso, Jack Woodson—lo acusó Stella provocando una carcajada general—. Llevamos tantos años casados que ya ni te acuerdas de lo que es estar como estos dos tortolitos.

—Te recordaré tus palabras esta noche.

Los expresivos ojos de su marido estaban llenos de promesas y Stella enrojeció como una recién casada, lo que provocó un nuevo estallido de risas.

—La verdad—dijo Fred después de tragar un buen trozo de carne, sin apartar los ojos de su mujer— es que cuando veo lo bien que le sienta a Hannah su embarazo recuerdo con nostalgia lo guapísima que tú...

—Fred Patterson, no sigas por ese camino.—Kim, que en ese momento se ocupaba de alimentar a su hija menor, lo interrumpió y levantó una ceja con un gesto altivo. Como de costumbre, llevaba un immaculado vestido blanco con falda evasé, que parecía más propio de una merienda campestre en el palacio de Buckingham que de una barbacoa en el jardín trasero de una humilde casita de Queens—. Te recuerdo que ya tenemos dos hijas y que, en vez de las princesitas con las que yo había soñado toda la vida, son un par de chicas que no paran de meterse en líos. No estoy preparada para una tercera.

De nuevo, estallaron las carcajadas y siguieron comiendo sin dejar de charlar y bromear. El resto del día transcurrió con la misma placidez y, después de la puesta de sol, los invitados empezaron a despedirse.

—Muchas gracias, chicos, ha sido un día espectacular.

—Lo hemos pasado genial —dijo Fred sin alzar la voz para no despertar a su hija pequeña, que dormía profundamente en sus brazos con un engañoso aspecto angelical.

—Jenny Patterson, como no entres en el coche ahora mismo vamos a tener unas palabras tú y yo —amenazó Kim a su hija mayor, que seguía jugando con los dos perros, acompañada por su inseparable Jack Junior. Por fortuna, después de una intensa búsqueda en la que todos participaron, habían logrado encontrar sus zapatos, aunque no hallaron ni rastro del lazo que llevaba en el pelo al llegar.

—¡Junior sube al coche! —El tono de su padre no admitía réplica, así que el niño acarició a Max y Dina por última vez, le dio un codazo amistoso a su amiga y se subió al coche sin rechistar.

Los anfitriones permanecieron en el escalón de la entrada, diciendo adiós con la mano hasta que el segundo coche desapareció de su vista. Luego Steve llamó a los perros, rodeó la cintura de su mujer con un brazo y la hizo entrar en la casa. Hannah apoyó la cabeza en su brazo y lanzó un suspiro de contento.

—Ha sido un día fantástico.

—¿Estás muy cansada?

—Un poco.

Steve la miró preocupado.

—Será mejor que subas a acostarte.

—Es que... —Hannah se detuvo.

—¿Qué ocurre? ¿No te encuentras bien? Te llevaré al hospital.

—No, tranquilo, no es eso. Es solo que tengo un antojo.

—¿Tan pronto? —Su marido frunció el ceño.

—Sí, ya sé que es un poco pronto, pero...

—No te preocupes. ¿Qué es lo que quieres? ¿Helado? ¿Chocolate? ¿Caramelos? Solo tienes que pedirlo. Si no tienen en la tienda de la esquina, iré a buscarlo a donde sea.

Hannah se puso de puntillas y le susurró algo al oído. Al instante, la expresión de preocupación se borró del rostro de Steve y fue sustituida por una enorme sonrisa.

—¿Así que era eso?

Su mujer asintió con una mirada traviesa.

—En ese caso, veré lo que puedo hacer al respecto.

Entonces, igual que había hecho aquella primera vez, la cogió en brazos y empezó a subir la escalera en dirección al dormitorio.

Serie «Amigas en Nueva York»

Si te ha gustado **Solo tú me besas**, puedes continuar leyendo las siguientes novelas que componen la serie: **Solo tú me importas** y **Solo tú me provocas**. Las tres novelas son autoconclusivas y se pueden leer de manera independiente.

Solo tú me importas (Amigas en Nueva York #1)

Hoy en día, cualquiera puede convertirse en una estrella de la televisión de la noche a la mañana. Al menos, eso es lo que piensa Jack Woodson, un joven productor de Nueva York, cuando se apuesta con sus dos mejores amigos a que es capaz de transformar a Stella Martin, la pequeña camarera a la que su jefe acaba de despedir delante de sus narices, en una de ellas. Para conseguirlo, contratará a Stella como asistente de producción y ocultará su plan a los ojos de espías, competidores y novias celosas que acechan por los pasillos de la cadena de televisión y amenazan con hundir su proyecto. Jack no tardará en darse cuenta de que su pequeña camarera brilla con luz propia ante las cámaras, pero... ¿qué ocurre cuando tu propia estrella no desea convertirse en una estrella?

[Cómprala en Amazon](#)

(Gratis en Kindle Unlimited)



Solo tú me provocas (Amigas en Nueva York #2)

¿Qué haces si la mañana siguiente a la boda de tu mejor amiga te despiertas con un resacón increíble al lado de un tipo que no soportas?

- 1) Le echas la culpa de todo. (Aunque no recuerdes qué fue «todo»).
- 2) Acuerdas con él que aquí no ha pasado nada.
- 3) Sales huyendo de puntillas.

4) Todo a la vez.

Una noche loca y, de pronto, la vida de Kim Donson se pone patas arriba por culpa de Fred Patterson, el hábil e inteligente abogado cuya mirada de desprecio era capaz de provocarle un intenso sarpullido. Por eso, Kim no está dispuesta a dejar que él tome las riendas de su vida. Por eso, huye y se esconde donde piensa que jamás la encontrará.

[**Cómprala en Amazon.**](#)

(Gratis en Kindle Unlimited).

Sobre Lola Cooper

Lola Cooper es del sur de España, pero vive en los alrededores de Ottawa (Canadá) donde se trasladó a vivir cuando encontró al hombre de su vida.

Le encanta dar grandes paseos junto al lago con su perro Titán y reírse con los personajes de sus novelas. Escribe al atardecer sobre una antigua mesa de madera mientras su gatita Fressia dormita sobre sus piernas.

Es adicta al café, al té, a las gafas de sol y a los post-it pegados por cualquier sitio para no olvidar las ideas que se le ocurren en cualquier momento.

Puedes encontrarla en **Facebook**: [Lola Cooper](#)

O contactarla por email: lolacooperescribe@gmail.com